

P. Angel Peña O.A.R.

SAN FRANCISCO DE ASÍS,

el amigo
universal



P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

SAN FRANCISCO DE ASÍS,
el amigo universal

LIMA – PERÚ
2014

Nihil Obstat

Padre Ricardo Rebolleda
Vicario Provincial del Perú
Agustino Recoleta

Imprimatur

Mons. José Carmelo Martínez
Obispo de Cajamarca (Perú)

ÍNDICE GENERAL

Introducción.....	5
Ambiente social.....	7
Sus padres y sus primeros años.....	8
La guerra.....	9
Dios lo llama.....	10
Ladrón de telas.....	13
Ante el obispo.....	15
San Damián.....	17
Primeros discípulos.....	20
Visita al Papa.....	22
En Río Torto.....	23
Modo de vida.....	24
La Iglesia.....	27
La Regla.....	28
Santa Clara.....	31
Humildad.....	34
Alegría.....	37
Islam.....	41
El hermano Elías.....	44
Los Capítulos.....	45
Amigo de los animales.....	46
El hermano fuego.....	55
Amor a Jesús y María.....	56
El Belén de Navidad.....	58
Santos Ángeles.....	60
Dones sobrenaturales.....	62
<i>a) Conocimiento sobrenatural.....</i>	<i>62</i>
<i>b) Milagros</i>	<i>65</i>
<i>c) Resurrección de muertos.....</i>	<i>69</i>
<i>d) Expulsión de demonios.....</i>	<i>71</i>
Orden franciscana.....	72

Los estudios.....	75
Sus llagas.....	76
Su muerte.....	80
Resucita un muerto.....	84
La canonización.....	85
La Orden en la actualidad.....	86
Reflexiones.....	87
Cántico de las criaturas.....	88
Cronología.....	90
Conclusión.....	93
Bibliografía.....	94

Introducción

La vida de san Francisco de Asís es una vida hermosa en el mejor sentido de la palabra. Amaba la naturaleza y hoy sería un gran ecologista para defenderla de tantos ataques de la minería informal, de la tala indiscriminada de árboles, de los derrames de petróleo, que afectan contra la fauna y flora de las selvas, y de tantos ataques de los seres humanos, que por caza abusiva de especies de animales, los llevan al borde de la extinción.

San Francisco es el santo amigo de los animales. Dios le dio entre otros dones sobrenaturales el de poder tener un dominio natural sobre los animales, que lo seguían como a un amigo, sin miedo y sin temor. Son muchos los testimonios de su vida sobre su amor en defensa de los animales, que hacen de su vida un canto de alabanza al Creador de todas las cosas. De ahí la hermosura de su himno *Cántico de las criaturas*.

También recibió de Dios otros dones como las llagas de Cristo, el de hacer milagros y hasta resucitar muertos. Su predicación era más con el ejemplo que con las palabras. Y fundó la Orden franciscana que es una de las más gloriosas de la Iglesia.

Él quiso vivir el Evangelio en toda su radicalidad y, por eso, quiso seguir a Cristo, siguiendo el Evangelio al pie de la letra, viviendo en pobreza extrema, sin tener nada propio, como lo enseña Jesús.

Entre sus seguidores estaba la que fue santa Clara de Asís, fundadora de las hermanas clarisas, que hoy están extendidas por todo el mundo.

San Francisco es el santo de la paz, paz con la naturaleza, paz con los hombres y paz con Dios. No es casualidad que el Papa Juan Pablo II realizara en Asís ante la tumba de san Francisco las dos jornadas mundiales de la paz en unión con representantes de las principales religiones del mundo entero.

Que su camino de paz, de perdón y de amor, nos anime a seguir sus pasos y ser verdaderos seguidores de Jesús.

Nota.- Las citas de los escritos, biografías y documentos de la época de san Francisco, citados en este libro, están tomados de la edición de José Antonio Guerra, BAC, Madrid, 2003. Citaremos los documentos, seguidos del número correspondiente (Nº de la página).

Al hablar de *leyenda* en los documentos de san Francisco debemos aclarar que no se trata de ningún cuento antiguo, sino de una biografía basada en testimonios de testigos. *Leyenda* aquí es sinónimo de biografía auténtica.

Ambiente social

A finales del siglo XII Enrique IV, emperador de Alemania, dominaba gran parte de Italia. Era una época de grandes cambios sociales y políticos. En Italia el emperador y el Papa se disputaban el poder temporal y espiritual. Había dos bandos principales: los güelfos, partidarios del Papa, y los gibelinos, partidarios del emperador. Ambos bandos estaban en continuas luchas. Cada ciudad italiana tenía su propio ejército para luchar contra sus vecinas. En general, había un ambiente de inseguridad, inestabilidad y violencia, que parecía imposible superar. En la ciudad de Asís los nobles eran partidarios del emperador, mientras que los plebeyos y gente humilde lo eran del Papa.

Por otra parte, muchos sacerdotes y algunos obispos llevaban una vida relajada y poco edificante. La inmoralidad reinaba en el pueblo y cada vez eran menos respetados los clérigos. El bajo clero vivía en la ignorancia y muchos vivían más como seglares que como religiosos, pensando en su dinero y sus negocios. En 1215, el IV concilio de Letrán tomó severas medidas contra los clérigos que se entregaban a la bebida, a la caza, al comercio o vestían con lujo.

No es de extrañar que en varios lugares surgieran grupos que fomentaban la vida austera, queriendo reformar la Iglesia y denunciando las riquezas de los prelados. Aparecieron varios movimientos como los hermanos del libre Espíritu en Alemania y Flandes. Los valdenses o humillados en Lyon y Lombardía, los albigenses o cátaros en el sur de Francia. Pero estos grupos fomentaban la rebeldía contra la Iglesia, como si tuvieran el monopolio de la verdad y sin querer obedecer a las autoridades. Hablaban contra los sacramentos y contra las imágenes, rechazaban la presencia real de Jesús en la Eucaristía y el bautismo de los niños. Creían en la inspiración personal del Espíritu Santo y rechazaban el sacerdocio y la jerarquía eclesiástica. De este modo se pusieron al margen de la Iglesia y cayeron en excesos de lujuria, a pesar de predicar la continencia, y acudieron al asesinato y a la violencia para usurpar los bienes de los prelados.

En este estado de cosas Francisco fue un reformador de las costumbres sociales y del lujo de muchos eclesiásticos. Él se entregó

incondicionalmente a la causa del Evangelio sin renegar de la Iglesia y de sus autoridades. Por eso se presentó ante el Papa Inocencio III para que aprobara su modo de vivir.

Sus padres y sus primeros años

Su padre se llamaba Pedro Bernardone. Era comerciante de paños y tenía una buena posición económica, viajaba mucho por las ferias de Francia y sabía francés. Era un cristiano corriente, autoritario, ávido de prestigio social y con deseos de riquezas. Su ideal era que sus tres hijos fueran caballeros, es decir, hombres de prestigio.

Su madre se llamaba Pica y era muy religiosa y piadosa. *Era amiga de toda honestidad, mostraba en las costumbres una virtud distinguida como quien gozaba del privilegio de cierta semejanza con santa Isabel, así en la imposición del nombre al hijo como en el espíritu de profecía*¹.

Francisco nació a finales de 1181 o comienzos de 1182. Su madre se preocupó de bautizarlo cuanto antes y, en una de las ausencias del padre, lo bautizó en la catedral de San Rufino y le puso por nombre Juan. Por ello, Francisco le tendrá siempre mucha devoción a san Juan Bautista. Pero al regresar su padre, quiso que se llamara Francesco (francesito).

Francisco cursó sus primeros estudios en la escuela presbiteral de la iglesia de San Jorge, que estaba a pocos metros de su casa. Fue creciendo en un ambiente de bienes materiales con ansias de llegar a ser un día juglar y caballero. Su corazón inquieto buscaba experiencias de aventura. Soñaba con grandezas humanas. No fue un hombre de letras. Apenas aprendió a leer, escribir y gustar de la música y de la poesía, pero no estudió derecho ni teología ni cualquier otra ciencia de su tiempo. Más bien le gustaban los lujos y placeres, ir a caballo y derrochar dinero en fiestas y banquetes con sus amigos. Era muy generoso y, por ello, tenía muchos amigos que trataban de disfrutar de las fiestas a su costa. Él era simpático y cortés y se sentía orgulloso de su suerte.

Su madre trataba de inculcarle la fe cristiana, pero él no estaba muy interesado en ella y trataba de vivir como uno más, al igual que su padre. Tomás de Celano, su biógrafo, afirma que *era de estatura mediana,*

¹ 2 Celano 3.

*tirando a pequeño; su cabeza, de tamaño también mediano y redonda; la cara, un poco alargada y saliente; la frente, plana y pequeña; sus ojos eran regulares, negros y candorosos; tenía el cabello negro; las cejas, rectas; la nariz, proporcionada, fina y recta; las orejas, erguidas y pequeñas; las sienes, planas; su lengua era dulce, ardorosa y aguda; su voz, vehemente, suave, clara y timbrada; los dientes, apretados, regulares y blancos; los labios, pequeños y finos; la barba, negra y rala; el cuello, delgado; la espalda, recta; los brazos, cortos; las manos, delicadas; los dedos, largos; las uñas, salientes; las piernas, delgadas; los pies, pequeños y la piel suave*².

*En su juventud se esforzaba en ser el primero en pompas de vanagloria, en los juegos y en los caprichos, en palabras jocosas y vanas, en las canciones y en los vestidos suaves y cómodos; y, aunque era muy rico, no estaba tocado de avaricia, sino que era pródigo; no era ávido de acumular dinero, sino manirroto; negociante cauto, pero muy fácil dilapidador. Era con todo de trato muy humano, hábil y en extremo afable, bien que para la desgracia suya. Porque eran muchos los que sobre todo por esto, iban en pos de él, obrando el mal e incitando a la corrupción*³.

La guerra

El año 1202 Conrad de Irslingen, duque de Espoleto, bajo cuyo dominio estaba Asís, se ausentó. Los ciudadanos pobres de Asís aprovecharon el momento para lanzarse a la conquista de la fortaleza de Rocca Maggiore y lo consiguieron. La gente del pueblo, consciente de su poder, consiguieron tener en sus manos el poder civil hasta entonces siempre en manos de los nobles, partidarios del emperador. De los nobles algunos murieron y otros huyeron a Perugia. Entre estos estaba el senador Offreduccio, padre de la futura santa Clara. Los nobles huidos a Perugia consiguieron que Perugia declarara la guerra a Asís. El enfrentamiento tuvo lugar en el *Ponte San Giovanni* y los de Asís fueron derrotados. Hubo muchos muertos y otros fueron hechos prisioneros. Entre éstos estaba también Francisco, que ávido de victorias, con sus 20 años, se había alistado con sus conciudadanos. Un año estuvo en los calabozos de Perugia.

² 1 Celano 83.

³ 1 Celano 2.

En 1203 salió libre y de nuevo volvió a sus fiestas y banalidades, pero algo había cambiado en él, pues el tiempo de cárcel le había hecho reflexionar. Al poco tiempo cayó gravemente enfermo y durante varias semanas el Señor le fue llevando a sentir hastío de los placeres del mundo, aunque todavía seguía teniendo ideas de grandeza. Soñaba con tener un palacio y conseguir muchas glorias humanas.

Sin embargo era más compasivo con los pobres y más generoso con ellos. Un día encontró a un caballero pobre y le dio los ricos vestidos que llevaba puestos.

Dios lo llama

El Señor le seguía los pasos de cerca. Dice su primer biógrafo: *Poco después se le muestra en visión un suntuoso palacio, en el cual ve provisión abundante de armas y una bellísima esposa. Francisco es llamado por su nombre en sueños y alentado con la promesa de cuanto se le presenta. Con el objeto de participar en lances de armas, intenta marchar a la Pulla, y, preparados con exageración los arreos necesarios, se apresta a conseguir los honores de caballero. El espíritu carnal le sugería una interpretación carnal de la visión anterior, siendo así que en los tesoros de la sabiduría de Dios se escondía otra mucho más excelente.*

Una noche, pues, mientras duerme, alguien le habla en visión por vez segunda y se interesa con detalle por saber a dónde intenta encaminarse. Y como él le contara su decisión y que se iba a la Pulla a hacer armas, insistió en preguntarle el de la visión: “¿Quién puede favorecer más, el siervo o el señor?”. “El señor”, respondió Francisco. Y el otro: “¿Por qué buscas entonces al siervo en lugar del señor?”. Replica Francisco: “¿Qué quieres que haga, Señor?”. Y el Señor a él: “Vuélvete a la tierra de tu nacimiento, porque yo haré que tu visión se cumpla espiritualmente”. Se vuelve sin tardanza, hecho ya ejemplo de obediencia, y, renunciando a la propia voluntad, de Saulo se convierte en Pablo⁴.

Al cabo de no muchos días de su regreso a Asís, una tarde fue elegido por sus compañeros jefe de cuadrilla para que a su gusto hiciera

⁴ 2 Celano 6.

los gastos. Mandó entonces preparar una opípara merienda, como tantas veces lo había hecho.

Cuando después de merendar salieron de la casa, los amigos se formaron delante de él e iban cantando por las calles; y él, con el bastón en la mano como jefe, iba un poco detrás de ellos sin cantar y meditando reflexivamente. Y sucedió que súbitamente lo visitara el Señor, y su corazón quedó tan lleno de dulzura, que ni podía hablar, ni moverse, ni era capaz de sentir ni de percibir nada, fuera de aquella dulcedumbre. Y quedó de tal suerte enajenado de los sentidos, que, como él dijo más tarde, aunque lo hubieran partido en pedazos, no se hubiera podido mover del lugar.

Como los amigos miraran atrás y le vieran bastante alejado de ellos, se volvieron hasta él; atemorizados, lo contemplaban como hombre cambiado en otro. Uno de ellos le preguntó, diciéndole: “¿En qué pensabas, que no venías con nosotros? ¿Es que piensan, acaso, casarte?”. A lo cual respondió vivazmente: “Decís verdad, porque estoy pensando en tomar una esposa tan noble, rica y hermosa como nunca habéis visto otra”. Pero ellos lo tomaron a burla. Él, sin embargo, no lo dijo por sí, sino inspirado por Dios; porque la dicha esposa fue la verdadera religión que abrazó, entre todas la más noble, la más rica y la más hermosa en su pobreza.

Desde este momento empezó a mirarse como vil y a despreciar todo aquello en que antes había tenido puesto su corazón; todavía no de una manera plena, pues aún no había logrado librarse del todo de las vanidades mundanas. Mas, apartándose poco a poco del bullicio del siglo, se afanaba por ocultar a Jesucristo en su interior, y, queriendo ocultar a los ojos de los burlones aquella margarita que deseaba comprar a cambio de vender todas las cosas, se retiraba frecuentemente y casi a diario a orar en secreto. A ello le instaba, en cierta manera, aquella dulzura que había pregustado; visitábalo con frecuencia, y, estando en plazas u otros lugares, lo arrastraba a la oración.

Aunque ya de tiempo atrás era dadivoso con los pobres, sin embargo, desde entonces se propuso en su corazón no negar la limosna a ningún pobre que se la pidiese por amor de Dios, sino dársela con mayor liberalidad y abundancia de lo que acostumbraba. Así, siempre que algún pobre le pedía limosna hallándose fuera de casa, le socorría con dinero, si podía; si no llevaba dinero, le daba siquiera la gorra o el cinto, para que no marchara con las manos vacías. Mas, si no tenía nada de eso, se apartaba a un lugar oculto, se desnudaba de la camisa, y hacía ir con

disimulo al pobre a ese lugar para que por Dios la recogiera. También compraba objetos propios para el decoro de las iglesias y secretamente los enviaba a los sacerdotes pobres.

Cuando, en ausencia de su padre, se quedaba en casa, aunque comiese él solo con su madre, partía para la mesa tanto pan como si la preparara para toda la familia. Si la madre le preguntaba por qué ponía tanto pan en la mesa, respondía que lo hacía así para poder dar limosna a los pobres, porque había hecho propósito de dar limosna a todo el que se la pidiera por amor de Dios. Su madre, que le amaba más que a los demás hijos, le permitía obrar así, no sin observar lo que hacía y admirándolo detenidamente en su corazón.

Pues así como antes le gustaba salir con los amigos cuando lo llamaban y tanto le atraía su compañía que muchas veces se levantaba de la mesa a medio comer, causando gran pena a sus padres por estas intempestivas salidas, así ahora tenía todo su corazón pendiente de ver u oír a algún pobre para darle limosna.

Trocado así por la gracia divina, aunque vestía todavía de seglar, deseaba estar en alguna ciudad donde, pasando por desconocido, pudiera despojarse de sus ropas para vestirse de préstamo con las de algún pobre y probar lo que era pedir limosna por amor de Dios.

Y sucedió que por entonces fuera como peregrino a Roma. Y, entrando en la iglesia de San Pedro, se paró a observar que los donativos de algunos eran exiguos, y se dijo para sí: “Mereciendo el príncipe de los apóstoles ser honrado con magnificencia, ¿cómo es que éstos ofrecen limosnas tan escasas en la iglesia donde reposa su cuerpo?”. Y así, con gran fervor, metiendo la mano en su bolsa, la sacó con cuantas monedas pudo arramblar, y, echándolas por la ventanilla del altar, produjeron tanto ruido que todos los presentes se quedaron admirados de la espléndida limosna. Saliendo fuera de las puertas de la iglesia, donde había muchos pobres pidiendo limosna, recibió de prestado y secretamente los andrajos de un hombre pobrecillo y quitándose sus vestidos, se vistió los de aquél; y se quedó en la escalinata de la iglesia con otros pobres, pidiendo limosna en francés, pues él gustaba hablar esta lengua aunque no la hablaba correctamente⁵.

⁵ Leyenda de los tres compañeros 7-10.

Ladrón de telas

Decidido a seguir a Cristo sin condiciones desea hacer algo por los demás. Y saca en secreto un lote de telas de su padre para darle el dinero a la Iglesia y a los pobres. Tomás de Celano lo explica así: *Se levanta, protégese haciendo la señal de la cruz, y, aparejado el caballo, monta sobre él; cargados los paños de escarlata para la venta, camina ligero hacia la ciudad de Foligno. Vende allí, como siempre, todo el género que lleva y, afortunado comerciante, deja el caballo que había montado a cambio de su valor; de vuelta, abandonado ya el equipaje, delibera religiosamente qué hacer con el dinero. Y al punto, maravillosamente convertido del todo a la obra de Dios, no pudiendo tolerar el tener que llevar consigo una hora más aquel dinero y estimando como arena toda su ganancia, corre presuroso para deshacerse de él. Regresando hacia Asís, dio con una iglesia, próxima al camino, que antiguamente habían levantado en honor de San Damián, y que de puro antigua amenazaba ruina inminente.*

Acercóse a ella el nuevo caballero de Cristo, piadosamente conmovido ante tanta miseria, y penetró temeroso y reverente. Y, hallando allí a un sacerdote pobre, besó con gran fe sus manos sagradas, le entregó el dinero que llevaba y le explicó ordenadamente cuanto se había propuesto.

Asombrado el sacerdote y admirado de tan inconcebible y repentina conversión, no quería dar crédito a lo que oía. Por temor de ser engañado, no quiso recibir el dinero ofrecido. Es que lo había visto, como quien dice ayer, vivir tan desordenadamente entre compañeros y amigos y superarlos a todos en vanidad. Mas él persiste más y más en lo suyo y trata de convencerle de la veracidad de sus palabras, y le ruega y suplica con toda su alma que le permita convivir con él por el amor del Señor. Por fin, el sacerdote se avino a que se quedase en su compañía; pero, por temor a sus parientes, no recibió el dinero, que el auténtico despreciador del vil metal arrojó a una ventana, sin preocuparse de él más que del polvo. Pues deseaba poseer la sabiduría, que vale más que el oro, y adquirir la prudencia, que es más preciosa que la plata.

Mientras permanecía el siervo de Dios Altísimo en el lugar mencionado, su padre, cual diestro explorador, rastrea por todas partes para conocer el paradero del hijo. Conocido que hubo el lugar y el género

de vida que llevaba, doliéndose grandemente en su corazón, conturbado sobremanera por suceso tan inesperado, convoca a sus amigos y vecinos y corre veloz a donde mora el siervo de Dios. Mas éste, atleta novel aún de Cristo, al oír las voces amenazadoras de sus perseguidores y, presintiendo su llegada, por huir de sus iras, se esconde en una cueva bien disimulada que para esto él mismo se había preparado ⁶.

Un día armándose con el escudo de la fe y fortalecido con las armas de una gran confianza para luchar las batallas del Señor, se encaminó hacia la ciudad, y, ardiendo en fuego divino, se reprochaba a sí mismo su pereza y poco valor.

En cuanto lo vieron quienes lo conocían, al comparar lo presente con lo que había sido, se desataron en insultos, saludándolo como a loco y demente y arrojándole barro y piedras del camino. Lo contemplaban tan otro de lo que antes había sido y tan consumido por la maceración de su carne, que cuanto hacía lo atribuían a debilidad y demencia. Mas, porque es mejor el paciente que el orgulloso, el siervo de Dios se hacía sordo y, sin abatirse lo más mínimo ni alterarse por los insultos, daba gracias al Señor por todo ello.

Corriendo de aquí para allá la voz de los que se burlaban de él, llegó esta fama a oídos de mucha gente y, por fin, a los de su propio padre. Al oír éste el nombre de su hijo, y como si tales injurias de los conciudadanos recayeran sobre él, se levantó en seguida, no para librarlo, más bien para hundirlo; y, sin guardar forma alguna, se lanza como el lobo sobre la oveja, y, mirándolo fieramente y con rostro amenazador, lo apresa entre sus manos, y, sin respeto ni decoro, lo mete en su propia casa.

Sin entrañas de compasión, lo tuvo encerrado durante muchos días en un lugar tenebroso, pensando doblegar la voluntad de su hijo a su querer; primero, a base de razonamientos, y luego, con azotes y cadenas. Mas el joven salía de todo esto más decidido y con más vigor para realizar sus santos propósitos, y no perdió la paciencia ni por los reproches de palabra ni por las fatigas de la prisión.

Sucedió, pues, que, teniendo su padre que ausentarse de casa por algún tiempo a causa de urgentes asuntos familiares y permaneciendo el varón de Dios encerrado en la cárcel de la casa, su madre, que había quedado sola con él, desaprobando el modo de proceder de su marido, habló con dulces palabras a su hijo. Intuyendo ella la imposibilidad de

⁶ 1 Celano 8-10.

que éste desistiera de su propósito, conmovidas las entrañas maternas, rompió las ataduras y lo dejó libre para marchar. Él, dando gracias a Dios todopoderoso, volvió al instante al lugar donde había permanecido anteriormente. Muévase ahora con mayor libertad probado en la escuela de la tentación; con los muchos combates ha adquirido un aspecto más alegre; las injurias han fortalecido su ánimo; y, caminando libre por todas partes, procede con más magnanimidad.

En el ínterin retorna el padre, y, no encontrándolo, se desahoga en insultos contra su mujer, sumando pecados sobre pecados. Bramando con gran alboroto, corre inmediatamente al lugar con el propósito, si no le es posible reducirlo, de ahuyentarlo, al menos, de la provincia. Mas como el temor del Señor es la confianza del fuerte, apenas el hijo de la gracia se apercibió de que su padre según la carne venía en su busca, decidido y alegre se presentó ante él y con voz de hombre libre le manifestó que ni cadenas ni azotes le asustaban lo más mínimo. Y que, si esto le parecía poco, le aseguraba estar dispuesto a sufrir gozoso, por el nombre de Cristo, toda clase de males. Ante tal resolución, convencido el padre de que no podía disuadir al hijo del camino comenzado, pone toda su alma en arrancarle el dinero ⁷.

Ante el obispo

Su padre se presentó en el palacio comunal y formuló querrela ante los cónsules contra su hijo, reclamando que le fuera devuelto el dinero que le había sido sustraído de su casa. Los cónsules, viéndolo tan enojado, citan o mandan llamar por pregón a Francisco para que comparezca ante ellos. Como respuesta al pregón, dijo éste que por la gracia de Dios era ya libre y no estaba bajo la jurisdicción de los cónsules, porque era siervo del solo Altísimo Dios. Los cónsules no quisieron hacerle violencia y dieron al padre esta contestación: “Desde que se ha puesto al servicio de Dios ha quedado emancipado de nuestra potestad”.

Viendo el padre que nada conseguía de los cónsules, presentó la misma querrela ante el obispo de la ciudad. El obispo, empero, discreto y sabio, lo citó en la debida forma para que compareciera y respondiera a

⁷ 1 Celano 11-14.

la demanda del padre. Francisco contestó así a quien le llevó la citación: “Compareceré ante el señor obispo, que es padre y señor de las almas”.

Se presentó, pues, ante el señor obispo, y éste lo recibió con gran alegría. Luego le dijo: “Tu padre está enojado contra ti y muy escandalizado. Si, pues, deseas servir a Dios, devuélvele el dinero que tienes; y como quiera que, tal vez, esté adquirido injustamente, no es agradable a Dios que lo entregues como limosna para obras de la Iglesia, debido a los pecados de tu padre, cuyo furor se mitigará si recibe ese dinero. Hijo, ten confianza en el Señor y obra con hombría y no temas, porque él será tu mejor ayuda y te proporcionará con abundancia todo lo que necesites para las obras de su Iglesia”.

El varón de Dios se levantó rebosando de alegría y confortado con las palabras del obispo; y, llevando ante él el dinero, le dijo: “Señor, no sólo quiero devolverle con gozo de mi alma el dinero adquirido al vender sus cosas, sino hasta mis propios vestidos”. Y, entrando en la recámara del obispo, se desnudó de todos sus vestidos y, colocando el dinero encima de ellos, salió fuera desnudo en presencia del obispo y de su padre y demás presentes y dijo: “Oídme todos y entendedme: hasta ahora he llamado padre mío a Pedro Bernardone; pero como tengo propósito de consagrarme al servicio de Dios, le devuelvo el dinero por el que está tan enojado y todos los vestidos que de sus haberes tengo; y quiero desde ahora decir: Padre nuestro, que estás en los cielos, y no padre Pedro Bernardone”. Y entonces se vio que el siervo de Dios llevaba bajo sus vestidos de colores un cilicio a raíz de la carne.

Levantándose su padre, enfurecido de íntimo dolor y de ira, cogió el dinero y todos los vestidos y se los llevó a su casa. Pero aquellos mismos que habían presenciado la escena, se indignaron contra él por no haber dejado ni una mínima prenda a su hijo. Y, movidos a compasión por Francisco, empezaron a llorar abundantemente.

Mas el obispo, considerando atentamente el coraje del varón de Dios y admirando con asombro su fervor y constancia, lo acogió entre sus brazos y lo cubrió con su capa. Comprendía claramente que lo había hecho por inspiración divina y reconocía que en lo que acababa de ver se encerraba no pequeño misterio. Y desde este momento se constituyó en su protector, exhortándolo, animándolo, dirigiéndolo y estrechándolo con entrañas de caridad ⁸.

⁸ Leyenda de los tres compañeros 19-20.

San Damián

De vuelta a la iglesia de San Damián, gozoso y ferviente, se hizo un hábito a manera de ermitaño, y reconfortó al sacerdote de esta iglesia con las mismas palabras con que él había sido confortado por el obispo.

Luego, entrando en la ciudad, como ebrio de espíritu, empieza a cantar alabanzas al Señor por plazas y barrios. Terminadas estas alabanzas, se pone a pedir piedras para reparar la dicha iglesia, diciendo: “Quien me diere una piedra, recibirá una merced; quien me diere dos, dos mercedes tendrá; quien me diere tres, recibirá otras tantas”.

Y así, por este estilo, decía otras muchas palabras sencillas con fervor de espíritu; pues, elegido por Dios siendo idiota y simple, se conducía en todo no con palabras elocuentes de humana sabiduría, sino con absoluta sencillez. Muchos se burlaban de él, teniéndolo por loco; otros, movidos a piedad, no podían dejar de llorar al ver que en tan poco tiempo había llegado de tanta liviandad y vanidad mundanas a tanta hartura de amor de Dios. Pero él, menospreciando las burlas, daba gracias a Dios con gran fervor de espíritu.

Cuánto hubo de trabajar en la reparación de la iglesia, sería largo y difícil de contar. Porque él, que había vivido en casa de su padre rodeado de delicadezas, transportaba sobre sus hombros las piedras, soportando mil suertes de penalidades en el servicio de Dios.

El referido sacerdote, viendo aquel trabajo, es decir, con qué ánimo tan fervoroso trabajaba sobre sus fuerzas en el divino servicio, procuraba, aunque pobrecillo, prepararle algo especial en las comidas, pues sabía que en el siglo había vivido entre delicadezas. Porque, como más tarde manifestó el mismo siervo de Dios, comía frecuentemente cosas escogidas y bien condimentadas y se abstenía de comidas que no fueran así.

Como quiera que un día se detuviese a reflexionar sobre lo que el sacerdote hacía por él, hablándose a sí mismo, se dijo: “¿Encontrarás en cualquier lugar a que vayas un sacerdote como éste, que te trate con tan obsequiosa atención? No es ésta la vida de hombre pobre que has resuelto elegir; sino que como el pobre, que, yendo de puerta en puerta, lleva en su mano el plato y, obligado por la necesidad, mezcla en él diversos alimentos, así es preciso que voluntariamente vivas por amor de Aquel

que nació pobre, vivió pobrísimo en el mundo y quedó desnudo y pobre en el patíbulo y fue sepultado en sepulcro ajeno”.

Y, decidido, tomó un plato, marchó a la ciudad y fue pidiendo limosna de puerta en puerta. Luego que mezcló en la escudilla los diversos alimentos, muchos que conocían la delicadeza con que había vivido quedaron maravillados al ver el admirable cambio que había hecho, hasta menospreciarse de aquella manera. Mas, cuando se puso a comer aquella bazofia, su primer impulso fue de asco, porque no sólo no tenía costumbre de comer aquellos comestibles, pero ni los podía ver. Pero, haciéndose violencia, empezó a comer, y le pareció que ni en las comidas más exquisitas había experimentado jamás tanto placer.

Con esto se regocijó de tal manera en el Señor, que su cuerpo, débil y extenuado, sintió fortaleza para sobrellevar por el Señor con alegría todo lo más áspero y amargo.

Y dio gracias a Dios por haberle cambiado lo amargo en dulce y por haberle confortado de múltiples maneras. Y pudo decir al presbítero aquel que en adelante no preparara ni hiciera preparar para él manjar alguno.

Su padre, en cambio, viéndolo en tan abyecta condición, se requemaba de sentimiento; y, por lo mismo que le había amado mucho, se avergonzaba tanto y tanto sufría al contemplar la carne de su hijo extenuada por la excesiva penitencia y por el frío, que dondequiera que lo encontraba lo maldecía.

Dándose cuenta el varón de Dios de las maldiciones de su padre, se buscó un hombre pobrecillo y humilde que hiciera de padre, y le dijo: “Ven conmigo y repartiré contigo las limosnas que me den. Y cuando vieres que mi padre me maldice y yo te dijere a ti: “Padre, bendíceme”, tú harás sobre mí la señal de la cruz y me bendecirás en vez de él”. Así, cuando aquel pobre hombre le daba la bendición, el varón de Dios decía a su padre: “¿No piensas que Dios puede darme un padre que me bendiga contra tus maldiciones?”.

Mientras trabajaba asiduamente en reparar la iglesia antes mencionada, deseando que luciera de continuo en ella una lámpara, salía a la ciudad a pedir aceite. Al acercarse a una casa y ver que estaba reunido un grupo de hombres jugando, sintió vergüenza de pedir limosna ante ellos y retrocedió. Reflexionando al pronto, se censuró de pecado y volvió corriendo al lugar donde se desarrollaba el juego y confesó delante de todos su culpa por haberse avergonzado de pedir limosna por respeto humano. Y, llegándose a aquella casa con ánimo ferviente y hablando en

francés, pidió, por amor de Dios, aceite para alumbrar la lámpara de la dicha iglesia.

Cuando el bienaventurado Francisco acabó la obra de la iglesia de San Damián, vestía hábito de ermitaño, llevaba bastón y calzado y se ceñía con una correa. Habiendo escuchado un día en la celebración de la misa lo que dice Cristo a sus discípulos cuando los envía a predicar, es a saber, que no lleven para el camino ni oro ni plata, ni alforja o zurrón, ni pan ni bastón, y que no usen calzado ni dos túnicas; y como comprendiera esto más claro por la explicación del sacerdote, dijo transportado de indecible júbilo: “Esto es lo que ansío cumplir con todas mis fuerzas”.

Y, grabadas en la memoria cuantas cosas había escuchado, se esforzó en cumplirlas con alegría: se despojó al momento de los objetos duplicados y no usó en adelante de bastón, calzado, zurrón o alforja; y, haciéndose él una túnica muy basta y rústica, abandonó la correa y se ciñó con una cuerda. Adhiriéndose de todo corazón a las palabras de nueva gracia y pensando en cómo llevarlas a la práctica, empezó, por impulso divino, a anunciar la perfección del Evangelio y a predicar en público con sencillez la penitencia. Sus palabras no eran vanas ni de risa, sino llenas de la virtud del Espíritu Santo, que penetraban hasta lo más hondo del corazón y con vehemencia sumían a los oyentes en estupor.

Como más tarde él mismo atestiguó, había aprendido, por revelación divina, este saludo: “El Señor te dé la paz”. Por eso, en toda predicación suya iniciaba sus palabras con el saludo que anuncia de la paz⁹.

Después de restaurar la iglesia de San Damián reparó la Porciúncula. Antiguamente la iglesia de la *Porciúncula* (Porciúncula significa partecita) se llamaba Santa María de los Ángeles. Luego la gente lo llamó Santa María de la Porciúncula y después de ser reparada por San Francisco la gente decía: Vamos a Santa María de los Ángeles.

Esta iglesia pertenecía a la abadía benedictina de monte Subasio y cada vez estaba más descuidada y abandonada. Entre el pueblo existía la creencia de que por la noche bajaban los ángeles a la iglesita a cantar las alabanzas de Dios. Y por ello la conocían como la iglesia Santa María de los Ángeles. Francisco decidió restaurarla y quedarse allí. Los benedictinos no tuvieron problema en concederle su permiso. El Papa Honorio III el año 1216 concedió indulgencia plenaria a los que visitaran la iglesia de la Porciúncula.

⁹ Leyenda de los tres compañeros 21-26.

El nuevo modo de vivir dedicado a servir a Dios y ayudando a los pobres le daba una gran alegría espiritual. Se sentía un juglar de Dios y con frecuencia paseaba por el bosque cantando alabanzas al Señor en lengua francesa. Un día lo encontraron unos ladrones y le preguntaron quién era. Respondió: *Soy el pregonero del gran Rey. ¿Qué queréis?* Ellos le propinaron una paliza y lo arrojaron a un hoyo lleno de nieve, diciéndole: *“Descansa, rústico pregonero de Dios”*. Y él, revolviéndose de un lado para otro, sacudiéndose la nieve, de un salto se puso fuera de la hoyo y, reventando de gozo, comenzó a proclamar a plena voz por los bosques las alabanzas del Creador de todas las cosas.

Así llegó finalmente a un monasterio en el que permaneció varios días sin más vestido que un tosco blusón, trabajando como mozo de cocina, ansioso de saciar el hambre siquiera con un poco de caldo ¹⁰.

Después se fue a cuidar a los leprosos, a quienes llamaba hermanos cristianos. Tan repugnante le había sido la visión de los leprosos que en sus años de vanidades, al divisar de lejos, a unas dos millas, sus casetas, se tapaba la nariz con las manos.

Mas una vez que por gracia y virtud del Altísimo comenzó a tener santos y provechosos pensamientos, mientras aún permanecía en el siglo, se topó cierto día con un leproso y superándose a sí mismo, se llegó a él y le dio un beso ¹¹.

Primeros discípulos

San Francisco fue a oír misa el 24 de febrero de 1209 en la Porciúncula y oyó el Evangelio que decía: *No llevéis oro ni plata ni cobre en vuestros cintos ni alforjas para el camino, ni dos túnicas, ni zapatos, ni báculo* (Mt 10, 9-10). Para él estas palabras fueron como una revelación divina. Y lleno de júbilo exclamó: *Esto lo que yo busco y lo que de corazón deseo* ¹². Arrojó el bastón y los zapatos, tomó una cuerda, en vez del cinturón de cuero, y se hizo un pobre vestido de tela burda. Pronto se le unió Bernardo de Quintavalle. Era una persona rica de Asís, que repartió todos sus bienes entre los pobres. Se pasaba muchas horas en oración. Era

¹⁰ 1 Celano 16.

¹¹ 1 Celano 17.

¹² 1 Celano 22.

muy humilde y descollaba en la interpretación de los pasajes difíciles de la Escritura. *Con frecuencia era arrebatado en Dios al contemplar las cosas celestiales*¹³.

Al día siguiente de su llegada, Francisco lo llevó a una iglesia junto con otro compañero, Pedro Cattani, jurista, y le pidieron al sacerdote que abriera tres veces los Evangelios para ver qué les decía el Señor sobre su modo de vivir. A la primera leyeron: *Si quieres ser perfecto, ve, vende lo que tienes y dáselo a los pobres. Así tendrás un tesoro en el cielo y luego ven y sígueme* (Mt 19, 21). A la segunda: *No toméis nada para el camino, ni bastón, ni bolsa, ni pan, ni dinero, ni tengáis dos túnicas* (Lc 9, 3). A la tercera: *Quien quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame* (Mt 16, 24).

Francisco se sintió inundado de gozo, pues sintió claramente que Dios los había iluminado para vivir una vida de pobreza sin nada propio, solamente con una sola túnica, la capucha y los calzones.

Otro discípulo fue Rufino de Asís, de familia noble. Era primo de santa Clara. Tímido y amante del silencio, se horrorizaba de hablar en público y le daba vergüenza mendigar. No tenía cualidades para predicar.

León fue el más célebre de los compañeros de Francisco. Al ser sacerdote, Francisco lo tomó por su confesor y secretario. Tal era su dulzura y su candor que Francisco lo llamaba *hermano ovejuela de Dios*.

Después llegó Felipe, el sacerdote Silvestre, Morico, Juan della Capella... Francisco los envió de dos en dos a predicar. Francisco y el hermano Gil fueron a las Marcas. La gente se reía de ellos al verlos tan pobres. Después de un tiempo de oración y reflexión volvió a enviarlos. Bernardo y Gil irían a Santiago de Compostela; Francisco y otro hermano irían al valle de Rieti y los otros cuatro a otros lugares. Francisco los enviaba recomendándoles la confianza en el Señor. Él cuidaría de ellos y proveería a sus necesidades. Al entrar en los pueblos, lo primero que hacían era ir a la iglesia a rezar, después predicaban la conversión y pedían limosna para alimentarse. Pero a veces los tomaban por herejes o ladrones y los apaleaban. Cuando les preguntaban quiénes eran, respondían: *Penitentes de la ciudad de Asís*. Éste fue el primer nombre del grupo: *Penitentes de Asís*.

Pronto se les unieron otros cuatro hermanos. Ya eran doce y Francisco les comunicó su voluntad de escribir una Regla y someterla a la aprobación del Papa

¹³ Florecillas 28.

Visita al Papa

En la primavera del año 1209 Francisco y sus doce compañeros llegaron a Roma para presentar al Papa su modo de vivir en absoluta pobreza. Por aquellos días estaba en Roma el obispo Guido de Asís, que los conocía y apreciaba. Él les facilitó la audiencia con el Papa. En esta reunión con el Papa y los cardenales algunos veían esta manera de vivir como nueva y muy difícil de sobrellevar. El cardenal Juan de San Pablo los defendió.

El obispo de Asís le indicó a Francisco que esa manera de vivir era muy dura y difícil. El mismo Papa Inocencio III, a quien pidió la aprobación de la Regla, la consideró muy áspera y dura. Pero Francisco acudió a textos evangélicos para responder. Jesús dice: *Las zorras tienen cuevas y las aves del cielo nidos, pero el Hijo del hombre no tiene dónde reclinar su cabeza* (Mt 8, 20). *Ninguno de vosotros, que no renuncie a todos sus bienes, puede ser mi discípulo* (Lc 14, 33). *Vended cuanto poseéis y dad limosna, haceos bolsas que no envejecen y un tesoro que no se agote en el cielo* (Lc 12, 33).

El Papa decidió esperar antes de dar su aprobación y les pidió que rezaran. Así lo hicieron y a los pocos días de nuevo se presentaron ante el Papa.

Cristo se le había manifestado en oración y le había dicho: *Así hablarás al Papa: Había en un desierto una mujer pobre, pero hermosa. Por su mucha hermosura llegó a amarla un rey. Convino gustoso con ella y tuvo en ella hijos preciosísimos. Algo mayores ya éstos y educados en nobleza, la madre les dijo: “No os avergoncéis, queridos, de ser pobres, pues sois todos hijos de un gran rey. Idos en hora buena a su Corte y pedidle cuanto necesitéis”. Ellos, al oír esto, se admiran y alegran, y animados con que se les ha dado fe de su linaje real, sabedores de que son futuros herederos, la pobreza misma la miran ya como riqueza. Se presentan confiados al rey, sin temer severidad en él, cuyos rasgos ostentan. El rey se reconoce retratado en ellos, y pregunta, sorprendido, de quién son hijos. Y como ellos aseguraran ser hijos de una mujer pobre que vive en el desierto, abrazándolos dice: “Sois mis hijos y mis herederos; no temáis. Si los extraños comen de mi mesa, más justo es que me esmere yo en alimentar a quienes está destinada con todo derecho mi herencia”. Y el rey manda luego a la mujer que envíe a la Corte, para que*

se alimenten en ella, todos los hijos tenidos de él. El santo se llena de alegría con la parábola y lleva luego al Papa la respuesta divina

Esta mujer representaba a Francisco, por la fecundidad en muchos hijos, no por lo que tienen de molición los hechos; el desierto es el mundo, inculto entonces y estéril en enseñanzas virtuosas; la descendencia hermosa y numerosa de hijos, el gran número de hermanos, heroseado con toda suerte de virtudes; el rey, el Hijo de Dios, a quien, por la semejanza que les da la santa pobreza, reproducen configurados con él, y se alimentan de la mesa real, sin avergonzarse de su pobreza, pues, contentos de imitar a Cristo y viviendo de limosna, están seguros de que a través de los desprecios del mundo llegarán a ser bienaventurados.

El señor Papa se admira de la parábola propuesta y ve claro que Cristo mismo le ha hablado en este hombre. Se acuerda de una visión tenida pocos días atrás, que —afirma, ilustrado por el Espíritu Santo— se cumplirá precisamente en este hombre. Había visto en el sueño que la basílica de Letrán estaba a punto de arruinarse y que un religioso pequeño y despreciable, arrimando la espalda, la sostenía para que no cayera. “Ciertamente —dijo— es éste quien con obras y enseñanzas sostendrá la Iglesia de Cristo”. Por eso, el señor Papa accede con facilidad a la petición de Francisco y lleno de devoción divina, amó siempre con amor especial al siervo de Dios. Y le otorgó luego lo pedido. Y prometió que le otorgaría aún mucho más ¹⁴.

En Río Torto

Vueltos a Asís se fueron a vivir cerca de la iglesia de la Porciúncula en un lugar llamado Río Torto, Rivotorto (río torcido o arroyo tortuoso), donde había una choza abandonada, que la ocuparon. Era pequeña pero allí podían sentarse y descansar y, sobre todo, podían orar juntos y alegrarse con las maravillas que hacía el Señor en sus vidas.

Vivían (en Río Torto) padeciendo mucho y careciendo de todo. Privados muchísimas veces del alivio de un bocado de pan, contentos con los nabos que mendigaban trabajosamente de una parte a otra por la llanura de Asís. Aquel lugar era tan exageradamente reducido que

¹⁴ 2 Celano 16-17.

malamente podían sentarse ni descansar. Con todo, no se oía por este motivo, murmuración o queja alguna; antes bien, con ánimo sereno y espíritu gozoso conservaban la paciencia ¹⁵.

En Río Torto se encontraba una leprosería llamada de Santa María Magdalena por el nombre de una capilla adjunta. Allí había un grupo de leprosos y por ellos, para ayudarlos, se estableció en ese lugar hasta que los benedictinos le cedieron el lugar de santa María de la Porciúncula.

Cuando moraban en ese lugar, un día un hombre con su borrico llegó a la choza en que habitaban. Para impedir que le echaran, invitaba al borrico a entrar, diciendo: *“Adelante que así mejoraremos este lugar”*. Al oírlo Francisco y percatándose de la intención, lo llevó muy a mal; pensaba aquel hombre que los hermanos querían afincarse allí y añadir nuevas chozas a la existente. Y sin más, san Francisco salió de aquel lugar y se trasladó a otro sitio no lejos de allí que se llama Porciúncula, donde había reparado tiempo atrás la iglesia de Santa María ¹⁶.

Modo de vida

En todas partes se sentían seguros sin temor que los inquietase ni afán que los distrajese; despreocupados, aguardaban al día siguiente y, cuando con ocasión de los viajes, se encontraban frecuentemente en situaciones incómodas, no se angustiaban pensando dónde habían de pasar la noche. Pues cuando en medio de los fríos más crudos, carecían muchas veces del necesario albergue, se recogían en un horno o humildemente se guarecían de noche en grutas o cuevas. Durante el día iban a las casas de los leprosos o a otros lugares decorosos y, quienes sabían hacerlo, trabajaban manualmente, sirviendo a todos humilde y devotamente. Rehusaban cualquier oficio del que pudiera originarse escándalo; más bien, ocupados siempre en obras santas y justas, estimulaban a la paciencia y humildad a cuantos trataban con ellos... Muchas veces padecían afrentas y oprobios... y tan virilmente los sobrellevaban que de su boca no salían sino cánticos de alabanza y

¹⁵ 1 Celano 42.

¹⁶ 1 Celano 44.

gratitud. Rarísima vez, por no decir nunca, cesaban en las alabanzas a Dios y en la oración ¹⁷.

Un día leyeron en el Evangelio: *Lo que hicieren a uno de estos mis hermanos menores, a mí me lo hacéis* (Mt 25, 40). *Francisco dijo con alegría: Quiero que esta fraternidad se llame Orden de los hermanos menores* ¹⁸, estando sometidos a todos, buscando siempre el último puesto. *Se llamaron menores, porque al igual que por su título, por el ejemplo y las obras han de ser los más humildes de todos los hombres* ¹⁹.

A los principios, Francisco y sus compañeros se dedicaban casi exclusivamente a orar y reflexionar en la palabra de Dios. Llevaban una vida contemplativa con algunos intervalos de predicación en los distintos pueblos o ciudades. Pronto se vio la necesidad de trabajar para no estar ociosos tanto tiempo en el mismo lugar, sobre todo en mal tiempo. Se vio que el trabajo era una fuente de humildad, para vivir mejor el espíritu de pobreza, pues lo que ganaban lo repartían entre los pobres y, cuando no tenían suficiente, iban pidiendo por las casas. Por ello, se llama a la Orden de los franciscanos, dominicos y otras, Órdenes mendicantes.

Veamos cómo trabajaba el hermano Gil y así lo hacían otros de sus compañeros: *Se contratava como jornalero, pero de modo que siempre se reservaba algunas horas libres para hacer sus prácticas de piedad y en especial para rezar las horas canónicas. En el trabajo siempre era alegre y diligente. Recibía con gusto cualquier ocupación, por baja que fuera, con tal que fuera honesta. En Fabriano, en la Marca de Ancona, a donde había sido enviado por San Francisco en 1214, se ocupó en hacer armarios para guardar vasos, en tejer cestas y envolturas para botellas. Después las llevaba a la ciudad con su compañero; y allí las vendía recibiendo como precio de la venta lo que necesitaban para su alimentación y vestido. Con su diligente trabajo llegó a ganar tanto que pudo vestir también a otros frailes más pobres. Un año después fue a Palestina en peregrinación. Como en Brindis tuviera que aguardar algún tiempo a la nave, se proporcionó un cántaro, traía agua a la ciudad e iba gritando: “¿Quién quiere comprar agua?”. Como precio recibía el sustento necesario para sí y para su compañero. También al otro lado del mar, en Tierra Santa, procuró vivir del trabajo de sus manos. En la ciudad de Akkon se dedicó a tejer cestas de mimbres, llevar los cadáveres al*

¹⁷ 1 Celano 39-40.

¹⁸ 1 Celano 38.

¹⁹ Espejo de perfección 10.

cementerio y hacer de aguador. Si no encontraba ningún trabajo, vivía de limosna, que pedía de puerta en puerta.

Cuando vivía en Roma, solía ir todas las mañanas, después de oír misa, al bosque distante de la ciudad dos horas, y volvía con un haz de leña en los hombros. Ésta la vendía no a cambio de dinero sino del necesario mantenimiento de la vida. Un día viniendo así cargado se encontró con una mujer que quería comprar leña. Después que hubieron convenido, ella quiso pagarle más que el precio ajustado, porque reconoció en él a un religioso. Pero Gil dijo: “No quiero que me venza la codicia” y rechazó no solamente lo sobrante, sino también la mitad del precio convenido.

En tiempo de la vendimia ayudaba el siervo de Dios a recoger las uvas, que después llevaba al lagar y exprimía con sus pies. Un día encontró en la calle a un hombre, que deseaba contratar a alguno para varear nueces. Pero nadie se prestaba a ello, porque los árboles eran muy altos y estaban demasiado lejos de Roma. Acercósele Gil y le dijo: “Yo quiero ayudarte”. Después que hubieron convenido en que una parte de las nueces había de ser para él, como premio del trabajo, fray Gil marchóse al lugar, hizo la señal de la cruz, subió a los altos árboles y vareó las nueces. Mas como las nueces que recibió en salario eran tantas que no le cabían en la bolsa, se quitó el hábito, ató las mangas y el capucho, echó allí las nueces, las llevó a casa y las repartió a los pobres.

En tiempo de la cosecha de cereales iba Gil con otros pobres al campo y recogía las espigas que habían quedado. Si alguno quería darle de balde una gavilla, no la recibía, diciendo: “No tengo graneros donde poder guardar el trigo”. Las espigas que recogía las daba asimismo a los pobres.

Cuando el beato vivía con los monjes del monasterio “Santi Quattro” junto a Letrán, un día buscaba el cocinero un trabajador que le cerniera la harina. Oyólo Gil, se ofreció y recibió, después de convenirse, siete panes por cada doce fanegas. Traía también agua de la fuente de San Sixto, ayudaba a cocer el pan y en premio le daban algunos panes. Más tarde fue en Rieti huésped del cardenal Nicolao de Túsculo. A repetidas instancias del príncipe de la Iglesia consintió por fin en comer con él, pero puso como condición que él mismo había de ganarse su pan. Marchaba, pues, a trabajar todos los días, ayudaba a recoger olivas y en otras ocasiones y cuando después se presentaba a la mesa, traía consigo el pan que había ganado con el sudor de su frente. Si por acaso el mal tiempo le impedía entregarse a su trabajo, se ofrecía al cocinero para

*barrer la cocina o limpiar cuchillos sucios y roñosos a cambio de algunos panes*²⁰.

Lo importante era no estar ociosos. Francisco odiaba la ociosidad. Él mismo trataba de estar ocupado. En los primeros años, subía a Asís todos los sábados. Los canónigos tenían un huerto con una choza y allí pasaba la noche en oración. El domingo por la mañana predicaba al pueblo en la catedral de San Rufino, exhortando siempre a la paz y al perdón. Por su palabra hicieron las paces un día los ciudadanos de Arezzo enfrentados a muerte en una guerra civil²¹.

La Iglesia

San Francisco no quiso separarse de la Iglesia como otros grupos de presuntos reformadores lo hicieron, cayendo en herejías y excesos de toda clase. Él quiso reformar a la Iglesia por dentro sin salirse de ella y por medio de una Orden religiosa que fuera oficialmente aprobada. Su respeto a los sacerdotes y a la autoridad del Papa estaba por encima de toda discusión. Era un humilde servidor de Cristo y de su Iglesia, respetando a sus autoridades.

Una noche, mientras dormía, tuvo la siguiente visión. Ve una gallina pequeña y negra, semejante a una paloma doméstica, con las piernas y las patas cubiertas de plumas. La gallina tenía incontables polluelos, que, rondando sin parar en torno a ella, no lograban todos cobijarse bajo las alas. Despierta el varón de Dios, repasa en su corazón lo meditado y se hace intérprete de su propia visión: “Esa gallina —se dice— soy yo, pequeño de estatura y de tez negruzca, a quien por la inocencia de vida debe acompañar la simplicidad de la paloma, la cual, siendo tan extraña al mundo, vuela sin dificultad al cielo. Los polluelos son los hermanos, muchos ya en número y en gracia, a los que la sola fuerza de Francisco no puede defender de la turbación provocada por los hombres, ni poner a cubierto de las acusaciones de lenguas enemigas. Iré, pues, y los encomendaré a la santa Iglesia romana, para que con su poderoso cetro abata a los que les quieren mal y para que los hijos de Dios tengan en

²⁰ Felder Hilarino, *Los ideales de San Francisco*, Ed. Desclée de Brouwer, Buenos Aires, 1948, pp. 152-153.

²¹ 2 Celano 108.

todas partes libertad plena para adelantar en el camino de la salvación eterna”²².

En cierta ocasión se llegó a Roma por asuntos de la Orden, y deseaba muy mucho predicar ante el papa Honorio y los venerables cardenales. Conocedor de este deseo el señor Hugolino, ilustre obispo de Ostia, que veneraba al santo de Dios con singular afecto, sintióse poseído de temor y de alegría, admirando el fervor del santo varón y su ingenua simplicidad. Pero, confiando en la misericordia del Omnipotente, que nunca falta en tiempo de necesidad a los que piadosamente le honran, lo presentó al señor Papa y a los reverendos cardenales. Hallándose Francisco ante tantos príncipes, obtenidas la licencia y la bendición, comenzó a predicar sin temor alguno. Y tal era el fervor de espíritu con que hablaba, que, no cabiendo en sí mismo de alegría, al tiempo que predicaba movía sus pies como quien estuviera saltando; no por ligereza, sino como inflamado en el fuego del divino amor, no incitando a la risa, sino arrancando lágrimas de dolor. Muchos de ellos sintiéronse compungidos de corazón, admirando la divina gracia y la seguridad de tal hombre²³.

Francisco fue el hombre providencial escogido por Dios para sostener a la Iglesia, pues como en la visión del Papa Inocencio III, estaba a punto de derrumbarse y él la sostenía, arrojando la espalda²⁴.

La Regla

Estando el bienaventurado Francisco con el hermano León y el hermano Bonicio de Bolonia retirado en un monte (cerca de Rieti) para componer la Regla (pues se había perdido la primera, escrita bajo el dictado de Cristo), muchos de los ministros se reunieron en torno al hermano Elías, vicario del bienaventurado Francisco, y le dijeron: “Hemos oído que ese hermano Francisco está componiendo una nueva Regla. Tememos que la haga tan dura, que no la podamos observar. Queremos que vayas donde él y le digas que nosotros no queremos obligarnos a esa Regla. ¡Que la componga para él, no para nosotros!”.

²² 2 Celano 24.

²³ 1 Celano 73.

²⁴ 2 Celano 17.

El hermano Elías les respondió que no quería ir, porque temía la reprensión del hermano Francisco. Como ellos insistían en que fuese, les contestó que en todo caso iría, si ellos le acompañaban. Partieron, pues, todos juntos. Cuando el hermano Elías, acompañado de los mencionados ministros, llegó al lugar en que se encontraba el bienaventurado Francisco, le llamó. Este respondió al ver a los ministros: “¿Qué desean estos hermanos?”. Replicó el hermano Elías: “Son ministros que, habiendo oído que estás componiendo una nueva Regla, y temerosos de que la hagas demasiado estrecha, dicen y reafirman que no quieren obligarse a ella; que la hagas para ti, no para ellos”.

Entonces, el bienaventurado Francisco levantó su rostro hacia el cielo y le habló así a Cristo: “Señor, ¿no dije bien que no te creerían?”. Y se escuchó en lo alto la voz de Cristo, que respondía: “Francisco, nada hay en la Regla que proceda de ti; todo lo que ella contiene viene de mí. Quiero que esta Regla sea observada a la letra, a la letra, a la letra; sin glosa, sin glosa, sin glosa”. Y añadió la voz: “Sé lo que puede la debilidad humana y lo que yo quiero ayudarles. Los que no quieren observarla, que se salgan de la Orden”. El bienaventurado Francisco se volvió a aquellos hermanos y les dijo. “¿Habéis oído? ¿Habéis oído? ¿Queréis que consiga que se os repita?”. Los ministros se retiraron confusos y reconociendo su culpa ²⁵.

Ningún fundador de Orden religiosa había fundado su Regla sobre el Evangelio ni había obligado a sus discípulos a guardar el Evangelio en el más estricto sentido. Para él observar el Evangelio no significaba otra cosa que poner a Cristo por centro de su vida

En la Regla primera, aprobada por el Papa Inocencio, se dice: Para que siendo nosotros siempre súbditos y sujetos a los pies de esta santa romana Iglesia, guardemos la pobreza y humildad y el santo Evangelio de nuestro Señor Jesucristo.

San Francisco fue siempre obediente a la Iglesia. No puede encontrarse ningún pasaje de su Regla o de sus escritos que hable en contra de esta armonía entre Francisco y la Iglesia.

Tenía mucha compasión de los enfermos y mucha solicitud por las necesidades de ellos. Si la caridad de los seglares le enviaba alguna vez manjares selectos, aun necesitándolos él sobre todos, los daba a los demás enfermos. Hacía suyos los sufrimientos de todos los enfermos y les dirigía palabras de compasión, cuando no podía prestarles otra ayuda. En días

²⁵ Leyenda de Perusa 17.

de ayuno comía también él, para que los enfermos no se avergonzaran de comer, y no tenía reparo en pedir carne por lugares públicos de la ciudad para el hermano enfermo... Enterado un día de las ganas de comer uvas que tenía un enfermo, lo llevó a la viña y sentándose bajo una vid, comenzó a comerlas para animar al enfermo a que las comiera ²⁶.

Era muy humano y alegre. A pesar de exigir la pobreza más absoluta y no tener nada propio, ni siquiera cosas comunes o cosas, fue siempre muy prudente y caritativo, evitando excesos. Tomás Eccleston oyó a fray Alberto de Pisa, que después fue general de la Orden (1239-1240), que, morando un tiempo en un hospital, hacía muchos ayunos y penitencias y Francisco le mandó que comiera cada día el doble de ración de lo que hasta entonces acostumbraba. De ahí que el mismo fray Alberto aprendió a ser moderado con sus súbditos.

Cuando había faltas graves, se imponía al hermano el abandono de la Orden, pero nunca se imponía castigos corporales como era costumbre en otras Órdenes. Él nunca prohibía nada de comer. Otras Órdenes prohibían la carne u otros alimentos, al menos en ciertos tiempos litúrgicos. Él seguía la norma de Jesús a sus discípulos: *Comed lo que os pongan* (Lc 10, 8).

En la Regla puso la norma de que el saludo al ir a una casa fuera: *La paz sea con esta casa*.

El Señor le reveló el saludo que debían emplear los hermanos, como hizo consignar en su testamento: El Señor me reveló que para saludar debía decir: “El Señor te dé la paz”. En los comienzos de la Religión, yendo de viaje el bienaventurado Francisco con un hermano que fue uno de los doce primeros, éste saludaba a los hombres y mujeres que se le cruzaban en el camino y a los que trabajaban en el campo diciéndoles: “El Señor os dé la paz”.

Las gentes quedaban asombradas, pues nunca habían escuchado un saludo parecido de labios de ningún religioso. Y hasta algunos, un tanto molestos preguntaban: “¿Qué significa esta manera de saludar?”. El hermano comenzó a avergonzarse y dijo al bienaventurado Francisco: “Hermano, permíteme emplear otro saludo”.

Pero el bienaventurado Francisco le respondió: “Déjales hablar así; ellos no captan el sentido de las cosas de Dios. No te avergüences, hermano, pues te aseguro que hasta los nobles y príncipes de este mundo ofrecerán sus respetos a ti y a los otros hermanos por este modo de saludar”. Y añadió: “¿No es maravilloso que el Señor haya querido tener

²⁶ 2 Celano 175-176.

*un pequeño pueblo, entre los muchos que le han precedido, que se contente con poseerle a Él solo, Altísimo y glorioso?”*²⁷.

En la Orden se hizo costumbre saludar con Paz y Bien. Y este saludo es normal hasta el día de hoy.

Santa Clara

La primera hermana que siguió a Francisco en el ideal de la pobreza fue Clara de Offreduccio. Tenía buena cultura, entendía y escribía en latín, le encantaba la música y las predicaciones doctas. Cosía primorosamente y le hizo a Francisco una hermosa alba, que todavía se conserva en el monasterio de clarisas de Asís.

Oía con gusto las predicaciones de Francisco en la catedral de Asís y en otras iglesias. Un día fue a encontrarlo en secreto, acompañada de su empleada y le abrió su corazón. Su familia quería casarla, pues la habían prometido a los doce años a un joven, pero ella quería desposarse con Jesucristo y llevar una vida de pobreza como predicaba Francisco. Tenía 19 años y Francisco 30. La noche del domingo de Ramos se escapó de casa. Era el 18 de marzo de 1212. Ella con su prima Pacífica se fueron a encontrar con los hermanos menores de la Porciúncula. Francisco le cortó la cabellera y la vistió con una túnica ante el altar de Nuestra Señora de los Ángeles de la Porciúncula.

Sor Beatriz, hermana de santa Clara, declaró en el Proceso de su canonización que san Francisco la tonsuró ante el altar de la iglesia de la Virgen María, llamada Porciúncula, y después la llevó a la iglesia de San Pablo de las abadesas. Y como sus parientes quisieron sacarla de allí, Clara agarró los manteles del altar y se descubrió la cabeza, mostrándola rapada; y de ningún modo quiso acceder ni se dejó sacar de allí ni regresar con ellos. Más tarde, san Francisco, fray Felipe y fray Bernardo, la llevaron a la iglesia del santo Ángel de Panzo, donde estuvo poco tiempo y de donde fue llevada a la iglesia de San Damián, lugar en que el Señor le dio más hermanas que gobernar²⁸.

²⁷ Leyenda de Perusa 102.

²⁸ Omaechevarría, Ignacio, *Escritos de Santa Clara y documentos complementarios*, BAC, Madrid, 1999, p. 104.

Allí nació la Orden de santa Clara o clarisas. Francisco, como fundador, escribió para ellas una Regla, parecida a la escrita para los hermanos, exaltando igualmente la santa pobreza. En San Damián las hermanas se dedicaban a trabajos manuales, cuidaban a los enfermos, rezaban el Oficio divino y vivían en pobreza y penitencia.

Después de varios años, un día san Francisco la invitó a comer con sus hermanos.

El día convenido salió santa Clara del monasterio con una compañera y, escoltada de los compañeros de san Francisco, se encaminó a santa María de los Ángeles. Saludó devotamente a la Virgen María en aquel mismo altar ante el cual le había sido cortado el cabello y había recibido el velo, y luego la llevaron a ver el convento hasta que llegó la hora de comer. Entre tanto, san Francisco hizo preparar la mesa sobre el suelo, como era en él costumbre. Y, llegada la hora de comer, se sentaron a la mesa juntos san Francisco y santa Clara, y uno de los compañeros de san Francisco al lado de la compañera de santa Clara; y después se acercaron humildemente a la mesa todos los demás compañeros.

Como primera vianda, san Francisco comenzó a hablar de Dios con tal suavidad, con tal elevación y tan maravillosamente, que, viniendo sobre ellos la abundancia de la divina gracia, todos quedaron arrebatados en Dios. Y, estando así arrobados, elevados los ojos y las manos al cielo, las gentes de Asís y de Bettona y las de todo el contorno vieron que Santa María de los Ángeles y todo el convento y el bosque que había entonces al lado del convento ardían violentamente, como si fueran pasto de las llamas la iglesia, el convento y el bosque al mismo tiempo; por lo que los habitantes de Asís bajaron a todo correr para apagar el fuego, persuadidos de que todo estaba ardiendo. Al llegar y ver que no había tal fuego, entraron al interior y encontraron a san Francisco con santa Clara y con todos los compañeros arrebatados en Dios por la fuerza de la contemplación, sentados en torno a aquella humilde mesa. Con lo cual se convencieron de que se trataba de un fuego divino y no material, encendido milagrosamente por Dios para manifestar y significar el fuego del amor divino en que se abrasaban las almas de aquellos santos hermanos y de aquellas santas monjas. Y se volvieron con el corazón lleno de consuelo y santamente edificados.

Al volver en sí, san Francisco y santa Clara, junto con los demás, bien refocilados con el alimento espiritual, no se cuidaron mucho del manjar corporal. Y, terminado que hubieron la bendita refección, santa Clara volvió bien acompañada a San Damián.

Las hermanas, al verla, se alegraron mucho, porque tenían que san Francisco la hubiera enviado a gobernar otro monasterio, como ya había enviado a su santa hermana sor Inés a gobernar como abadesa el monasterio de Monticelli, de Florencia. San Francisco había dicho algunas veces a santa Clara: “Prepárate, por si llega el caso de enviarte a algún convento”; y ella, como hija de la santa obediencia, había respondido: “Padre, estoy siempre preparada para ir a donde me mandes”. Por eso se alegraron mucho las hermanas cuando volvió. Y santa Clara quedó desde entonces muy consolada ²⁹.

Clara era muy devota de Jesús sacramentado. El año 1240 las tropas del emperador Federico II invadieron Asís. Muchos de sus soldados eran sarracenos y quisieron invadir su convento. Escalaron las tapias, pero ella mandó que trajesen al Santísimo Sacramento y salió decidida a su encuentro, sabiendo que llevaba entre sus manos al Señor de los Señores, al Dios omnipotente. Los atacantes, algo sintieron o vieron de extraordinario, porque huyeron despavoridos. Dios protegió su convento y la ciudad de Asís por sus oraciones.

En la última Navidad de su vida, en 1252, estando postrada en cama, el Señor le dio la gracia de poder asistir a todas las ceremonias de la misa de Noche Buena que se celebraban en la iglesia. Lo veía todo a través de la pared de su celda como si fuera por televisión. Por este hecho sobrenatural el Papa Pío XII, el 14 de febrero de 1958, nombró a santa Clara patrona de la televisión.

Sobrevivió a san Francisco 27 años, aunque sufrió muchas enfermedades, especialmente dolores reumáticos. Murió el 12 de agosto de 1253 y dos años más tarde, el 12 de agosto de 1255, fue canonizada.

Humildad

San Francisco era un hombre muy humilde y por ello Dios lo enaltecía. Él prefería la humildad a los honores y la pobreza a las grandezas de los ricos. Un día el hermano Pacífico iba acompañando al santo y fue arrebatado en éxtasis. *Vio en el cielo muchos tronos y entre ellos uno más relevante, adornado con piedras preciosas y todo*

²⁹ Florecillas c. 15.

resplandeciente de gloria. Admirado de tal esplendor, comenzó a averiguar con ansiosa curiosidad a quién correspondería ocupar dicho trono. En esto oyó una voz que le decía: “Este trono perteneció a uno de los ángeles caídos, y ahora está reservado para el humilde Francisco”.

Vuelto en sí de aquel éxtasis, siguió acompañando —como de costumbre— al santo, que había salido ya afuera. Prosiguieron el camino, hablando entre sí de cosas de Dios; y aquel hermano, que no estaba olvidado de la visión tenida, preguntó disimuladamente al santo qué es lo que pensaba de sí mismo. El humilde siervo de Cristo le hizo esta manifestación: “Me considero como el mayor de los pecadores”. Y como el hermano le replicase que en buena conciencia no podía decir ni sentir tal cosa, añadió el santo: “Si Cristo hubiera usado con el criminal más desalmado la misericordia que ha tenido conmigo, estoy seguro que éste le sería mucho más agradecido que yo”.

Al escuchar una respuesta de tan admirable humildad, aquel hermano se confirmó en la verdad de la visión que se le había mostrado y comprendió lo que dice el santo Evangelio: que el verdadero humilde será enaltecido a una gloria sublime, de la que es arrojado el soberbio³⁰.

Veamos algunas florecillas hermosas: En los comienzos de la Orden estaba una vez san Francisco con el hermano León en un eremitorio donde no tenían los libros para rezar el oficio divino. Llegada la hora de los maitines, dijo san Francisco al hermano León: Carísimo, no tenemos breviario para rezar los maitines; pero vamos a emplear el tiempo en la alabanza de Dios. A lo que yo diga, tú responderás tal como yo te enseñaré; y ten cuidado de no cambiar las palabras en forma diversa de como yo te las digo. Yo diré así: “¡Oh hermano Francisco!, tú cometiste tantas maldades y tantos pecados en el siglo, que eres digno del infierno”. Y tú, hermano León, responderás: “Así es verdad: mereces estar en lo más profundo del infierno”.

De muy buena gana, padre. Comienza en nombre de Dios, respondió el hermano León con sencillez colombina. Entonces, san Francisco comenzó a decir: “¡Oh hermano Francisco!, tú cometiste tantos pecados en el mundo, que eres digno del infierno. Y el hermano León respondió: “Dios hará por medio de ti tantos bienes, que irás al paraíso”. No digas eso, hermano León —repuso san Francisco—, sino cuando yo diga: “¡Oh hermano Francisco!, tú has cometido tantas cosas inicuas contra Dios,

³⁰ S. Buenaventura, Leyenda mayor 6.

que eres digno de ser arrojado por Dios como maldito”, tú responderás así: “Así es verdad: mereces estar con los malditos”.

De muy buena gana, padre —respondió el hermano León. Entonces, san Francisco, entre muchas lágrimas y suspiros y golpes de pecho dijo en voz alta: “¡Oh Señor mío, Dios del cielo y de la tierra!: yo he cometido contra ti tantas iniquidades y tantos pecados, que ciertamente he merecido ser arrojado de ti como maldito”. Y el hermano León respondió: “¡Oh hermano Francisco!; Dios te hará ser tal, que, entre los benditos, tú serás singularmente bendecido”.

San Francisco, sorprendido al ver que el hermano León respondía siempre lo contrario de lo que él le había mandado, le reprendió, diciéndole: ¿Por qué no respondes como yo te indico? Te mando, por santa obediencia, que respondas como yo te digo. Yo diré así: “¡Oh hermano Francisco granuja! ¿Crees que Dios tendrá misericordia de ti? Porque tú has cometido tantos pecados contra el Padre de las misericordias y el Dios de toda consolación, que no mereces hallar misericordia”. Y tú, hermano León, ovejuela, responderás: “De ninguna manera eres digno de hallar misericordia”.

Pero luego, al decir san Francisco: “Oh hermano Francisco granuja!...”, etc., el hermano León respondió: “Dios Padre, cuya misericordia es infinita más que tu pecado, usará contigo de gran misericordia, y todavía añadirá muchas otras gracias”. A esta respuesta, san Francisco, dulcemente enojado y molesto sin impacientarse, dijo al hermano León: “¿Cómo tienes la presunción de obrar contra la obediencia, y tantas veces has respondido lo contrario de lo que yo te he mandado?”.

Dios sabe, padre mío —respondió el hermano León con mucha humildad y reverencia—, que cada vez me disponía a responder como tú me lo mandabas; pero Dios me hace hablar como a Él le agrada y no como yo quiero. San Francisco se maravilló de esto y dijo al hermano León: “Te ruego, por caridad, que esta vez me respondas como te he dicho”. Habla en nombre de Dios, y te aseguro que esta vez responderé tal como quieres —replicó el hermano León.

Y San Francisco dijo entre lágrimas: “¡Oh hermano Francisco granuja! ¿Crees que Dios tendrá misericordia de ti?”. Muy al contrario —respondió el hermano León—, recibirás grandes gracias de Dios, y Él te ensalzará y te glorificará eternamente, porque el que se humilla será

ensalzado. Y yo no puedo decir otra cosa, porque es Dios quien habla por mi boca.

Así, en esta humilde porfía, velaron hasta el amanecer, con muchas lágrimas y consuelo espiritual ³¹.

En otra oportunidad. Se hallaba san Francisco en el lugar de la Porciúncula con el hermano Maseo de Marignano, hombre de gran santidad y discreción y dotado de gracia para hablar de Dios; por ello lo amaba mucho san Francisco. Un día, al volver san Francisco del bosque, donde había ido a orar, el hermano Maseo quiso probar hasta dónde llegaba su humildad; le salió al encuentro y le dijo en tono de reproche: “¿Por qué a ti? ¿Por qué a ti? ¿Por qué a ti?”. ¿Qué quieres decir con eso? —repuso san Francisco.

Y el hermano Maseo: “Me pregunto ¿por qué todo el mundo va detrás de ti y no parece sino que todos pugnan por verte, oírte y obedecerte? Tú no eres hermoso de cuerpo, no sobresales por la ciencia, no eres noble, y entonces, ¿por qué todo el mundo va en pos de ti?”. Al oír esto, san Francisco sintió una grande alegría de espíritu, y estuvo por largo espacio vuelto el rostro al cielo y elevada la mente en Dios; después, con gran fervor de espíritu, se dirigió al hermano Maseo y le dijo: “¿Quieres saber por qué a mí? ¿Quieres saber por qué a mí? ¿Quieres saber por qué a mí viene todo el mundo? Esto me viene de los ojos del Dios Altísimo, que miran en todas partes a buenos y malos, y esos ojos santísimos no han visto, entre los pecadores, ninguno más vil ni más inútil, ni más grande pecador que yo. Y como no ha hallado sobre la tierra otra criatura más vil para realizar la obra maravillosa que se había propuesto, me ha escogido a mí para confundir la nobleza, la grandeza, y la fortaleza, y la belleza, y la sabiduría del mundo, a fin de que quede patente que de Él, y no de criatura alguna, proviene toda virtud y todo bien, y nadie puede gloriarse en presencia de Él, sino que “quien se gloria, ha de gloriarse en el Señor”, a quien pertenece todo honor y toda gloria por siempre”.

El hermano Maseo, ante una respuesta tan humilde y dicha con tanto fervor, quedó lleno de asombro y comprobó con certeza que san Francisco estaba bien cimentado en la verdadera humildad.

El hermano Gil estando un día en un eremitorio con san Buenaventura se puso a charlar un rato con él. “Cuando uno da vueltas a la cabeza y piensa en las luces que vosotros, los doctores, tenéis, me

³¹ Florecillas c. 9.

pregunto si será posible que nos salvemos nosotros, los pobres ignorantes”. “Lo esencial para salvarse es amar a Dios”, respondió el hermano Buenaventura. “Aunque esto sea verdad, ¿no me irás tú a decir que un inculto como yo puede amar tanto a Dios como un sabio?”. “¡Cómo que no, hermano Gil! Con toda certeza. Y, fíjate, no sólo tanto, sino quizá incluso más, que esto no se puede medir. Sé yo de viejitas que, en este sentido, les dan mil vueltas a los mejores teólogos”, subrayó Buenaventura. Al poco tiempo, Gil divisa más allá de la cerca del eremitorio a una ancianita que vuelve del bosque, con un haz de leña al hombro. Dando un salto, se encarama al pequeño muro, y dirigiéndose a la mujer encorvada, empieza a gritarle: “Abuela, ¿te has enterado? ¡Qué alegría tan inmensa saberlo! ¡Tú puedes amar a Dios más aún que el hermano Buenaventura!”³².

Alegría

Una de las características más hermosas de la vida de san Francisco fue su alegría. Esta alegría espiritual estaba basada en su confianza plena en Dios, en su providencia divina y en saber que su padre Dios lo amaba con todo su infinito amor.

Él era un hombre muy alegre y le gustaba cantar al caminar por los campos. Su alegría interior y su amor a Dios no podía callarlos y por ello se ponía a cantar las alabanzas del Señor. Y esta alegría trataba de compartirla con todos y a todos les decía: *Que el Señor te dé la paz* y los bendecía con las palabras bíblicas: *El Señor te bendiga y te guarde, te muestre su rostro y tenga misericordia de ti. Vuelva a ti su mirada y te conceda la paz*³³.

Tomás de Celano refiere: *Cierto día en que había invocado la misericordia del Señor hasta la hartura, el Señor le mostró cómo había de comportarse. Y tal fue el gozo que sintió desde este instante que, no cabiendo dentro de sí de tanta alegría, aun sin quererlo, tenía que decir algo al oído de los hombres... Quienes le oían pensaban que se trataba de tomar esposa y, por eso le preguntaban: “¿Pretendes casarte, Francisco?”. A lo que él respondía: “Me desposaré con una mujer, la más*

³² Vida del hermano Gil en *Analecta franciscana* 3, 101.

³³ Oraciones de san Francisco 9.

*noble y bella que jamás hayáis visto y que superará a todas por su estampa y entre todas descollará por su sabiduría”*³⁴.

*La dulcísima melodía espiritual que le bullía en el interior, la expresaba al exterior en francés. Y la vena del susurro divino que su oído percibía en lo secreto, rompía en jubilosas canciones en francés. A veces, yo lo vi con mis ojos, tomaba del suelo un palo y lo ponía sobre el brazo izquierdo, tenía en la mano derecha una varita curva con una cuerda de extremo a extremo que movía sobre el palo como sobre una viola; y ejecutando a todo esto ademanes adecuados, cantaba al Señor en francés. Todos estos transportes de alegría terminaban a menudo en lágrimas; el júbilo se resolvía en compasión por la pasión de Cristo. De ahí que este santo prorrumpía de continuo en suspiros y al reiterarse los gemidos, olvidado de lo que de este mundo traía entre manos, quedaba arrobado en las cosas del cielo*³⁵.

*Un día, un hermano que volvía con la limosna de Asís a la Porciúncula, rompió a cantar alabando al Señor en voz alta. El santo que lo oyó se levanta de golpe, le sale corriendo al encuentro y besándole el hombro, carga el saco en el suyo y exclama: “Bendito sea mi hermano que va presto, humilde pide y vuelve contento”*³⁶.

*Amaba tanto al hombre lleno de alegría espiritual que en cierto capítulo general hizo escribir, para enseñanza de todos, esta amonestación: “Guárdense los hermanos de mostrarse ceñudos exteriormente e hipócritamente tristes; muéstrense, más bien gozosos en el Señor, alegres y jocundos y debidamente agradables”*³⁷.

*Aseguraba el Santo que la alegría espiritual es el remedio más seguro contra las mil asechanzas y astucias del enemigo. Solía decir: El diablo se alegra sobre todo cuando logra arrebatarse la alegría del alma al siervo de Dios... Por eso, procuraba vivir siempre con júbilo del corazón, conservar la unción del espíritu y el óleo de la alegría*³⁸.

Y la gente buscaba en él la alegría de Dios. Era tanta la fe de hombres y mujeres y tan grande su devoción hacia el santo de Dios, que se tenía por muy feliz quien podía tocar siquiera su vestido. Cuando entraba en una ciudad, se alegraba el clero, se volteaban las campanas, saltaban gozosos los hombres, congratulábanse las mujeres, los niños batían

³⁴ 1 Celano 7.

³⁵ 2 Celano 127.

³⁶ 2 Celano 76.

³⁷ 2 Celano 128.

³⁸ 2 Celano 125.

palmas, y muchas veces, llevando ramos de árboles en las manos, salían a su encuentro cantando³⁹.

¿Y en que consiste la verdadera alegría? Iba una vez san Francisco con el hermano León de Perusa a Santa María de los Ángeles en tiempo de invierno. Sintióse atormentado por la intensidad del frío, llamó al hermano León, que caminaba un poco delante, y le habló así: “¡Oh hermano León!: aun cuando los hermanos menores dieran en todo el mundo grande ejemplo de santidad y de buena edificación, escribe y toma nota diligentemente que no está en eso la alegría perfecta.

Siguiendo más adelante, le llamó san Francisco segunda vez: “¡Oh hermano León!: aunque el hermano menor devuelva la vista a los ciegos, enderece a los tullidos, expulse a los demonios, haga oír a los sordos, andar a los cojos, hablar a los mudos y, lo que aún es más, resucite a un muerto de cuatro días, escribe que no está en eso la alegría perfecta”.

Caminando luego un poco más, san Francisco gritó con fuerza: “¡Oh hermano León!: aunque el hermano menor llegara a saber todas las lenguas, y todas las ciencias, y todas las Escrituras, hasta poder profetizar y revelar no sólo las cosas futuras, sino aun los secretos de las conciencias y de las almas, escribe que no es ésa la alegría perfecta”.

Yendo un poco más adelante, san Francisco volvió a llamarle fuerte: “¡Oh hermano León, ovejuela de Dios!: aunque el hermano menor hablara la lengua de los ángeles, y conociera el curso de las estrellas y las virtudes de las hierbas, y le fueran descubiertos todos los tesoros de la tierra, y conociera todas las propiedades de las aves y de los peces y de todos los animales, y de los hombres, y de los árboles, y de las piedras, y de las raíces, y de las aguas, escribe que no está en eso la alegría perfecta”.

Y, caminando todavía otro poco, san Francisco gritó fuerte: “¡Oh hermano León!: aunque el hermano menor supiera predicar tan bien que llegase a convertir a todos los infieles a la fe de Jesucristo, escribe que ésa no es la alegría perfecta”.

Así fue continuando por espacio de dos millas. Por fin, el hermano León, lleno de asombro, le preguntó: “Padre, te pido, de parte de Dios, que me digas en que está la alegría perfecta”. Y san Francisco le respondió: “Si, cuando lleguemos a Santa María de los Ángeles, mojados como estamos por la lluvia y pasmados de frío, cubiertos de lodo y desfallecidos de hambre, llamamos a la puerta del lugar y llega

³⁹ 1 Celano 63.

malhumorado el portero y grita: “¿Quiénes sois vosotros?”. Y nosotros le decimos: “Somos dos de vuestros hermanos”. Y él dice: “¡Mentira! Sois dos bribones que vais engañando al mundo y robando las limosnas de los pobres. ¡Fuera de aquí!”. Y no nos abre y nos tiene allí fuera aguantando la nieve y la lluvia, el frío y el hambre hasta la noche. Si sabemos soportar con paciencia, sin alterarnos y sin murmurar contra él, todas esas injurias, esa crueldad y ese rechazo, y si, más bien, pensamos, con humildad y caridad, que el portero nos conoce bien y que es Dios quien le hace hablar así contra nosotros, escribe, ¡oh hermano León!, que aquí hay alegría perfecta. Y si nosotros seguimos llamando, y él sale fuera furioso y nos echa, entre insultos y golpes, como a indeseables importunos, diciendo: “¡Fuera de aquí, ladronzuelos miserables; id al hospital, porque aquí no hay comida ni hospedaje para vosotros!”.

Si lo sobrellevamos con paciencia y alegría y en buena caridad, ¡oh hermano León!, escribe que aquí hay alegría perfecta. Y si nosotros, obligados por el hambre y el frío de la noche, volvemos todavía a llamar, gritando y suplicando entre llantos por el amor de Dios, que nos abra y nos permita entrar, y él más enfurecido dice: “¡Vaya con estos pesados indeseables! Yo les voy a dar su merecido”. Y sale fuera con un palo nudoso y nos coge por el capucho, y nos tira a tierra, y nos arrastra por la nieve, y nos apalea con todos los nudos de aquel palo; si todo esto lo soportamos con paciencia y con gozo, acordándonos de los padecimientos de Cristo bendito, que nosotros hemos de sobrellevar por su amor, ¡oh hermano León!, escribe que aquí hay alegría perfecta”⁴⁰.

Islam

Francisco quería convertir a los musulmanes y se dirigió a Siria a fines de 1212. Pero los vientos contrarios llevaron a la nave a las costas de Dalmacia. Desde allí resolvieron volver a Italia. Al año siguiente 1213 se puso en marcha hacia Marruecos con el hermano Bernardo, pasando por Santiago de Compostela, pero se enfermó gravemente y debió volver a Italia.

El 24 de junio de 1219 Francisco, con los hermanos Pedro Cattani, Iluminado de Rieti y Leonardo y Barbaro, se puso en camino hacia Egipto

⁴⁰ Florecillas c. 8.

para predicar a los infieles musulmanes. Se embarcaron en Ancona e hicieron su primera escala en Chipre. A mediados de julio llegaron a San Juan de Acre y pocos días después a Damietta, asediada por los cruzados desde hacía ya un año. Pero el ejército cristiano estaba desunido y muchos soldados llevaban una vida libertina. El asalto definitivo iba a ser el 29 de agosto.

Refiere Tomás de Celano: *Como los nuestros se preparasen a la batalla para el día señalado, oyéndolo el santo, se dolió en lo profundo. Y dijo al que le acompañaba: “Si el encuentro tiene lugar en ese día, me ha dado a entender el Señor que no se les resolverá en éxito a los cristianos. Pero, si descubro esto, me tomarán por fatuo; y, si me callo, la conciencia me lo reprochará. Dime: ¿qué te parece?”. Respondió el compañero: “Padre, no se te dé nada ser juzgado por los hombres, que no es precisamente ahora cuando vas a empezar a ser tenido por fatuo. Descarga tu conciencia y teme, más bien, a Dios que a los hombres”.*

Corre luego el santo y se enfrenta a los cristianos con consejos saludables, disuadiéndoles de la batalla, anunciándoles la derrota. Los cristianos hacen escarnio de la verdad: se endurecieron en su corazón y no quisieron tomar en consideración el aviso. Se van. Se entabla el combate. Se lucha. Muchos de los nuestros se ven acorralados por el enemigo. Durante el combate, el santo, con el alma en vilo, hace que el compañero se levante a observar, y como ni a la primera ni a la segunda ha visto nada, le manda observar por tercera vez. Y ve ahí que todo el ejército cristiano se da a la fuga, reportando de la batalla la deshonra en vez del triunfo. Y fue tal el desastre de los nuestros, que quedaron muy reducidos, pues entre muertos y cautivos perdieron 6.000. Consumía, por tanto, al santo la compasión que sentía de ellos, y no menos a ellos el arrepentimiento de lo que habían hecho. Y lloraba, sobre todo, por los españoles, al ver que su arrojo los había diezmado ⁴¹.

Después de la derrota cristiana, Francisco, acompañado del hermano Iluminado, se puso en camino hacia el sultán y *de pronto le salieron al encuentro dos ovejitas, a cuya vista muy alborozado, dijo el santo al compañero: “Confía, hermano, en el Señor, porque se cumple en nosotros el dicho evangélico: He aquí que os envió como ovejas en medio de lobos”.* Y, avanzando un poco más, se encontraron con los guardias sarracenos, que se precipitaron sobre ellos como lobos sobre ovejas y trataron con crueldad y desprecio a los siervos de Dios salvajemente capturados, profiriendo injurias contra ellos, afligiéndoles con azotes y

⁴¹ 2 Celano 30.

atándolos con cadenas. Finalmente, después de haber sido maltratados y atormentados de mil formas, disponiéndolo así la divina Providencia, los llevaron a la presencia del sultán, según lo deseaba el varón de Dios.

Entonces el jefe les preguntó quién los había enviado, cuál era su objetivo, con qué credenciales venían y cómo habían podido llegar hasta allí; y el siervo de Cristo Francisco le respondió con intrepidez que había sido enviado no por hombre alguno, sino por el mismo Dios Altísimo, para mostrar a él y a su pueblo el camino de la salvación y anunciarles el Evangelio del verdad ⁴².

El mismo sultán quiso ponerlo en aprietos y mandó extender ante él una hermosa alfombra casi por completa cubierta de señales de la cruz, y dijo a los presentes: *Sea llamado ahora ese que parece un buen cristiano; si al llegar a mí pisa las señales de la cruz de la alfombra, le diremos que ha injuriado a su Señor; si, por el contrario, se niega a pisar le diré que por qué se resiste a acercarse a mí.* Francisco entró sin vacilar, caminó por la alfombra hasta llegar al sultán. Éste le hizo observar que estaba pisando la cruz, a lo que Francisco replicó: *Debes saber que con nuestro Señor fueron crucificados también dos ladrones; nosotros reconocemos como verdadera cruz la de Nuestro Señor Jesucristo y la adoramos y abrazamos con toda devoción; a nosotros nos ha sido dejada la cruz del Señor y a vosotros se os han dejado las cruces de los ladrones. Por eso no he tenido inconveniente en pisar sobre los signos de los ladrones. La santa cruz en nada os pertenece ⁴³.*

El sultán trabó amistad con Francisco y le invitó a permanecer con él. Francisco respondió: *Si os resolvéis a convertirlos a Cristo tú y tu pueblo, muy gustosamente permaneceré por su amor en vuestra compañía.* Y le propuso la prueba del fuego a la que se someterían sus sacerdotes.

Respondió el sultán: “No creo que entre mis sacerdotes haya alguno que por defender su fe quiera exponerse a la prueba del fuego, ni que esté dispuesto a sufrir cualquier otro tormento”. Había observado, en efecto, que uno de sus sacerdotes, hombre íntegro y avanzado en edad, tan pronto como oyó hablar del asunto, desapareció de su presencia. Entonces, el santo le hizo esta proposición: “Si en tu nombre y en el de tu pueblo me quieres prometer que os convertiréis al culto de Cristo si salgo ileso del fuego, entraré yo solo a la hoguera. Si el fuego me consume, impútese a mis pecados; pero, si me protege el poder divino, reconoceréis a Cristo,

⁴² S. Buenaventura, Leyenda mayor 9, 8.

⁴³ Anónimo, palabras del hermano Iluminado en *San Francisco de Asís, Escritos, biografías y documentos de la época*, BAC, Madrid, 1985, p. 975.

fuerza y sabiduría de Dios, verdadero Dios y Señor, Salvador de todos los hombres”.

El sultán respondió que no se atrevía a aceptar dicha opción, porque temía una sublevación del pueblo. Con todo, le ofreció muchos y valiosos regalos, que el varón de Dios —ávido no de los tesoros terrenos, sino de la salvación de las almas— rechazó cual si fueran lodo.

Viendo el sultán en este santo varón un despreciador tan perfecto de los bienes de la tierra, se admiró mucho de ello y se sintió atraído hacia él con mayor devoción y afecto. Y, aunque no quiso, o quizás no se atrevió a convertirse a la fe cristiana, sin embargo, rogó devotamente al siervo de Cristo que se dignara aceptar aquellos presentes y distribuirlos —por su salvación— entre cristianos pobres o iglesias. Pero Francisco, que rehuía todo peso de dinero y percatándose, por otra parte, que el sultán no se fundaba en una verdadera piedad, rehusó en absoluto condescender con su deseo.

Al ver que nada progresaba en la conversión de aquella gente y sintiéndose defraudado en la realización de su objetivo del martirio, avisado por inspiración de lo alto, retornó a los países cristianos⁴⁴.

Otros hermanos fueron a Marruecos. Los cinco primeros hermanos que fueron allí a predicar fueron martirizados. Se llamaban Berardo, Pedro, Acursio, Otón y Adyuto. Su martirio fue el 16 de enero de 1220. Un año más tarde, en 1221, partieron de nuevo a Marruecos con la bendición de san Francisco, Daniel, Domno, León, Hugolino, Nicolás y Ángel; y en Ceuta derramaron su sangre por amor a Cristo.

El hermano Elías

Regresando de Egipto desembarcaron en Venecia. Francisco venía más enfermo que antes, pues había contraído nuevas enfermedades en Oriente. Esta es la razón por la que quiso tomar allí unos días de descanso antes de ponerse en camino hacia la Porciúncula. Siempre había sido débil de salud. Durante largos años sufrió del estómago, del bazo, del hígado y ahora, al regresar, sus ojos estaban muy enfermos. Tenía una conjuntivitis denominada tracoma, que la contrajo en este viaje.

⁴⁴ S. Buenaventura, Leyenda mayor 9, 8.

Mientras Francisco estuvo en la misión de Oriente en 1219, los dos vicarios, a quienes había encomendado la Orden, reunieron un capítulo y determinaron que en adelante los frailes no debían comer carne a no ser que se la llevaran expresamente algunos bienhechores. Al regresar Francisco, le pusieron carne y él dijo: *¿Qué haremos?* Le respondieron: *Lo que a usted le agrada, pues usted tiene la autoridad.* Y dijo: *Comamos, porque, según el Evangelio, podemos comer lo que nos ponen delante.*

Él destituyó a los dos vicarios generales por haber prohibido comer carne y por ser los portavoces de algunos rebeldes que buscaban el prestigio y la gloria de la Orden, teniendo propiedades y dejando la pobreza radical propiciada por Francisco. En 1221 fue elegido general de la Fraternidad el hermano Elías, que la dirigió durante 13 años hasta 1239, exceptuando el intervalo de 1227 a 1232. Él gozaba de la confianza del emperador y del Papa. Promovió los estudios teológicos de la Orden y su meta fue hacer de la Orden una Orden grande y poderosa, apartándose de los ideales franciscanos. Erigió en Asís una gran basílica, donde fueron enterrados los restos de san Francisco.

Pero tuvo una forma de gobierno dictatorial y los hermanos sufrieron mucho. En 1235 algunos hermanos de Alemania, de Francia e Inglaterra pidieron al Papa Gregorio IX que terminase con esta inaceptable dictadura. En 1239 el Papa lo excomulgó, Elías salió de la Orden y se refugió en la corte del emperador Federico II. Elías murió el 22 de abril de 1253. Parece ser que reconciliado con la Orden y con la Iglesia.

Los Capítulos

Muy pronto Francisco instituyó la costumbre de celebrar asambleas o capítulos de hermanos que se congregaban en la Porciúncula. Al principio eran todos los años y eran convocados todos los religiosos sin excepción. Después se convocaron cada tres años para todos. Y más tarde solamente para los Superiores o aquellos especialmente convocados, pues la Orden ya estaba muy extendida y no podían venir sino algunos pocos de países lejanos.

Una de las primeras asambleas fue cerca de Gubbio, en el monasterio de San Verecundo, donde se reunieron 300 hermanos. El capítulo más famoso fue el llamado *capítulo de las esteras*. Se reunieron 5.000

hermanos. La Orden había crecido por diferentes países de modo increíble humanamente. En esta asamblea los hermanos hicieron chozas de esteras, distribuyéndose en grupos de sesenta, de cien o de trescientos, según lenguas o países o regiones. Muchos hermanos llevaban cilicios y argollas de hierro a raíz de carne. Francisco ordenó que se los quitasen y no llevaran más que la túnica, la capucha y los paños menores, como había ya establecido.

Los Superiores podían elegirse tanto entre los hermanos no sacerdotes como entre los clérigos. No se llamarían maestros o priores, sino ministros, siervos de los hermanos, custodios o guardianes. Y al general de toda la Orden, ministro y siervo general de toda la Fraternidad.

Al capítulo general de 1221 asistieron 3.000 hermanos. Francisco pidió voluntarios para ir a Alemania, cuya primera misión había sido un fracaso, y se levantaron 90 voluntarios. Pronto surgieron vocaciones en Alemania y la Orden se extendió por Bohemia, Polonia, Rumania y hasta Noruega. A Inglaterra fueron después del capítulo de 1223. A los diez años de su llegada ya había hermanos de gran prestigio espiritual e intelectual como Adam de Marsch, Ricardo Cornualles y Rogerio Bacon.

Muchos franciscanos fueron extendiendo su apostolado a países muy lejanos y ya en el siglo XIII habían llegado hasta los imperios mongólicos de la India y China; y a la mayoría de los países de Europa.

Amigo de los animales

San Francisco era amigo de todos, buscaba la paz entre todos y amaba a la naturaleza, cuidando de los animales y plantas como un auténtico ecologista de nuestros tiempos. Veamos algunas florecillas encantadoras de su vida en el trato con los animales.

En una ocasión, pasando por la Marca, se encontró en el camino con un hombre que iba al mercado, llevando atados y colgados al hombro dos corderillos para venderlos. Al oírlos balar el bienaventurado Francisco, conmoviéronse sus entrañas y, acercándose, los acarició como madre que muestra sus sentimientos de compasión con su hijo que llora. Y le preguntó al hombre aquel: “¿Por qué haces sufrir a mis hermanos llevándolos así atados y colgados?”. “Porque los llevo al mercado —le

respondió— para venderlos, pues ando mal de dinero”. A esto le dijo el santo: “¿Qué será luego de ellos?”. “Pues los compradores —replicó— los matarán y se los comerán”. “No lo quiera Dios —reaccionó el santo—. No se haga tal; toma este manto que llevo a cambio de los corderos”. Al punto le dio el hombre los corderos y muy contento recibió el manto, ya que éste valía mucho más. El santo lo había recibido prestado aquel mismo día, de manos de un amigo suyo, para defenderse del frío. Una vez con los corderillos, se puso a pensar qué haría con ellos y, aconsejado del hermano que le acompañaba, resolvió dárselos al mismo hombre para que los cuidara, con la orden de que jamás los vendiera ni les causara daño alguno, sino que los conservara, los alimentara y los pastoreara con todo cuidado ⁴⁵.

Mientras estaba morando una temporada en el eremitorio de Greccio, los habitantes de aquel lugar se veían atormentados por muchos males. Por una parte, manadas de lobos rapaces hacían grandes estragos no sólo entre los animales, sino en los mismos hombres; por otra, anualmente, las tempestades de granizo devastaban los campos y viñedos.

Estando, pues, tan afligidos, el pregonero del santo Evangelio les predicó en los siguientes términos: “Para honor y alabanza de Dios omnipotente, os aseguro que desaparecerán todas estas calamidades y que el Señor, vuelto a vosotros, os multiplicará los bienes temporales si, dando crédito a mis palabras, reconocéis vuestra lamentable situación y —previa una sincera confesión de vuestros pecados— hacéis dignos frutos de penitencia. Siguiendo las amonestaciones del santo, los moradores de Greccio hicieron penitencia de sus pecados, y desde aquel día cesaron las plagas, desaparecieron los peligros y ni los lobos ni el granizo volvieron a causarles daño alguno ⁴⁶.

En la provincia de Rieti se había propagado una peste tan devastadora, que arrasaba despiadadamente todo ganado lanar y vacuno, hasta el punto de no poder encontrarse remedio alguno. Pero un hombre temeroso de Dios fue advertido por medio de una visión nocturna que se llegase apresuradamente al eremitorio de los hermanos, donde a la sazón moraba Francisco, y que, tomando el agua en que se había lavado las manos y los pies el siervo de Dios, rociase con ella todos los animales.

Levantándose muy de mañana, se fue a dicho lugar, y, obtenida ocultamente el agua mediante los compañeros del santo, roció con ella las

⁴⁵ 1 Celano 79.

⁴⁶ S. Buenaventura, Leyenda mayor 9, 1.

*ovejas y bueyes enfermos. Y ¡oh, maravilla! Tan pronto como el agua, aun en pequeña cantidad, llegaba a tocar a los animales enfermos y postrados en tierra, se levantaban al punto, recobrando el vigor de antes, y, como si no hubiesen sufrido mal alguno, corrían a pastar en los campos. Así, resultó que, por el admirable poder de aquella agua que había tocado las sagradas llagas, cesara del todo la plaga y huyera de los rebaños la mortífera peste*⁴⁷.

Con los hermanos Maseo y Ángel llegaron a una aldea llamada Cannara; san Francisco se puso a predicar, mandando antes a las golondrinas que, cesando en sus chirridos, guardasen silencio hasta que él hubiera terminado de hablar. Las golondrinas obedecieron. Y predicó con tanto fervor que todos los del pueblo, hombres y mujeres, querían irse tras él movidos de devoción, abandonando el pueblo. Pero san Francisco no se lo consintió, sino que les dijo: “No tengáis prisa, no os vayáis de aquí; ya os indicaré lo que debéis hacer para la salvación de vuestras almas”.

Entonces le vino la idea de fundar la Orden Tercera para la salvación universal de todos. Y, dejándolos así muy consolados y bien dispuestos para la vida de penitencia, marchó de allí y prosiguió entre Cannara y Bevagna. Iba caminando con el mismo fervor, cuando, levantando la vista, vio junto al camino algunos árboles, y, en ellos, una muchedumbre casi infinita de pájaros. San Francisco quedó maravillado y dijo a sus compañeros: “Esperadme aquí en el camino, que yo voy a predicar a mis hermanitos los pájaros”.

Se internó en el campo y comenzó a predicar a los pájaros que estaban por el suelo. Al punto, todos los que había en los árboles acudieron junto a él.

Mientras san Francisco les iba hablando, todos aquellos pájaros comenzaron a abrir sus picos, a estirar sus cuellos y a extender sus alas, inclinando respetuosamente sus cabezas hasta el suelo, y a manifestar con sus actitudes y con sus cantos el grandísimo contento que les proporcionaban las palabras del padre santo. San Francisco se regocijaba y recreaba juntamente con ellos, sin dejar de maravillarse de ver semejante muchedumbre de pájaros, en tan hermosa variedad, y la atención y familiaridad que mostraban. Por ello alababa en ellos devotamente al Creador.

⁴⁷ S. Buenaventura, Leyenda mayor 13, 8.

Finalmente, terminada la plática, san Francisco trazó sobre ellos la señal de la cruz y les dio licencia para irse. Entonces, todos los pájaros se elevaron en bandada en el aire entre cantos armoniosos; luego se dividieron en cuatro grupos, siguiendo la cruz que san Francisco había trazado: un grupo voló hacia el oriente; otro, hacia el occidente; el tercero, hacia el mediodía; el cuarto, hacia el septentrión, y cada bandada se alejaba cantando maravillosamente. En lo cual se significaba que así como san Francisco, abanderado de la cruz de Cristo, les había predicado y había hecho sobre ellos la señal de la cruz, siguiendo la cual ellos se separaron, cantando, en dirección de las cuatro partes del mundo, de la misma manera él y sus hermanos habían de llevar a todo el mundo la predicación de la cruz de Cristo, esa misma cruz renovada por san Francisco. Los hermanos menores, como lasavecillas, no han de poseer nada propio en este mundo, dejando totalmente el cuidado de su vida a la providencia de Dios ⁴⁸.

Morando una vez en Greccio, un hermano le trajo una liebre cazada a lazo. Al verla el beatísimo varón, conmovido de piedad, le dijo: “Hermana liebrezuela, ven a mí. ¿Por qué te has dejado engañar de este modo?”. Luego, el hermano que la tenía la dejó en libertad, pero el animalito se refugió en el santo y, sin que nadie lo retuviera, se quedó en su seno, como en lugar segurísimo. Habiendo descansado allí un poquito, el santo Padre, acariciándolo con afecto materno, lo dejó libre para que volviera al bosque; puesto en tierra repetidas veces, otras tantas se volvía al seno del santo; por fin tuvo que mandar a sus hermanos que lo llevaran a la selva, que estaba poco de aquel lugar. Estando en la isla del lago de Perusa, le sucedió un caso semejante con un conejo, animal difícil de domesticar.

Idéntico afecto de piedad sentía para con los peces. Si le era posible, devolvía al agua, vivos, los peces que habían sido capturados, advirtiéndoles que tuvieran cuidado de no dejarse coger otra vez. Un día que se encontraba sentado en una barca cerca de un puerto en el lago de Rieti, un pescador cogió un pez grande, vulgarmente llamado tenca, y se lo ofreció devotamente. Él lo recibió alegre y benignamente y comenzó a saludarlo con el nombre de hermano; volviéndolo nuevamente al agua, se puso a bendecir con devoción el nombre del Señor. Durante la oración del santo, el pez no se apartaba del lugar en que había sido colocado y, junto a la nave, retozaba en el agua; sólo marchó cuando, concluida la oración, recibió del santo licencia para irse.

⁴⁸ Florecillas c. 16.

*Fue así como el glorioso padre Francisco, caminando en la vía de la obediencia y en la absoluta sumisión a la divina voluntad, consiguió de Dios la alta dignidad de hacerse obedecer de las criaturas*⁴⁹.

En el tiempo en que san Francisco moraba en la ciudad de Gubbio, apareció en la comarca un grandísimo lobo, terrible y feroz, que no sólo devoraba los animales, sino también a los hombres; hasta el punto de que tenía aterrorizados a todos los habitantes, porque muchas veces se acercaba a la ciudad. Todos iban armados cuando salían de la ciudad, como si fueran a la guerra; y aun así, quien topaba con él estando solo no podía defenderse. Era tal el terror, que nadie se aventuraba a salir de la ciudad.

San Francisco, movido a compasión de la gente del pueblo, quiso salir a enfrentarse con el lobo, desatendiendo los consejos de los habitantes, que querían a todo trance disuadirle. Y, haciendo la señal de la cruz, salió fuera del pueblo con sus compañeros, puesta en Dios toda su confianza. Como los compañeros vacilaran en seguir adelante, san Francisco se encaminó resueltamente hacia el lugar donde estaba el lobo. Cuando he aquí que, a la vista de muchos de los habitantes, que habían seguido en gran número para ver este milagro, el lobo avanzó al encuentro de san Francisco con la boca abierta; acercándose a él, san Francisco le hizo la señal de la cruz, lo llamó a sí y le dijo: “¡Ven aquí, hermano lobo! Yo te mando, de parte de Cristo, que no hagas daño ni a mí ni a nadie”.

¡Cosa admirable! Apenas trazó la cruz san Francisco, el terrible lobo cerró la boca, dejó de correr y, obedeciendo la orden, se acercó mansamente, como un cordero, y se echó a los pies de san Francisco. Entonces, san Francisco le habló en estos términos: “Hermano lobo, tú estás haciendo daño en esta comarca, has causado grandísimos males, maltratando y matando las criaturas de Dios sin su permiso; y no te has contentado con matar y devorar las bestias, sino que has tenido el atrevimiento de dar muerte y causar daño a los hombres, hechos a imagen de Dios. Por todo ello has merecido la horca como ladrón y homicida malvado. Toda la gente grita y murmura contra ti y toda la ciudad es enemiga tuya. Pero yo quiero, hermano lobo, hacer las paces entre ti y ellos, de manera que tú no les ofendas en adelante, y ellos te perdonen toda ofensa pasada, y dejen de perseguirte hombres y perros”.

⁴⁹ 1 Celano 58-60.

Ante estas palabras, el lobo, con el movimiento del cuerpo, de la cola y de las orejas y bajando la cabeza, manifestaba aceptar y querer cumplir lo que decía san Francisco. Díjole entonces san Francisco: “Hermano lobo, puesto que estás de acuerdo en sellar y mantener esta paz, yo te prometo hacer que la gente de la ciudad te proporcione continuamente lo que necesites mientras vivas, de modo que no pases ya hambre; porque sé muy bien que por hambre has hecho el mal que has hecho. Pero, una vez que yo te haya conseguido este favor, quiero, hermano lobo, que tú me prometas que no harás daño ya a ningún hombre del mundo y a ningún animal. ¿Me lo prometes?”.

El lobo, inclinando la cabeza, dio a entender claramente que lo prometía. San Francisco le dijo: “Hermano lobo, quiero que me des fe de esta promesa, para que yo pueda fiarme de ti plenamente”.

Tendióle san Francisco la mano para recibir la fe, y el lobo levantó la pata delantera y la puso mansamente sobre la mano de san Francisco, dándole la señal de fe que le pedía. Luego le dijo san Francisco: “Hermano lobo, te mando, en nombre de Jesucristo, que vengas ahora conmigo sin temor alguno; vamos a concluir esta paz en el nombre de Dios”.

El lobo, obediente, marchó con él como manso cordero, en medio del asombro de los habitantes. Corrió rápidamente la noticia por toda la ciudad; y todos, grandes y pequeños, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, fueron acudiendo a la plaza para ver al lobo con san Francisco. Cuando todo el pueblo se hubo reunido, San Francisco se levantó y les predicó, diciéndoles, entre otras cosas, cómo Dios permite tales calamidades por causa de los pecados; y que es mucho más de temer el fuego del infierno, que ha de durar eternamente para los condenados, que no la ferocidad de un lobo, que sólo puede matar el cuerpo; y si la boca de un pequeño animal infunde tanto miedo y terror a tanta gente, cuánto más de temer no será la boca del infierno. “Volveos, pues, a Dios, carísimos, y haced penitencia de vuestros pecados, y Dios os librárá del lobo al presente y del fuego infernal en el futuro”.

Terminado el sermón, dijo san Francisco: “Escuchad, hermanos míos: el hermano lobo, que está aquí ante vosotros, me ha prometido y dado su fe de hacer paces con vosotros y de no dañaros en adelante en cosa alguna si vosotros os comprometéis a darle cada día lo que necesita. Yo salgo fiador por él de que cumplirá fielmente por su parte el acuerdo de paz”.

Entonces, todo el pueblo, a una voz, prometió alimentarlo continuamente. Y san Francisco dijo al lobo delante de todos: “Y tú, hermano lobo, ¿me prometes cumplir para con ellos el acuerdo de paz, es decir, que no harás daño ni a los hombres, ni a los animales, ni a criatura alguna?”.

El lobo se arrodilló y bajó la cabeza, manifestando con gestos mansos del cuerpo, de la cola y de las orejas, en la forma que podía, su voluntad de cumplir todas las condiciones del acuerdo. Añadió san Francisco: “Hermano lobo, quiero que así como me has dado fe de esta promesa fuera de las puertas de la ciudad, vuelvas ahora a darme fe delante de todo el pueblo de que yo no quedaré engañado en la palabra que he dado en nombre tuyo”.

Entonces, el lobo, alzando la pata derecha, la puso en la mano de san Francisco. Este acto y los otros que se han referido produjeron tanta admiración y alegría en todo el pueblo, así por la devoción del santo como por la novedad del milagro y por la paz con el lobo, que todos comenzaron a clamar al cielo, alabando y bendiciendo a Dios por haberles enviado a san Francisco, el cual, por sus méritos, los había librado de la boca de la bestia feroz.

El lobo siguió viviendo dos años en Gubbio; entraba mansamente en las casas de puerta en puerta, sin causar mal a nadie y sin recibirlo de ninguno. La gente lo alimentaba cortésmente, y, aunque iba así por la ciudad y por las casas, nunca le ladraban los perros. Por fin, al cabo de dos años, el hermano lobo murió de viejo; los habitantes lo sintieron mucho, ya que, al verlo andar tan manso por la ciudad, les traía a la memoria la virtud y la santidad de san Francisco.

- Cierta muchacho había apresado un día muchas tórtolas y las llevaba a vender. Encontróse con él san Francisco, que sentía especial ternura por los animales mansos, y, mirando las tórtolas con ojos compasivos, dijo al muchacho: “¡Oye, buen muchacho; dame, por favor, esas aves tan inocentes, que en la Sagrada Escritura representan a las almas castas, humildes y fieles, para que no vengan a parar en manos crueles que les den muerte!”.

El muchacho, impulsado por Dios, le dio al punto todas a san Francisco, y él las recibió en el seno y comenzó a hablar con ellas dulcemente: “¡Oh hermanas mías tórtolas, sencillas, inocentes y castas! ¿Por qué os habéis dejado coger? Yo quiero ahora libraros de la muerte, y

os haré nidos para que os multipliquéis y deis fruto, conforme al mandato de vuestro Creador”.

Y san Francisco les hizo nido a todas. Ellas se domesticaron, y comenzaron a poner huevos y a empollar a la vista de los hermanos. Y vivían y alternaban familiarmente con san Francisco y los demás hermanos como si fueran gallinas alimentadas siempre por ellos. Y no se marcharon hasta que san Francisco les dio licencia para irse con su bendición ⁵⁰.

- Una vez, el siervo de Dios se hizo construir en cierto monte una celdilla, en la que se entregó a penitencia muy rigurosa por cuarenta días. Al retirarse pasados los días, la celda quedó como en la soledad al no haber ningún sucesor. Había quedado en ella un vaso de arcilla, que el santo usaba para beber. Como quiera que algunos acostumbraban ir a veces al lugar por veneración del santo, encuentran un día el vaso lleno de abejas. Estaban éstas fabricando en él, con arte maravilloso, las celdillas de un panal, que simbolizaban de veras la dulzura de la contemplación que el santo de Dios había gustado en el lugar.

- Cierta noble del condado de Siena envió al bienaventurado Francisco, que estaba enfermo, un faisán. En la alegría de recibirlo, no por el apetito de comerlo, sino por la costumbre que tenía de alegrarse siempre en tales casos por amor del Creador, le dijo al faisán: “Hermano faisán, alabado sea nuestro Creador”. Y a los hermanos: “Hagamos ahora prueba de si el hermano faisán quiere quedarse con nosotros o volver a los lugares a los que está hecho y que le son más convenientes”. Y, por orden del santo, un hermano lo llevó lejos y lo dejó en una viña; pero el faisán volvió con paso veloz a la celda del padre. El santo ordena de nuevo que se le aleje más; pero el faisán volvió a toda prisa a la puerta de la celda y logró entrar en ella como forcejando, amparándose bajo las túnicas de los hermanos que estaban en la puerta. Después de esto, el santo, abrazándolo y acariciándolo mientras le decía palabras de ternura, mandó que se le diese de comer con diligencia.

Presenciando esto un médico gran devoto del santo de Dios, pidió el faisán a los hermanos, no para comerlo, sino para alimentarlo por reverencia al santo. Y ¿qué? Lo llevó consigo a casa; pero el faisán, igual que si hubiese recibido una injuria, al verse separado del santo, no quiso comer nada todo el tiempo que estuvo separado de él. Se maravilló el médico, y, devolviendo en seguida el faisán al santo, contó al detalle todo

⁵⁰ Florecillas c. 21-22.

lo que había pasado. En cuanto el faisán, dejado en el suelo, vio a su padre, comenzó a comer con gusto.

- En la Porciúncula, cerca de la celdilla del santo de Dios, una cigarra que se aposentaba en una higuera cantaba muchas veces con suave insistencia. La llamó un día bondadosamente hacia sí el bienaventurado padre, extendiéndole la mano, y le dijo: “Hermana mía cigarra, ven a mí”. La cigarra, como si estuviera dotada de razón, se pone al pronto en sus manos. Le dice: “Canta, hermana mía cigarra, y alaba jubilosa al Señor, tu Creador”. Obediente en seguida, la cigarra comenzó a cantar, y no cesó hasta que el varón de Dios, uniendo su alabanza al canto de ella, la mandó que volviese al lugar donde solía estar. Allí se mantuvo, como atada, por ocho días seguidos. Y el santo, al bajar de la celda, la acariciaba con las manos, y la mandaba cantar; a estas órdenes estaba siempre dispuesta a obedecer. Y dijo el santo a sus compañeros: “Licenciamos a nuestra hermana cigarra, que bastante nos ha alegrado hasta ahora con su alabanza, para que nuestra carne no pueda vanagloriarse de eso”. Y al punto, con el permiso del santo, se alejó y no apareció más en el lugar. Los hermanos testigos del hecho quedaron admirados sobremanera ⁵¹.

- San Francisco iba de paso, en una pequeña barca, por el lago de Rieti al eremitorio de Greccio. El pescador le ofreció una avecilla de río para que se solazara en el Señor con ella. Tomándola gozoso el bienaventurado padre, la invitó mansamente, abiertas las manos, a marchar en libertad. Pero como ella no quería irse, sino que se recostaba en las manos del santo como si estuviera en un nido pequeño, el santo, con los ojos levantados, se sumergió en oración. Después de mucho tiempo, vuelto en sí como quien viene de otro mundo, mandó con dulzura a la avecilla que volviera sin temor a la libertad de antes. Con este permiso y una bendición marchó volando, mostrando, con un ademán del cuerpo, una alegría especial.

- Mientras el bienaventurado Francisco, huyendo, según costumbre, de la vista y el trato con los hombres, estaba en cierto eremitorio, un halcón que había anidado en el lugar entabló estrecho pacto de amistad con él. Tanto que el halcón siempre avisaba de antemano, cantando y haciendo ruido, la hora en que el santo solía levantarse a la noche para la alabanza divina. Y esto gustaba muchísimo al santo de Dios, pues con la solicitud tan puntual que mostraba para con él le hacía sacudir toda negligencia. En cambio, cuando al santo le aquejaba algún malestar más

⁵¹ 2 Celano 169-171.

*de lo habitual, el halcón le dispensaba y no le llamaba a la hora acostumbrada de las vigiliyas; y así —cual si Dios lo hubiere amaestrado—, hacia la aurora pulsaba levemente la campana de su voz. No es de maravillar que las demás criaturas veneren al que es el primero en amar al Creador*⁵².

*¿Quién podrá explicar la alegría que provocaba en su espíritu la belleza de las flores, al contemplar la galanura de sus formas y al aspirar la fragancia de sus aromas? Al instante dirigía el ojo de la consideración a la hermosura de aquella flor que, brotando luminosa en la primavera de la raíz de Jesé, dio vida con su fragancia a millares de muertos. Y, al encontrarse en presencia de muchas flores, les predicaba, invitándolas a loar al Señor, como si gozaran del don de la razón. Y lo mismo hacía con las mieses y las viñas, con las piedras y las selvas, y con todo lo bello de los campos, las aguas de las fuentes, la frondosidad de los huertos, la tierra y el fuego, el aire y el viento, invitándoles con ingenua pureza al amor divino y a una gustosa fidelidad. En fin, a todas las criaturas las llamaba hermanas, como quien había llegado a la gloriosa libertad de los hijos de Dios, y con la agudeza de su corazón penetraba, de modo eminente y desconocido a los demás, los secretos de las criaturas*⁵³.

Su biógrafo Tomás de Celano escribe: *A los hermanos que hacen leña prohíbe cortar del todo el árbol para que le quede la posibilidad de echar brotes. Manda al hortelano que deje a la orilla del huerto franjas sin cultivar, para que a su tiempo el verdor de las hierbas y la belleza de las flores pregonen la hermosura del Padre de todas las cosas. Manda que se destine una porción del huerto para cultivar plantas que den fragancia y flores, para que evoquen a cuantos las ven la fragancia eterna. Recoge del camino los gusanillos para que no los pisoteen y manda poner a las abejas miel y el mejor vino para que en los días helados del invierno no mueran de hambre. Llama hermanos a todos los animales, si bien ama particularmente entre todos, a los mansos*⁵⁴.

⁵² 2 Celano 167-168.

⁵³ 1 Celano 81.

⁵⁴ 2 Celano 165.

El hermano fuego

Para san Francisco todas las criaturas están al servicio del hombre y por ello el hombre tiene dominio sobre ellas. Ellas le obedecen en nombre de Dios. Veamos el ejemplo del hermano del fuego.

Durante la enfermedad de los ojos, obligan al santo a que se deje curar, y llaman al lugar a un cirujano. Viene, pues, el cirujano, trayendo consigo un instrumento de hierro para cauterizar; y dispone que lo tengan al fuego hasta volverse incandescente. Mas el bienaventurado padre, animando a su cuerpo, que tremaba ya de horror, habla así al fuego: “Hermano mío fuego, el Altísimo te ha creado dotado de maravilloso esplendor sobre las demás criaturas, vigoroso, hermoso y útil. Sé ahora benigno conmigo, sé cortés, porque hace mucho que te amo en el Señor. Pido al gran Señor que te ha creado que temple tu ardor en esta hora para que pueda soportarlo mientras me cauterizas suavemente”. Al término de esta plegaria hace la señal de la cruz sobre el fuego y queda intrépido. El médico toma en las manos el hierro candente y tórrido, los hermanos huyen presa de la compasión, el santo se ofrece, dispuesto y alegre, al hierro. Crepitante, penetra el hierro en la tierna carne, y el cauterio se extiende, sin solución de continuidad, de la oreja a la sobreceja.

Cuánto dolor le causara el fuego, lo testifican las palabras de quien mejor lo notó, es decir, del santo. En efecto, sonriéndose, dijo el padre a los hermanos que habían huido y volvían: “Pusilánimes, de corazón encogido, ¿por qué habéis huido? Os digo en verdad que no he experimentado ni ardor de fuego ni dolor alguno en la carne”. Y, dirigiéndose al médico, le dijo aún: “Si la carne no está todavía bien cauterizada, cauterízala de nuevo”. El médico, que tenía experiencia de reacciones diferentes en casos parecidos, hizo valer el hecho como milagro divino, observando: “Hermanos, os digo que hoy he visto maravillas”⁵⁵.

⁵⁵ 2 Celano 166.

Amor a Jesús y María

San Francisco no fue sacerdote, solamente diácono, pero amaba entrañablemente a Jesús presente en la Eucaristía y respetaba mucho a los sacerdotes.

Ardía en fervor, que le penetraba hasta la médula, para con el sacramento del Cuerpo del Señor, admirando locamente su cara condescendencia y su condescendiente caridad. Juzgaba notable desprecio no oír cada día, a lo menos, una misa, pudiendo oírla. Comulgaba con frecuencia y con devoción tal, como para infundirla también en los demás. Como tenía en gran reverencia lo que es digno de toda reverencia, ofrecía el sacrificio de todos los miembros, y al recibir al Cordero inmolado inmolaba también el alma en el fuego que le ardía de continuo en el altar del corazón. Por esto amaba a Francia, por ser devota del Cuerpo del Señor; y deseaba morir allí, por la reverencia en que tenían el sagrado misterio.

Quiso a veces enviar por el mundo hermanos que llevasen copones preciosos, con el fin de que allí donde vieran que estaba colocado con indecencia lo que es el precio de la redención, lo reservaran en el lugar más escogido.

Quería que se tuvieran en mucha veneración las manos del sacerdote, a las cuales se ha concedido el poder tan divino de realizarlo. Decía con frecuencia: “Si me sucediere encontrarme al mismo tiempo con algún santo que viene del cielo y con un sacerdote pobrecillo, me adelantaría a presentar mis respetos al presbítero y correría a besarle las manos, y diría: ¡Oye, san Lorenzo, espera!, porque las manos de éste tocan al Verbo de vida y poseen algo que está por encima de lo humano”

⁵⁶.

Esteban de Borbón escribe: *Tengo oído referir que, entrando el bienaventurado Francisco en una villa de Lombardia —tenía fama de santidad por aquellas tierras—, un hereje, que le suponía hombre simple, quiso valerse de él para confirmar su secta y afirmar a sus seguidores en ella. Viendo que se acercaba un sacerdote, dijo ante los presentes: “Mira, buen hombre: ¿qué dices de este que administra la parroquia de esta villa y vive con una concubina y es autor de muchos crímenes de todos conocidos?”. Percatándose el santo de la malicia del hereje, le dijo: “Este*

⁵⁶ 2 Celano 201.

de quien decís tales cosas, ¿es el sacerdote de esta villa?”. Al responderle el hereje: “Lo es”. El santo se puso de rodillas en el barro y, besando las manos del sacerdote, dijo: “Estas manos han tocado a mi Señor; sean como fueren, no pueden hacerle a El inmundo ni disminuir su fuerza. En honor del Señor, honra al ministro; puede que para sí sea malo, para mí es bueno”. Los herejes quedaron confundidos ⁵⁷.

San Francisco decía: *Debemos visitar con frecuencia las iglesias y venerar y reverenciar a los clérigos, no tanto por ellos mismos en el caso de que sean pecadores, cuanto por su oficio y por la administración del santísimo cuerpo y sangre de Cristo ⁵⁸. Os aconsejo firmemente que recibáis benignamente en santa conmemoración suya el cuerpo y la santísima sangre de nuestro Señor Jesucristo ⁵⁹. Os suplico a todos vosotros hermanos que manifestéis públicamente toda la reverencia y todo el honor que os sea posible al santísimo cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo ⁶⁰.*

Y añade: *Como (Jesús) se mostró a los santos apóstoles en carne verdadera, así también ahora se nos muestra a nosotros en el pan sagrado. Y como ellos con su vista corporal solo veían su carne, pero contemplándolo con los ojos espirituales creían que él era Dios, así también nosotros, al ver el pan y el vino, veamos y creamos firmemente que es su santísimo cuerpo y sangre vivos y verdaderos ⁶¹.*

Bien lo saben cuantos hermanos convivieron con él, que a diario de continuo traía en sus labios la conversación sobre Jesús; qué dulce y suave era su diálogo; qué coloquio más tierno y amoroso mantenía. De la abundancia del corazón hablaba su boca, y la fuente de amor iluminado que llenaba todas sus entrañas, bullendo saltaba fuera. ¡Qué intimidades las tuyas con Jesús! Jesús en el corazón, Jesús en los labios, Jesús en los oídos, Jesús en los ojos, Jesús en las manos, Jesús presente siempre en todos sus miembros. ¡Oh, cuántas veces, estando a la mesa, olvidaba la comida corporal al oír el nombre de Jesús, al mencionarlo o al pensar en él! Y como se lee de un santo: “Viendo, no veía; oyendo, no oía”. Es más: si, estando de viaje, cantaba a Jesús o meditaba en Él, muchas veces olvidaba que estaba de camino y se ponía a invitar a todas las criaturas a

⁵⁷ Esteban de Borbón (+1261), *Anecdotes historiques*, París, 1877, p. 264.

⁵⁸ Cartas de san Francisco 33.

⁵⁹ Carta a las autoridades de los pueblos 6.

⁶⁰ Carta a toda la Orden 12.

⁶¹ Avisos espirituales 19-21.

loar a Jesús. Porque con ardoroso amor llevaba y conservaba siempre en su corazón a Jesucristo, y éste crucificado ⁶².

También recomendó a sus hermanos que honraran siempre la cruz de Cristo, donde quiera que la vieran. La tau, la t griega, era para él la preferida entre las señales de la cruz.

Con ella sellaba las cartas y marcaba las paredes de las pequeñas celdas. Y el hombre de Dios que se llamó Pacífico, favorecido con visiones celestiales, vio con sus propios ojos sobre la frente de san Francisco una gran señal de tau multicolor, que resplandecía con fulgores de oro ⁶³.

Cuando iban de viaje y divisaban una iglesia, se postraban en tierra y decían: Adorámote, Cristo, en todas las iglesias”, y lo mismo hacían cuando veían una cruz o un signo de la cruz, fuese en la tierra, en una pared, en los árboles o en las cercas de los caminos ⁶⁴.

Rodeaba de amor indecible a la Madre de Jesús, por haber hecho hermano nuestro al Señor de la Majestad. Le tributaba peculiares alabanzas, le multiplicaba oraciones, le ofrecía afectos, tantos y tales como no puede expresar lengua humana. Pero lo que más alegra es que la constituyó abogada de la Orden y puso bajo sus alas, para que los nutriese y protegiese hasta el fin, los hijos que estaba a punto de abandonar. ¡Ea, Abogada de los pobres!, cumple con nosotros tu misión de tutora hasta el día señalado por el Padre ⁶⁵.

El Belén de Navidad

Para Francisco la fiesta más importante era la Navidad, que él llamaba la fiesta de las fiestas. En una oportunidad se discutía si se debía comer carne en Navidad y él respondió: *Quiero que en ese día hasta las paredes coman carne; y, ya que no pueden, que a lo menos sean untadas por fuera. Quería que en ese día los ricos dieran de comer en abundancia a los pobres y hambrientos y que los bueyes y los asnos tuvieran más pienso y hierba de lo acostumbrado y hasta quería que los ricos ese día*

⁶² 1 Celano 115.

⁶³ Tratado de los milagros 3.

⁶⁴ 1 Celano 45.

⁶⁵ 2 Celano 198.

echaran trigo por los caminos para que las aves se alimentaran en abundancia ⁶⁶.

Un día pensó en hacer la escenificación del nacimiento de Jesús en Navidad y le pidió permiso al Papa Honorio III. La escenificación tuvo lugar en Greccio el año 1223. *Llegó el día, día de alegría y de exultación. Se citó a hermanos de muchos lugares; hombres y mujeres de la comarca, rebosando de gozo, prepararon, según sus posibilidades, cirios y teas para iluminar aquella noche que, con su estrella centelleante, iluminó todos los días y años. Llegó, en fin, el santo de Dios y, viendo que todas las cosas estaban dispuestas, las contempló y se alegró. Se prepara el pesebre, se trae el heno y se colocan el buey y el asno. Allí la simplicidad recibe honor, la pobreza es ensalzada, se valora la humildad, y Greccio se convierte en una nueva Belén. La noche resplandece como el día, noche placentera para los hombres y para los animales. Llega la gente, y, ante el nuevo misterio, saborean nuevos gozos. La selva resuena de voces y las rocas responden a los himnos de júbilo. Cantan los hermanos las alabanzas del Señor y toda la noche transcurre entre cantos de alegría. El santo de Dios está de pie ante el pesebre, desbordándose en suspiros, traspasado de piedad, derretido en inefable gozo. Se celebra el rito solemne de la misa sobre el pesebre y el sacerdote goza de singular consolación.*

El santo de Dios viste los ornamentos de diácono, pues lo era, y con voz sonora canta el santo Evangelio. Su voz potente y dulce, su voz clara y bien timbrada, invita a todos a los premios supremos. Luego predica al pueblo que asiste, y tanto al hablar del nacimiento del Rey pobre como de la pequeña ciudad de Belén dice palabras que vierten miel. Muchas veces, al querer mencionar a Cristo Jesús, encendido en amor, le dice “el Niño de Bethlehem”, y, pronunciando “Bethleem” como oveja que bala, su boca se llena de voz; más aún, de tierna afición. Cuando le llamaba “niño de Bethlehem” o “Jesús”, se pasaba la lengua por los labios como si gustara y saboreara en su paladar la dulzura de estas palabras...

Terminada la solemne vigilia, todos retornaron a su casa colmados de alegría. Se conserva el heno colocado sobre el pesebre, para que, como el Señor multiplicó su santa misericordia, por su medio se curen jumentos y otros animales. Y así sucedió en efecto: muchos animales de la región circunvecina que sufrían diversas enfermedades, comiendo de este heno, curaron de sus dolencias. Más aún, mujeres con partos largos y dolorosos, colocando encima de ellas un poco de heno, dan a luz felizmente. Y lo

⁶⁶ 2 Celano 199.

mismo acaece con personas de ambos sexos: con tal medio obtienen la curación de diversos males.

El lugar del pesebre fue luego consagrado en templo del Señor; en honor del beatísimo padre Francisco se construyó sobre el pesebre un altar y se dedicó una iglesia, para que, donde en otro tiempo los animales pacieron el pienso de paja, allí coman los hombres de continuo, para salud de su alma y de su cuerpo, la carne del Cordero immaculado e incontaminado, Jesucristo, Señor nuestro ⁶⁷.

Ésta fue la primera vez que se escenificó el nacimiento de Jesús en Navidad y de ahí ha venido la costumbre generalizada de tener belenes (nacimientos) en las casas e iglesias por Navidad.

Santos Ángeles

Un niño muy puro e inocente fue admitido en la Orden y estaba en un eremitorio pequeño en el cual los hermanos, por necesidad, dormían en el suelo. Fue una vez san Francisco a ese eremitorio; y a la tarde, después de rezar completas, se acostó a fin de poder levantarse a hacer oración por la noche mientras dormían los demás, según tenía de costumbre.

Este niño se propuso espiar con atención lo que hacía san Francisco, para conocer su santidad, y de modo especial le intrigaba lo que hacía cuando se levantaba por la noche. Y para que el sueño no se lo impidiese, se echó a dormir al lado de san Francisco y ató su cordón al de san Francisco, a fin de poder sentir cuando se levantaba; san Francisco no se dio cuenta de nada. De noche, durante el primer sueño, cuando todos los hermanos dormían, san Francisco se levantó, y, al notar que el cordón estaba atado, lo soltó tan suavemente, que el niño no se dio cuenta; fue al bosque, que estaba próximo al eremitorio; entró en una celdita que había allí y se puso en oración.

Al poco rato despertó el niño, y, al ver el cordón desatado y que san Francisco se había marchado, se levantó también él y fue en su busca; hallando abierta la puerta que daba al bosque, pensó que san Francisco habría ido allá, y se adentró en el bosque. Al llegar cerca del sitio donde estaba orando san Francisco, comenzó a oír una animada conversación;

⁶⁷ 1 Celano 85-87.

se aproximó más para entender lo que oía, y vio una luz admirable que envolvía a san Francisco; dentro de esa luz vio a Jesús, a la Virgen María, a san Juan el Bautista y al Evangelista, y una gran multitud de ángeles, que estaban hablando con san Francisco. Al ver y oír esto, el niño cayó en tierra desvanecido.

Cuando terminó el misterio de aquella santa aparición, volviendo al eremitorio, san Francisco tropezó con los pies en el niño, que yacía en el camino como muerto, y, lleno de compasión, lo tomó en brazos y lo llevó a la cama, como hace el buen pastor con su ovejita.

Pero, al saber después, de su boca, que había visto aquella visión, le mandó no decirla jamás mientras él estuviera en vida. Este niño fue creciendo grandemente en la gracia de Dios y devoción de san Francisco y llegó a ser un religioso eminente en la Orden; sólo después de la muerte de san Francisco descubrió aquella visión a los hermanos ⁶⁸.

En una ocasión llegaron a Roma y entraron en la iglesia de San Pedro. San Francisco se puso en oración en un ángulo de la iglesia, y el hermano Maseo en el otro. Permanecieron largo rato en oración, con muchas lágrimas y gran devoción; en esto se aparecieron a san Francisco los santos apóstoles Pedro y Pablo rodeados de gran resplandor y le dijeron: “Puesto que pides y deseas observar lo que Cristo y sus santos apóstoles observaron, nos envía nuestro Señor Jesucristo para anunciarte que tu oración ha sido escuchada, y te ha sido concedido por Dios, a ti y a tus seguidores, en toda perfección, el tesoro de la santísima pobreza. Y todavía más: te comunicamos de parte suya que a todos aquellos que, a tu ejemplo, abracen con perfección este ideal, Él les asegura la bienaventuranza de la vida eterna; y tú y todos tus seguidores seréis bendecidos por Dios”.

Dichas estas palabras, desaparecieron, dejando a san Francisco lleno de consuelo. Al levantarse de la oración, fue donde su compañero y le preguntó si Dios le había revelado alguna cosa; él respondió que no. Entonces, san Francisco le refirió cómo se le habían aparecido los santos apóstoles y lo que le habían revelado. Por ello, llenos de alegría, los dos determinaron volver al valle de Espoleto, dejando el viaje a Francia. En alabanza de Cristo. Amén ⁶⁹.

Tenía en muchísima veneración y amor a los ángeles, que están con nosotros en la lucha y van con nosotros entre las sombras de la muerte.

⁶⁸ Florecillas c. 17.

⁶⁹ Florecillas c. 13.

Decía que a tales compañeros había que venerarlos en todo lugar; que había que invocar, cuando menos, a los que son nuestros custodios. Enseñaba a no ofender la vista de ellos y a no osar hacer en su presencia lo que no se haría delante de los hombres. Y porque en el coro se salmodia en presencia de los ángeles, quería que todos cuantos hermanos pudieran se reunieran en el coro y salmodiaran allí con devoción. Respecto a San Miguel, que tiene el encargo de conducir las almas a Dios, decía muchas veces que hay que venerarlo aún más. Y así, en honor de San Miguel ayunaba devotísimamente la Cuaresma que media entre la fiesta de la Asunción y la de aquél. Solía decir: “Cada uno debería ofrecer alguna alabanza o alguna ofrenda especial a Dios en honor de tan gran príncipe”

⁷⁰

Dones sobrenaturales

Dios concedió a Francisco muchos carismas para cumplir fielmente su misión. Veamos algunos.

a) Conocimiento sobrenatural

Vino a Asís un muchacho noble de Luca que quería entrar en la Religión. Presentado a san Francisco le pedía de rodillas y con lágrimas que le recibiera. Y, mirándolo detenidamente el varón de Dios, conoció al pronto por inspiración del Espíritu Santo que no era buena la intención que animaba al muchacho. Y le dijo: “Desgraciado y carnal, ¿cómo crees poder engañar al Espíritu Santo y a mí? Tu llanto es carnal y tu corazón no está en Dios. Vete, porque no gustas nada espiritualmente”. Apenas había dicho esto el santo, avisan que los padres están a la puerta y buscan al hijo para llevarlo consigo. Y saliendo luego éste, se volvió gustoso con ellos. Los hermanos quedan admirados del suceso, alabando al Señor en su santo ⁷¹.

Sucedió al tiempo que vivía el santo en el monte Alverna. Él permanecía retirado en la celda. Uno de los compañeros deseaba con mucho afán tener por escrito, para que le confortase, alguna de las

⁷⁰ 2 Celano 197.

⁷¹ 2 Celano 40.

palabras del Señor, acompañada de una breve anotación manuscrita de san Francisco. Creía, en efecto, que con eso desaparecería, o se aliviaría por lo menos, una tentación molesta —no de la carne, sino del espíritu— que lo atormentaba. Aunque se consumía con este deseo, le daba pavor descubrirlo al padre santísimo; pero a quien no se lo manifestó el hombre, se lo reveló el Espíritu.

Y así, un día llama el bienaventurado Francisco al hermano y le dice: “Tráeme papel y tinta, porque quiero escribir unas palabras del Señor y sus alabanzas que he meditado en mi corazón”. En cuanto los tuvo a mano, escribió de su puño y letra las alabanzas de Dios y las palabras que quiso, y, por último, la bendición para el hermano, a quien dijo: “Toma para ti este pliego y consévalo cuidadosamente hasta el día de tu muerte”. Al instante desaparece del todo la tentación; se guarda el pliego, que después ha hecho prodigios.

Con el mismo hermano se manifestó otro caso maravilloso. Esto ocurrió mientras el santo yacía enfermo en el palacio (episcopal) de Asís. El mencionado hermano pensó para sí: “Ya el padre se avecina a la muerte; mi alma experimentaría grandísimo consuelo si, una vez que haya muerto, lograra tener yo la túnica de mi padre”. Como si el deseo del corazón hubiera sido una petición hecha de palabra, lo llama poco después el bienaventurado Francisco y le dice: “Te doy esta túnica; tómala, que quede para ti; aunque yo la vista mientras vivo, sin embargo, que pase a ti después de mi muerte”. El hermano, admirado de la profunda penetración del padre, tomó al fin, consolado, la túnica, que más tarde, por santa devoción, fue llevada a Francia ⁷².

El bienaventurado padre san Francisco, como buen pastor, estaba al corriente de todos los méritos y virtudes de sus compañeros, por divina revelación, y conocía todos sus defectos. Por eso sabía proveer del mejor remedio, humillando a los orgullosos, ensalzando a los humildes, vituperando los vicios, alabando las virtudes, como se lee en las admirables revelaciones que él tuvo acerca de aquella su primera familia.

Entre ellas se refiere que, estando una vez san Francisco con el grupo platicando de Dios, el hermano Rufino no se hallaba con ellos en la conversación, porque estaba en contemplación en el bosque. Mientras ellos continuaban hablando de Dios, vieron al hermano Rufino que salía del bosque y pasaba a cierta distancia de ellos. En aquel momento, san Francisco, viéndole, se volvió a sus compañeros y les preguntó:

⁷² 2 Celano 49-50.

“Decidme, ¿cuál creéis vosotros que es el alma más santa que tiene Dios en el mundo?”

Ellos le respondieron que creían fuese la de él; pero san Francisco les dijo: “Yo, hermanos amadísimos, soy el hombre más indigno y más vil que tiene Dios en este mundo. Pero ¿veis a ese hermano Rufino que sale ahora del bosque? Dios me ha revelado que su alma es una de las almas más santas que Dios tiene en este mundo; y yo os aseguro que no dudaría en llamarlo “san Rufino” ya en vida, porque su alma está confirmada en gracia, santificada y canonizada en el cielo por nuestro señor Jesucristo”.

Estas palabras, sin embargo, nunca las decía san Francisco en presencia del hermano Rufino. Que san Francisco conocía de la misma manera los defectos de sus hermanos, se ve claramente en el caso del hermano Elías, a quien muchas veces reprendió por su soberbia ⁷³.

Conocía por revelación no sólo lo que él había de hacer, sino que predecía muchos sucesos con espíritu de profecía, escudriñaba los secretos de los corazones, conocía las cosas lejanas, preveía y anunciaba de antemano el porvenir. Los ejemplos van a probar lo que decimos.

Había un hermano que, a juzgar por las apariencias, se distinguía por una vida de santidad excepcional; pero era él muy singular. Entregado a todas horas a la oración, guardaba un silencio tan riguroso, que tenía por costumbre confesarse no de palabra, sino con señas. Con las palabras de la Sagrada Escritura concebía un gran ardor, y, oyéndolas, se mostraba transido de extraña dulzura. Pero ¿a qué continuar? Todos lo tenían por tres veces santo.

Llegó un día al lugar el bienaventurado padre, vio al hermano, escuchó al santo. Y como todos lo encomiaran y enaltecieran, observó el padre: “Dejadme, hermanos, y no me ponderéis en él las tretas del diablo. Tened por cierto que es caso de tentación diabólica y un engaño insidioso. Para mí esto es claro, y prueba de ello es que no quiere confesarse”. Muy duro se les hacía a los hermanos oír esto, sobre todo al vicario del santo. Y objetan: “¿Cómo puede ser verdad que entre tantas señas de perfección entren en juego ficciones engañosas?”. Responde el padre: “Amonestadle que se confiese una o dos veces a la semana; si no lo hace, veréis que es verdad lo que os he dicho”.

Lo toma aparte el vicario y comienza por entretenerse familiarmente con él y le ordena después la confesión. El hermano la rechaza, y con el índice en los labios, moviendo la cabeza, da a entender por señas que en

⁷³ Florecillas c. 31.

manera alguna se confesará. Callaron los hermanos, temiendo un escándalo del falso santo. Pocos días después abandona éste, por voluntad propia, la Religión, se vuelve al siglo, retorna a su vómito. Y, duplicada su maldad, quedó privado de la penitencia y de la vida...

Algo parecido ocurrió con otro hermano llamado Tomás de Espoletto. Todos lo tenían en buen concepto y emitían juicio seguro de su santidad. Mas la apostasía comprobó el juicio del santo padre, que lo creía un perverso. No perseveró por mucho tiempo, como tampoco dura mucho la virtud que se disfraza con disimulo. Salió de la Religión, y, al morir fuera de ella, sólo entonces se dio cuenta de lo que había hecho ⁷⁴.

Al volver de ultramar en compañía del hermano Leonardo de Asís, el santo, por la fatiga del camino y por su debilidad, tuvo que montar por algún tiempo sobre un asno. El compañero que le seguía, fatigado también él, y no poco, comenzó a decir para sí, víctima de la condición humana: “Los padres de él y los míos no se divertían juntos. Y ahora él va montado y yo voy a pie conduciendo el asno”.

Iba pensando esto el hermano, cuando de pronto se desmontó el santo y le dijo: “No, hermano, no está bien que yo vaya montado y tú a pie, pues en el siglo tú eras más noble y poderoso que yo”. Quedó sorprendido el hermano, y, todo ruborizado, se reconoció descubierto por el santo. Se le postró a los pies, y, bañado en lágrimas, confesó su pensamiento, ya patente, y pidió perdón ⁷⁵.

En verdad que muchas veces habían comprobado y experimentado con señales manifiestas que los secretos del corazón no se le ocultaban al altísimo padre. ¡Cuántas veces, sin que nadie se lo contase, sólo por revelación del Espíritu Santo, conoció las acciones de los hermanos ausentes, descubrió los secretos del corazón y sondeó las conciencias! ¡Y a cuántos amonestó en sueños, mandándoles lo que debían hacer y prohibiéndoles lo que debían evitar! ⁷⁶.

b) Milagros

Se hallaba en un hospital próximo a Asís cierto religioso de la Orden de los crucíferos llamado Morico. Sufría una enfermedad tan grave y prolija, que los médicos pronosticaban muy inminente su desenlace final. Ante esta situación apurada, el enfermo acudió suplicante al varón de

⁷⁴ 2 Celano 27-29.

⁷⁵ 2 Celano 31.

⁷⁶ 1 Celano 48.

Dios: envió un emisario a Francisco para que le suplicara encarecidamente se dignase interceder por él ante el Señor. Accedió benignamente el santo padre a tal petición y, después de haberse recogido en oración, tomó unas migas de pan, las mezcló con aceite extraído de la lámpara que ardía junto al altar de la Virgen y envió este mejunje al enfermo en propias manos de los hermanos, diciéndoles: “Llevad a nuestro hermano Morico esta medicina, por cuyo medio la fuerza de Cristo no sólo le devolverá por completo la salud, sino que, convirtiéndolo en robusto guerrero, le hará incorporarse para siempre en las filas de nuestra milicia”.

Tan pronto como el enfermo gustó aquel antídoto, confeccionado por inspiración del Espíritu Santo, se levantó del todo sano y con tal vigor de alma y cuerpo, que, ingresando poco después en la Religión del santo varón, tuvo fuerzas para llevar en ella una vida muy austera. En efecto, cubría su cuerpo con una sola y corta túnica, debajo de la cual llevó por largo tiempo un cilicio adosado a la carne; en la comida se contentaba exclusivamente con alimentos crudos, es decir, con hierbas, legumbres y frutas; no probó durante muchos lustros ni pan ni vino; y, no obstante, se conservó siempre sano y robusto ⁷⁷.

- La gente le presentaba panes para que se los bendijese, y luego los conservaba por mucho tiempo, pues comiéndolos se curaban de varias enfermedades. También muchas veces, la gente llevada de su gran fe, cortaba pedazos a su túnica, dejándole en ocasiones medio desnudo. Y lo que es más de admirar: si el santo padre había tocado alguna cosa con las manos, también, por medio de ella, recibían algunos enfermos la salud.

Vivía en una aldea de la comarca de Arezzo una mujer que estaba encinta; llegado el tiempo del parto, pasó varios días muy trabajosos sin poder dar a luz; tanto que, desfallecida por un dolor increíble, estaba entre la vida y la muerte. Vecinos y parientes habían oído que el bienaventurado Francisco iba a pasar por aquel camino hacia un eremitorio; pero, mientras ellos le esperaban, Francisco llegó a dicho lugar por otro camino, pues, débil y enfermo como estaba, tuvo que hacer el recorrido montado a caballo. Una vez en el retiro, devolvió el caballo al señor que se lo había prestado caritativamente, sirviéndose de un hermano llamado Pedro. Éste, de vuelta con el caballo, pasó por donde vivía la tan angustiada mujer. Viéndolo venir los hombres del contorno, a toda prisa salieron a su encuentro, pensando que era el bienaventurado Francisco; mas, al comprobar que no era él, se llenaron de profunda

⁷⁷ S. Buenaventura, Leyenda mayor 4, 8.

tristeza. Por fin se les ocurrió pensar si por ventura podrían dar con algún objeto que el bienaventurado Francisco hubiera tocado con sus manos. En estas averiguaciones se iba pasando el tiempo, hasta que cayeron en la cuenta de que mientras cabalgaba había tenido las bridas del freno en las manos; sacando el freno de la boca del animal en que el santo había montado, pusieron sobre la mujer las bridas que el padre había tenido entre sus manos, y al momento, gozosa y sana, dio a luz fuera de todo peligro.

Gualfreducio, que moraba en Città della Pieve, hombre religioso y temeroso de Dios, tenía en su poder una cuerda con la cual el bienaventurado Francisco se había ceñido alguna vez. Acaeció que en aquella región muchos hombres y mujeres sufrían de varias enfermedades y fiebres. Este buen hombre pasaba por las casas de los enfermos, dándoles a beber del agua en la que había metido la cuerda o a la que había echado algún pelillo de la misma, y todos recobraban la salud en el nombre de Cristo.

Tales milagros y muchos más que no nos sería posible exponer aunque alargásemos la narración, acontecían estando el bienaventurado Francisco ausente. Con todo, referiré brevemente ahora unos pocos de los que el Señor Dios nuestro se dignó obrar por su presencia.

Recorría el santo de Dios en cierta ocasión algunas varias y extensas regiones anunciando el reino de Dios; llegó a una ciudad llamada Toscanela. Mientras esparcía la semilla de vida por esta ciudad según costumbre, se hospedó en casa de un caballero que tenía un hijo único, cojo y enclenque: había que tenerlo en la cuna, aun cuando, siendo todavía de poca edad, había dejado atrás los años del destete. Viendo su padre la gran santidad de que estaba adornado el varón de Dios, se arrojó humildemente a sus pies, pidiéndole la curación de su hijo. Considerábase el santo indigno e incapaz de tanta virtud y gracia, y rehusó por algún tiempo el hacerlo. Al fin, vencido por la constante súplica del padre, hizo oración e impuso su mano sobre el niño y, bendiciéndolo, lo levantó. En el nombre de nuestro Señor Jesucristo, el niño se puso en pie al instante, sano, y echó a correr de aquí para allá por la casa ante la mirada gozosa de todos los presentes.

En otra ocasión, el varón de Dios Francisco llegó a Narni, donde permaneció varios días. Había en la ciudad un hombre llamado Pedro, que yacía en cama paralítico; hacía cinco meses que había perdido el uso de todos los miembros, de tal modo que no podía ni levantarse ni moverse lo más mínimo; imposibilitado de pies, manos y cabeza, sólo podía mover

*la lengua y abrir los ojos. Enterado de que san Francisco había llegado a Narni, mandó un recado al obispo de la ciudad para que, por divina piedad, se dignase enviarle al siervo del Dios Altísimo, plenamente convencido de que la vista y presencia del santo eran lo suficiente para curarle de su enfermedad. Y así fue; pues, habiendo llegado el bienaventurado Francisco a la casa del enfermo, hizo sobre él la señal de la cruz de la cabeza a los pies, y al punto desapareció el mal y recobró el enfermo la salud perdida*⁷⁸.

*Había un hermano que con frecuencia sufría una gravísima enfermedad, horrible a la vista; no sé qué nombre darle, ya que, en opinión de algunos, era obra del diablo maligno. Muchas veces, convulso todo él, con una mirada de espanto, se revolcaba, echando espumarajos; sus miembros, ora se contraían, ora se estiraban; ya se doblaban y torcían, ya se quedaban rígidos y duros. Otras veces, extendido cuan largo era y rígido, los pies a la altura de la cabeza, se levantaba en alto lo equivalente a la estatura de un hombre, para luego caer a plomo sobre el suelo. Compadecido el santo padre Francisco de tan gravísima enfermedad, se llegó a él y, hecha oración, trazó sobre él la cruz y lo bendijo. Al momento quedó sano, y nunca más volvió a sufrir molestia por esta enfermedad*⁷⁹.

En una ocasión el siervo de Dios se hallaba muy gravemente enfermo en el eremitorio de San Urbano, y, sintiendo el desfallecimiento de la naturaleza, pidió un vaso de vino. Al responderle que les era imposible acceder a su deseo, puesto que no había allí ni una gota de vino, ordenó que se le trajera agua. Una vez presentada, la bendijo haciendo sobre ella la señal de la cruz. De pronto, lo que había sido pura agua, se convirtió en óptimo vino, y lo que no pudo ofrecer la pobreza de aquel lugar desértico, lo obtuvo la pureza del santo varón. Apenas gustó el vino, se recuperó con tan gran presteza, que la novedad del sabor y la salud restablecida —fruto de una acción renovadora sobrenatural en el agua y en el que la gustó— confirmaron con doble testimonio cuán perfectamente estaba el santo despojado del hombre viejo y revestido del nuevo...

Sucedió también en otra ocasión que, viajando el varón de Dios con un compañero suyo, con motivo de predicación, entre Lombardía y la Marca Trevisana, junto al río Po, les sorprendió la espesa oscuridad de la noche. El camino que debían recorrer era sumamente peligroso a causa

⁷⁸ 1 Celano 63-66.

⁷⁹ 1 Celano 68.

de las tinieblas, el río y los pantanos. Viéndose en tal situación apurada, dijo el compañero al santo: “Haz oración, padre, para que nos libremos de los peligros que nos acechan”. Respondióle el varón de Dios lleno de una gran confianza: “Poderoso es Dios, si place a su bondad, para disipar las sombrías tinieblas y derramar sobre nosotros el don de la luz”.

Apenas había terminado de decir estas palabras, cuando de pronto —por intervención divina— comenzó a brillar en torno suyo una luz tan esplendente, que, siendo oscura la misma noche en otras partes, al resplandor de aquella claridad distinguían no sólo el camino sino también otras muchas cosas que estaban a su alrededor. Guiados materialmente y reconfortados en el espíritu por esta luz, después de haber recorrido gran trecho del camino entre cantos y alabanzas divinas, llegaron por fin sanos y salvos al lugar de su hospedaje ⁸⁰.

Una vez, yendo a un eremitorio se sintió débil y obtuvo de un hombre pobre un asno para el viaje. Montaña arriba en días de verano, el campesino, fatigado por el camino escabroso y largo que hacía siguiendo al varón de Dios, se resiente y desfallece de sed antes de llegar al lugar. Comienza a gritar tras el santo con vehemencia y pide que se le compadezca; asegura que se muere de sed si no se le reanima con el alivio de una bebida. El santo de Dios, compasivo siempre con los abatidos, saltó en seguida del asno e hincado de rodillas, alzando las manos al cielo, no cesó de orar hasta saberse escuchado. “Ven pronto —dijo después al campesino—, y encontrarás allí agua viva, que Cristo en su misericordia ha hecho brotar ahora de la piedra para que bebas tú” ⁸¹.

c) Resurrección de muertos

Un niño de apenas siete años, hijo de un notario de la ciudad de Roma, quería —cosa muy propia de niños— seguir a su madre, que iba a la iglesia de San Marcos; al obligarlo ella a quedar en casa, se arrojó por una ventana del palacio, y con el último golpe quedó muerto instantáneamente.

La madre, que todavía no se había alejado mucho, al oír el ruido del golpe, sospechando que su hijo se había caído, volvió apresuradamente, y comprobando que le había sido arrebatado su hijo con tan lamentable accidente, al punto se lo recriminó a sí misma, y con gritos dolorosos sobresaltó a toda la vecindad, moviéndola al lamento.

⁸⁰ S. Buenaventura, Leyenda mayor 5, 10 y 12.

⁸¹ 2 Celano 46.

Un hermano de la Orden de los menores llamado Raho, que iba a predicar y en aquel momento pasaba por allí, se acercó al niño y lleno de fe dijo al padre: “¿Crees que el santo de Dios Francisco, por el amor que siempre tuvo a Cristo, muerto en la cruz para devolver la vida a los hombres, puede resucitar a tu hijo?”. Respondióle que lo creía firmemente y lo confesaba con fe, y que se pondría para siempre al servicio del santo si por los méritos del mismo lograba obtener de Dios una gracia tan grande. Postróse aquel hermano con su compañero en actitud de oración, exhortando a todos los presentes a que se asociaran a ella.

Terminada la oración, el niño comenzó a bostezar levemente, luego abrió los ojos y levantó los brazos; en seguida se puso de pie por sí mismo y se paseó ante todos totalmente restablecido, devuelto a la vida y a la salud por el poder maravilloso del santo ⁸².

En la ciudad de Sessa, en una aldea denominada Alle Colonne, al desplomarse repentinamente una casa, engulló bajo sus escombros a un joven y lo dejó muerto en el acto. Alertados por el estruendo del derrumbe, acudieron de todas partes hombres y mujeres, que, removiendo maderos y piedras, hallaron el cadáver del joven y se lo entregaron a su desgraciada madre. Sumergida en amarguísimos sollozos, exclamaba como podía con voces lastimeras: “¡San Francisco, san Francisco, devuélveme a mi hijo!”. Pero no sólo ella, sino todos los circunstantes imploraban con ardor el valimiento del bienaventurado padre. Como no se notaba ningún movimiento ni voz en el cadáver, lo depositaron en el lecho en espera de enterrarlo al día siguiente.

Pero la madre, que tenía confianza en el Señor por los méritos de san Francisco, hizo voto de cubrir el altar de san Francisco con un mantel nuevo si le devolvía la vida a su hijo. He aquí que hacia la media noche comenzó el joven a bostezar y, entrando en calor sus miembros, se levantó vivo y sano, y prorrumpió en palabras de alabanza. Y movió también al clero, que se había reunido a alabar y a dar gracias con alegría interior a Dios y a san Francisco.

Un joven llamado Gerlandino, oriundo de Ragusa, se fue a las viñas en tiempo de vendimia. Cuando se colocaba en el depósito de vino debajo de la prensa para llenar odres, de improviso, a causa del movimiento de unos maderos, se desprendieron unas enormes piedras, que cayeron sobre su cabeza y se la golpearon mortalmente.

⁸² S. Buenaventura, Leyenda mayor 2, 4.

Acudió en seguida el padre en su ayuda; pero, desesperado al verlo sepultado, lo dejó como estaba. Oyendo las voces y el lúgubre clamor del padre, se presentaron rápidamente los vendimiadores, que, identificados con su gran dolor, extrajeron el cadáver del joven de entre las piedras.

El padre, postrado a los pies de Jesús, humildemente pedía que por los méritos de san Francisco, cuya fiesta se avecinaba, se dignase devolverle su único hijo. Redoblaba las súplicas, prometía obras de piedad e incluso visitar el sepulcro del santo con su hijo, si lo resucitaba de entre los muertos. ¡Prodigioso en verdad! En seguida, el joven, cuyo cuerpo había sido del todo aplastado, fue devuelto a la vida y a una salud perfecta. Gozoso, se levantó a la vista de todos. Reprendió a los que lloraban y les aseguró que había vuelto a la vida por intercesión de san Francisco ⁸³.

d) Expulsión de demonios

Dios le dio un poder sobrenatural para expulsar demonios: Pasando en cierta ocasión el beatísimo padre Francisco por el obispado de Narni, llegó a un lugar que se llama San Gemini para anunciar allí el reino de Dios. Recibió hospedaje con otros tres hermanos en casa de un hombre temeroso y devoto de Dios, que gozaba de buen nombre en aquella tierra. Su mujer estaba atormentada por el demonio, cosa conocida de todos los habitantes de la región. Confiando su marido que pudiera recobrar la libertad por los méritos de Francisco, rogó al santo por ella. Mas como éste, viviendo en simplicidad, gustase más en saborear desprecios que en sentirse ensalzado entre honores mundanos por sus obras de santidad, rehuía con firmeza complacerle en su petición. Por fin, puesto que de la gloria de Dios se trataba y siendo muchos los que le rogaban, asintió, vencido, a lo que le pedían. Hizo venir también a los tres hermanos que con él estaban y, situándolos en cada ángulo de la casa, les dijo: “Oremos, hermanos, al Señor por esta mujer, a fin de que Dios, para alabanza y gloria suya, la libre del yugo del diablo”. Y añadió: “Permanezcamos en pie, separados, cada uno en un ángulo de la casa, para que este maligno espíritu no se nos escape o nos engañe refugiándose en los escondites de los ángulos”. Terminada la oración, el bienaventurado Francisco se acercó con la fuerza del Espíritu a la mujer, que lastimosamente se retorció y gritaba horrorosamente, y le dijo: “En el nombre de nuestro Señor Jesucristo, por obediencia te mando, demonio,

⁸³ S. Buenaventura, Leyenda mayor 2, 6-7.

que salgas de ella, sin que oses en adelante molestarla”. Apenas había terminado estas palabras, cuando salió fuera con tal rapidez, con tanta furia y estrépito, que el santo padre, ante la repentina curación de la mujer y la precipitada obediencia del demonio, creyó que había sufrido un engaño. De seguido marchó, avergonzado, de aquel lugar —disponiéndolo así la Providencia— para que en nada pudiera vanagloriarse.

También en Città di Castello había una mujer poseída del demonio. Estando el beatísimo padre Francisco en esta ciudad, llevaron a una mujer a la casa donde se hospedaba el santo. La mujer estaba fuera y, como suelen hacerlo los espíritus inmundos, rompió en un rechinar de dientes y con rostro feroz comenzó a dar gritos de espanto. Muchos hombres y mujeres de la ciudad que habían acudido, suplicaron a san Francisco en favor de aquella mujer, pues, al mismo tiempo que el maligno la atormentaba, a ellos los asustaba con sus alaridos. El santo padre envió entonces a un hermano que estaba con él a fin de comprobar si era el demonio o un engaño mujeril. En cuanto lo vio ella, comenzó a mofarse, sabiendo que no era san Francisco. El padre santo había quedado dentro en oración; una vez terminada ésta, salió fuera. No pudo la mujer soportar su virtud, y comenzó a estremecerse y a revolcarse por el suelo. San Francisco la llamó a sí, diciéndole: “En virtud de la obediencia te mando, inmundo espíritu que salgas de ella”. Al momento la dejó sin ocasionarle mal alguno ⁸⁴.

Orden franciscana

San Francisco fundó la Orden para vivir una vida según el Evangelio enseñado por Jesús. Él mismo dirá en su Testamento que *el mismo Señor me reveló que debía vivir según la forma del santo Evangelio* ⁸⁵.

Él quería seguir la doctrina de Jesús al pie de la letra: *Si quieres ser perfecto, vende lo que tienes, dáselo a los pobres..., ven y sígueme* (Mt 19, 21). *No toméis nada para el camino, ni bastón, ni bolsa, ni pan, ni dinero, ni tengáis dos túnicas* (Lc 9, 3). *No llevéis oro, ni plata, ni cobre en vuestros cintos ni alforjas para el camino, ni dos túnicas, ni zapatos, ni báculo* (Mt 10, 9-10).

⁸⁴ 1 Celano 69-70.

⁸⁵ Testamento 14.

Francisco durante toda su vida se contentó con un solo hábito, una cuerda y los paños menores. Al final de su vida, quiso manifestar que no tenía nada propio y quiso que lo pusieran en el suelo y le quitaran el hábito. El padre guardián le presentó otro hábito, una capucha y unos paños menores y le dijo que eran prestados en nombre de la santa obediencia. *Y para que reconozcas que no tienes ningún derecho de propiedad, te niego el permiso de darlos a otro.* Con esto se alegró el santo, contento de poder morir sin absolutamente nada que pudiera llamarse propio, ni siquiera la ropa que llevaba puesta.

Una vez que san Francisco se hallaba gravemente enfermo y el hermano León le servía, éste estaba haciendo oración al lado de san Francisco, y quedó arrobado y fue conducido en espíritu a un río grandísimo, ancho e impetuoso. Se puso a mirar a todos los que pasaban, y vio entrar en el río a algunos hermanos que iban muy cargados; apenas llegados a la corriente, eran arrastrados y se ahogaban; algunos lograban llegar hasta la tercera parte del río; otros, hasta la mitad; otros, hasta cerca de la otra orilla; pero todos terminaban siendo derribados y se ahogaban debido al ímpetu de la corriente y al peso que llevaban encima. Al ver esto, el hermano León estaba muy apenado por ellos. Y en esto vio venir una gran muchedumbre de hermanos sin ninguna carga ni impedimento; en ellos resplandecía la santa pobreza. Y vio cómo entraban en el río y pasaban al otro lado sin peligro alguno. Terminada esta visión, el hermano León volvió en sí.

Entonces, san Francisco, conociendo en espíritu que el hermano León había tenido alguna visión, lo llamó a sí y le preguntó qué es lo que había visto. Cuando el hermano León le hubo referido toda la visión puntualmente, le dijo san Francisco: “Lo que tú has visto es verdadero. El río grande es este mundo; los hermanos que se ahogaban en el río son los que no siguen la profesión evangélica, sobre todo en lo que se refiere a la altísima pobreza; y los que pasaban sin peligro son aquellos hermanos que no buscan ni poseen en este mundo ninguna cosa terrestre ni carnal, sino que, teniendo solamente lo imprescindible para comer y vestir, siguen contentos a Cristo desnudo en la cruz, llevando con alegría y de buen grado la carga y el yugo suave de Cristo y de la santa obediencia; por eso pasan con facilidad de la vida temporal a la vida eterna” ⁸⁶.

Jacobo de Vitry (+1240) cardenal e historiador, que conoció perfectamente a Francisco y a sus frailes en Italia en 1216 y en Oriente en 1219, afirma: *Esta es verdaderamente la Religión de los pobres del*

⁸⁶ Florecillas c. 36.

Crucificado, la Orden de estos predicadores que se llaman frailes menores. Estos son en verdad frailes menores, y por su vestido y desnudez y desprecio del mundo superan en humildad a todos los regulares de nuestro tiempo. Con tanto celo se empeñan en renovar la religión, la pobreza y humildad de la Iglesia primitiva, en sacar las puras aguas de la fuente evangélica con la sed y fuego del espíritu, que siguiendo no sólo los preceptos sino también los consejos del Evangelio, procuran imitar con la mayor exactitud la vida apostólica, renunciando a todos sus bienes, negándose a sí mismos y siguiendo desnudos al desnudo Salvador... Son enviados de dos en dos por el mundo a predicar, como si fueran delante del rostro del Señor y a preparar su segunda venida. Y estos pobres de Cristo no llevan para el camino ni bolsas ni alforjas, ni pan ni dinero alguno en sus cinturones, ni tienen siquiera oro o plata o calzado. Es que a ningún fraile de esta Orden le es permitido poseer cosa alguna. No tienen conventos ni iglesias ni campos ni viñas ni animales ni casas ni propiedades ni dónde reclinar su cabeza. No visten pieles ni lino, sino sólo hábitos con capuchos y no tienen roquetes, mucetas, mantos, cogullas y otras prendas de vestir por el estilo. Cuando alguno les convida a comer, comen y beben lo que se les pone delante. Cuando alguno por compasión les hace alguna limosna, no la guardan para más tarde. Una o dos veces al año se reúnen en tiempo fijo y en lugar señalado de antemano para tener capítulo general, excepto aquellos que tengan que hacer un viaje demasiado largo por tierra o por mar.

*Después del capítulo son de nuevo enviados por sus superiores de dos en dos o más a las diversas regiones, provincias y ciudades. Pero no sólo con su predicación sino también con el ejemplo de su santa vida y de su perfecta conducta convidan a muchas personas tanto de baja condición como de noble e ilustre prosapia al desprecio del mundo, de modo que éstos abandonan sus ciudades, sus palacios y sus grandes posesiones, dan todas sus riquezas temporales a cambio de bienes espirituales, recibiendo el vestido de los frailes menores, a saber, un hábito de poco valor, con que se visten, y una cuerda con que se ciñen... Pues los frailes no dan a los que vienen a ellos más que la cuerda con el hábito; a la divina Providencia dejan el cuidado de lo demás*⁸⁷.

Después de la muerte de Francisco hubo discusiones entre los tradicionalistas, que no aceptaban nada propio ni propiedades comunes, y los que pensaban que debían tener casas propias para poder estudiar y tener libros y cosas útiles. En estas discusiones encontraron textos del

⁸⁷ Felder Hilarino, o.c., pp. 125-126.

mismo Evangelio menos estrictos que aquellos que citaba Francisco. Por ejemplo, Jesús, al enviar a sus discípulos a regiones lejanas, les permite llevar sandalias y báculo (Mc 6, 8). Y cuando llegó la hora de la pasión, les mandó tomar bolsa de dinero y alforja. *El que tenga bolsa (de dinero), tómela e igualmente la alforja, y el que no la tenga, venda su manto y compre una espada (Lc 22, 35).*

En estas discusiones la guía más segura como lo fue siempre para Francisco fue la autoridad de la Iglesia. La norma clara ahora, como en tiempos de san Francisco, es la autoridad de la Iglesia.

De hecho, a la muerte de Francisco, el Papa Gregorio IX permitió que pudieran usar cosas útiles, aunque no fueran propias. Y se aceptó que pudieran usar dinero y tener libros para estudiar. Recordemos que Jesús permitió a sus discípulos llevar la bolsa con dinero (Lc 22, 35). En el mismo grupo de los apóstoles había un tesorero, que era Judas, que guardaba el dinero que les daban para darlo a los pobres y usarlo para sus propias necesidades.

Los estudios

En cuanto a los estudios, sabemos que ya en vida de san Francisco había hermanos estudiando en las tres principales universidades europeas: Bolonia (Italia), París (Francia) y Oxford (Inglaterra).

Al establecerse la vida sedentaria para los religiosos ya en tiempo de san Francisco se introdujeron los noviciados para preparar a los nuevos religiosos y se prohibió a los religiosos andar como vagabundos de un lugar a otro sin permiso del Superior. De ahí surgió también la necesidad de trabajar en el mismo eremitorio o casa. Y ganarse de alguna manera la vida con trabajos manuales. Ahora bien, muchos se dedicaron al trabajo intelectual y debían tener asegurado el sustento y tener libros, pues debían estar preparados para la gran tarea de la predicación, para la cual debían tener el permiso expreso del Superior y evitar así que frailes sin preparación dijeran herejías o no dieran buenos frutos.

Normalmente los hermanos no sacerdotes se dedicaban a trabajos manuales, pero siempre había algunos que debían ir a pedir limosna para suplir la falta de ingresos para el sustento.

En tiempos de san Francisco ya había buenos profesores de los jóvenes religiosos como san Antonio de Padua, a quien Francisco le dirigió una carta en la que le decía: *Me agrada que enseñes la sagrada teología a los hermanos con la condición de que en su estudio no apagues el espíritu de la oración* ⁸⁸.

Esta carta es del año 1223 y en este mismo año se empezaron a dar lecciones en la casa de Bolonia. Después se abrieron escuelas de teología en todas las provincias de la Orden. Diez años más tarde de la apertura de la casa de Bolonia, los franciscanos tenían cátedras en las universidades de Oxford, París, Colonia y otras ciudades importantes.

Cuando san Buenaventura fue general de la Orden, promovió mucho los estudios y a un hermano que lo criticaba le respondió: *Para que sepas cuánto apreciaba Francisco el estudio de la Sagrada Escritura, escucha lo siguiente: Un fraile que todavía vive me contó que en su tiempo no había a mano más que un Nuevo Testamento y, por consiguiente, la Escritura no estaba a disposición de todos los frailes del convento. Entonces desencuadernó el único ejemplar y repartió entre los frailes las hojas sueltas para que todos pudieran estudiar sin estorbarse mutuamente* ⁸⁹.

San Buenaventura, en el capítulo general de Narbona de 1260, permitió que los religiosos tuvieran para su uso personal los libros necesarios y los llevaran consigo de un convento a otro, pero debían tener para ello permiso del ministro provincial y, después de su muerte, los libros debían ser devueltos a su provincia madre.

Sus llagas

Cuando llegó al retiro del Alverna para celebrar la Cuaresma en honor del arcángel san Miguel, aves de diversa especie aparecieron revoloteando en torno a su celdita, y con sus armoniosos conciertos y gestos de regocijo, como quienes festejaban su llegada, parecía que invitaban encarecidamente al piadoso padre a establecer allí su morada. Al ver esto, dijo a su compañero: “Creo, hermano, ser voluntad de Dios

⁸⁸ Carta a san Antonio 1-2.

⁸⁹ Carta sobre las tres cuestiones N° 10.

que permanezcamos aquí por algún tiempo, pues parece que las hermanasavecillas reciben un gran consuelo con nuestra presencia”.

Fijando, pues, allí su morada, un halcón que anidaba en aquel mismo lugar se le asoció con un extraordinario pacto de amistad. En efecto, todas las noches, a la hora en que el santo acostumbraba levantarse para los divinos oficios, el halcón le despertaba con sus cantos y sonidos. Este gesto agradaba sumamente al siervo de Dios, ya que semejante solicitud ejercida con él le hacía sacudir toda pereza y desidia. Mas, cuando el siervo de Cristo se sentía más enfermo de lo acostumbrado, el halcón se mostraba comprensivo, y no le marcaba una hora tan temprana para levantarse, sino que al amanecer —como si estuviera instruido por Dios— pulsaba suavemente la campana de su voz.

Ciertamente, parece que tanto la alegría exultante de la variada multitud de aves como el canto del halcón fueron un presagio divino de cómo el cantor y adorador de Dios —elevado sobre las alas de la contemplación— había de ser exaltado en aquel mismo monte mediante la aparición de un serafín ⁹⁰.

Tomás de Celano escribe: Durante su permanencia en el eremitorio, dos años antes de partir para el cielo tuvo Francisco una visión de Dios: vio a un hombre que estaba sobre él; tenía seis alas, las manos extendidas y los pies juntos, y aparecía clavado en una cruz. Dos alas se alzaban sobre su cabeza, otras dos se desplegaban para volar, y con las otras dos cubría todo su cuerpo. Ante esta contemplación, el bienaventurado siervo del Altísimo permanecía absorto en admiración, pero sin llegar a descifrar el significado de la visión. Se sentía envuelto en la mirada benigna y benévola de aquel serafín de inestimable belleza; esto le producía un gozo inmenso y una alegría fogosa; pero al mismo tiempo le aterraba sobremanera el verlo clavado en la cruz y la acerbidad de su pasión. Se levantó, por así decirlo, triste y alegre a un tiempo, alternándose en él sentimientos de fruición y pesadumbre. Cavilaba con interés sobre el alcance de la visión, y su espíritu estaba muy acongojado, queriendo averiguar su sentido. Mas, no sacando nada en claro y cuando su corazón se sentía más preocupado por la novedad de la visión, comenzaron a aparecer en sus manos y en sus pies las señales de los clavos, al modo que poco antes los había visto en el hombre crucificado que estaba sobre sí.

⁹⁰ S. Buenaventura, Leyenda mayor 9, 1.

Las manos y los pies se veían atravesados en su mismo centro por clavos, cuyas cabezas sobresalían en la palma de las manos y en el empeine de los pies y cuyas puntas aparecían a la parte opuesta. Estas señales eran redondas en la palma de la mano y alargadas en el torso; se veía una carnosidad, como si fuera la punta de los clavos retorcida y remachada, que sobresalía del resto de la carne. De igual modo estaban grabadas estas señales de los clavos en los pies, de forma que destacaban del resto de la carne. Y en el costado derecho, que parecía atravesado por una lanza, tenía una cicatriz que muchas veces manaba, de suerte que túnica y calzones quedaban enrojecidos con aquella sangre bendita ⁹¹. Sucedió el día 4 de septiembre del año 1224.

¡Cuán pocos fueron los que, en vida del siervo crucificado del Señor, merecieron contemplar la sagrada herida del costado! Pero afortunado Elías, que de alguna manera pudo verla mientras vivía el santo; y no menos feliz Rufino, que la tocó con sus manos: en cierta ocasión metió éste la mano en el seno del santísimo varón para darle friegas; se le deslizó la mano, como muchas veces acaece, hacia el lado derecho, y llegó a tocarle la preciosa cicatriz. Este contacto produjo al santo de Dios tan agudo dolor, que, apartando la mano, pidió que el Señor se lo perdonara ⁹².

Consta con pruebas ciertas que las sagradas llagas fueron impresas por el poder de Aquel que, mediante el amor seráfico, limpia, ilumina e inflama, puesto que dichas llagas con admirable eficacia contribuyeron a dar salud a los animales, limpiándolos de la peste; devolvieron la serenidad del cielo, ahuyentando la tormenta, y prestaron calor a los cuerpos, ateridos por el frío.

Por más diligencia que ponía el santo en tener oculto el tesoro encontrado en el campo, no pudo evitar que algunos llegaran a ver las llagas de sus manos y pies, no obstante llevar casi siempre cubiertas las manos y andar desde entonces con los pies calzados.

Muchos hermanos vieron las llagas durante la vida del santo; y aunque por su santidad relevante eran dignos de todo crédito, sin embargo, para eliminar toda posible duda, afirmaron bajo juramento, con las manos puestas sobre los evangelios, ser verdad que las habían visto.

Las vieron también algunos cardenales que gozaban de especial intimidad con el santo, los cuales, consignando con toda veracidad el

⁹¹ 1 Celano 94-95.

⁹² 1 Celano 95.

hecho, enaltecieron dichas sagradas llagas en prosa, en himnos y antífonas que compusieron en honor del siervo de Dios, y tanto de palabra como por escrito dieron testimonio de la verdad.

Asimismo, el sumo pontífice señor Alejandro, una vez que predicaba al pueblo en presencia de muchos hermanos —entre ellos me encontraba yo—, afirmó haber visto con sus propios ojos las sagradas llagas mientras vivía aún el santo ⁹³.

El hermano Mateo de Castiglione Aretino dijo: Perteneciendo yo a la Comunidad del monte Alverna, el año pasado, el mes de mayo, me puse un día en oración en la celda en que se cree tuvo lugar la aparición seráfica, y pedía devotísimamente al Señor que se dignase revelar a alguna persona el día, hora y lugar en que las sagradas santas llagas fueron impresas en el cuerpo de san Francisco. Y, continuando en estas súplicas más de lo que dura el primer sueño, se me apareció san Francisco con grandísimo resplandor y me dijo: “Hijo, ¿qué es lo que pides a Dios?”.

Le dije: “Padre, te pido tal cosa”. Él me respondió: “Soy tu padre Francisco. ¿Me conoces bien?” Sí, padre —contesté.

Y entonces me mostró las llagas de las manos, pies y costado, diciendo: “Ha llegado el tiempo en que Dios quiere que se manifieste, para gloria suya, lo que los hermanos no se cuidaron de saber en el pasado. Sábetelo, pues, que el que se me apareció no fue un ángel, sino el mismo Jesucristo en forma de serafín y que con sus propias manos imprimió en mi cuerpo estas cinco llagas, como él las había recibido en el suyo en la cruz. Sucedió de esta manera: la víspera de la Exaltación de la Santa Cruz vino a decirme un ángel, de parte de Dios, que me preparase para soportar con paciencia y recibir lo que Dios quisiere mandarme. Contesté que me hallaba dispuesto a recibir cuanto fuese de su agrado. La mañana siguiente, o sea, la de la Santa Cruz, que aquel año era viernes, salí de la celda de madrugada con grandísimo fervor de espíritu y fui a ponerme en oración en ese lugar que ocupas, donde muchas veces yo solía orar. Mientras oraba, bajó por el aire desde el cielo, con gran ímpetu, un joven crucificado en forma de serafín con seis alas; ante su maravilloso aspecto, caí de rodillas humildemente y comencé a contemplar devotamente el amor sin medida de Cristo crucificado y el desmesurado dolor de su pasión. Aquella visión engendró en mí tanta compasión, que me parecía sentir en mi propio cuerpo la pasión; y, a su presencia, todo este monte resplandecía como un sol. Así, descendiendo, se acercó, y,

⁹³ S. Buenaventura, Leyenda mayor 13, 8.

estando ante mí, me dijo ciertas palabras secretas que aún no he revelado a nadie; pero ya se acerca el tiempo en que se revelarán. Después de algún tiempo, Cristo partió y retornó al cielo, y yo me hallé marcado con estas llagas. Vete, pues —dijo san Francisco—, y manifiesta estas cosas al ministro con toda seguridad, porque ésta fue obra de Dios y no de los hombres.

Y dichas que fueron estas palabras, san Francisco me bendijo y retornó al cielo con multitud de jóvenes esplendidísimos.

El dicho hermano Mateo dijo que todas estas cosas las había visto y oído estando en vela y no dormido. Y así lo juró al mencionado ministro en su celda de Florencia cuando se lo requirió en virtud de santa obediencia ⁹⁴.

Su muerte

Seis meses antes del día de su muerte, hallándose en Siena para poner remedio a la enfermedad de los ojos, comenzó a agravarse en todo su cuerpo: su estómago, deshecho por larga enfermedad, más la hepatitis y los fuertes vómitos de sangre, hacían pensar en la proximidad de la muerte. Al tener conocimiento de esto el hermano Elías, que se hallaba distante, púsose inmediatamente en camino. Con su venida, el santo padre mejoró de tal forma que, dejando Siena, marchó con él a Celle de Cortona. Estando aquí por algún tiempo, comenzó a hinchársele el vientre; la hinchazón se extendió a piernas y pies, y el estómago se le fue debilitando tanto, que apenas podía tomar alimento. Rogó más tarde al hermano Elías que lo trasladase a Asís. El buen hijo hizo lo que el amoroso padre le mandó, y, dispuesto todo lo necesario, lo llevó al lugar deseado. Se alegró la ciudad a la llegada del bienaventurado padre y toda lengua loaba a Dios; el pueblo todo esperaba que presto había de morir el santo de Dios, y ésta era la causa de tan desbordante alegría.

A medida que se agravaba la enfermedad, iba languideciendo la fuerza corporal; y, carente ya de energías, no podía moverse en forma alguna. A un hermano que le preguntó si toleraba más a gusto esta larga y continua enfermedad que un violento martirio de mano de un verdugo

⁹⁴ Consideraciones 5.

cualquiera, le respondió: “Hijo mío, para mí lo más querido, lo más dulce, lo más grato, ha sido siempre, y ahora lo es, que se haga en mí y de mí lo que sea más del agrado de Dios. Sólo deseo estar en todo de acuerdo con su voluntad y obedecer a ella. Pero el sufrir tan sólo tres días esta enfermedad me resulta más duro que cualquier martirio. Lo digo no en atención al premio, sino a las molestias que trae consigo”.

Perdiendo poco a poco el calor natural, día a día se iba avvicinando el final. Los médicos se quedaban estupefactos y los hermanos maravillados de cómo un espíritu podía vivir en carne tan muerta, pues, consumida la carne, le restaba sólo la piel adherida a los huesos.

Al notar que era ya inminente el último día —de esto estaba advertido por revelación divina desde hacía dos años—, llamó a los hermanos que él quiso y bendijo a cada uno según le venía inspirado del cielo. Le rodeaban los hermanos; como el hermano Elías estaba a su izquierda, cruzó las manos y puso la derecha sobre su cabeza; al estar privado de la luz de los ojos corporales, preguntó: “¿Sobre quién tengo mi mano derecha?”. “Sobre el hermano Elías”, le respondieron. “Sí, eso es lo que quiero”, dijo. Y continuó: “A ti, hijo mío, te bendigo en todo y por todo. Y como bajo tu dirección el Altísimo ha multiplicado mis hermanos e hijos, así sobre ti y en ti los bendigo a todos. En el cielo y en la tierra te bendiga Dios, Rey de todo el universo. Te bendigo cuanto puedo y más de lo que yo puedo; y lo que yo no puedo, hágalo en ti quien todo lo puede. Acuértese Dios de tus obras y trabajos y en la retribución de los justos sea conservada tu herencia. Que halles toda bendición que desees y que te sea concedido cuanto pides dignamente. Adiós, hijos míos, vivid en el temor de Dios y permaneced siempre en él, porque vendrá sobre vosotros una terrible tentación y la tribulación está cerca. Dichosos los que perseveren en las obras que comenzaron; mas algunos las abandonarán por los escándalos que van a suceder. Yo me apresuro a ir al Señor y confío en llegar a mi Dios, a quien con devoción he servido en mi espíritu”⁹⁵.

Como los hermanos lloraban muy amargamente y se lamentaban inconsolables, ordenó el padre santo que le trajeran un pan. Lo bendijo y partió y dio a comer un pedacito a cada uno. Ordenando asimismo que llevaran el código de los Evangelios, pidió que le leyeran el Evangelio según san Juan desde el lugar que comienza “Antes de la fiesta de la Pascua”, etc. Se acordaba de aquella sacratísima cena, aquella última que el Señor celebró con sus discípulos. Todo esto lo hizo, en efecto, en

⁹⁵ 1 Celano 105-108.

memoria veneranda de aquélla y para poner de manifiesto el afecto de amor que profesaba a los hermanos.

Así que los pocos días que faltaban para su tránsito los empleó en la alabanza, animando a sus amadísimos compañeros a alabar con él a Cristo. Él, a su vez, prorrumpió como pudo en este salmo: “Clamé al Señor con mi voz, con mi voz supliqué al Señor”, etc. Invitaba también a todas las creaturas a alabar a Dios, y con unas estrofas que había compuesto anteriormente él las exhortaba a amar a Dios. Aun a la muerte misma, terrible y antipática para todos, exhortaba a la alabanza, y, saliendo con gozo a su encuentro, la invitaba a hospedarse en su casa: “Bienvenida sea —decía— mi hermana muerte”. Y al médico: “Ten valor para pronosticar que está vecina la muerte, que va a ser para mí la puerta de la vida”. Y a los hermanos: “Cuando me veáis a punto de expirar, ponedme desnudo sobre la tierra —como me visteis anteayer—, y dejadme yacer así, muerto ya, el tiempo necesario para andar despacio una milla”. Llegó por fin la hora, y, cumplidos en él todos los misterios de Cristo, voló felizmente a Dios ⁹⁶. Era el 3 de octubre de 1226.

Un hermano —uno de sus discípulos, célebre por la fama notable que disfrutaba— vio el alma del padre santísimo que subía derecha al cielo, a modo de una estrella grande como la luna y luciente como el sol, avanzando sobre la inmensidad de las aguas llevada sobre una nube blanca.

Con este motivo se reunió numerosa multitud de pueblos, que alababan y glorificaban el nombre del Señor. La ciudad de Asís se lanza en tropel y toda la región corre a ver las maravillas de Dios, que el Señor había manifestado en su siervo. Los hijos se lamentaban de la orfandad de tan gran padre y hacían ver con lágrimas y suspiros los afectos de piedad del corazón. La novedad del milagro cambió, sin embargo, el llanto en júbilo; el luto, en fiesta. Veían el cuerpo del bienaventurado padre condecorado con las llagas: veían en medio de las manos y de los pies, no ya las hendiduras de los clavos, sino los clavos mismos, formados de su carne, mejor aún, connaturales a la carne misma, que conservaban el color negruzco del hierro, y el costado derecho, enrojecido de sangre. Su carne, naturalmente morena antes, brillando ahora con blancura extraordinaria, daba fe del premio de la resurrección. Sus miembros en fin se volvieron flexibles y blandos sin la rigidez propia de los muertos antes bien trocados en miembros como de niño.

⁹⁶ 2 Celano 217.

*El obispo de Asís había ido por aquellos días en peregrinación a la iglesia de San Miguel (del Monte Gargano). Estando hospedado de regreso en Benevento, el bienaventurado padre Francisco se le apareció en visión la noche misma del tránsito y le dijo: “Mira, padre, dejando el mundo, me voy a Cristo”. Al levantarse de mañana el obispo, contó a los compañeros lo que había visto y ante notario hizo constar el día y la hora del tránsito. Y así, del todo apenado y bañado en lágrimas se dolía de haber perdido el mejor padre*⁹⁷.

Los hermanos e hijos, que habían acudido con multitud de gente de las ciudades vecinas —dichosa de poder asistir a tales solemnidades—, pasaron aquella noche del tránsito del santo padre en divinas alabanzas; en tal forma que, por la dulzura de los cánticos y el resplandor de las luces, más parecía una vigilia de ángeles. Llegada la mañana, se reunió una muchedumbre de la ciudad de Asís con todo el clero; y, levantando el sagrado cuerpo del lugar en que había muerto, entre himnos y cánticos, al son de trompetas, lo trasladaron con todo honor a la ciudad. Para acompañar con toda solemnidad los sagrados restos, cada uno portaba ramos de olivo y de otros árboles, y, en medio de infinitas antorchas, entonaban a plena voz cánticos de alabanza. Los hijos llevaban a su padre y la grey seguía al pastor que se había apresurado tras el pastor de todos; cuando llegaron al lugar donde por primera vez había establecido la Religión y la Orden de las vírgenes y señoras pobres, lo colocaron en la iglesia de San Damián, morada de las mencionadas hijas, que él había conquistado para el Señor; abrieron la pequeña ventana a través de la cual determinados días suelen las siervas de Cristo recibir el sacramento del cuerpo del Señor. Descubrieron el arca que encerraba aquel tesoro de celestiales virtudes; el arca en que era llevado, entre pocos, quien arrastraba multitudes. La señora Clara, en verdad clara por la santidad de sus méritos, primera madre de todas las otras —fue la primera planta de esta santa Orden—, se acercó con las demás hijas a contemplar al padre, que ya no les hablaba y que, habiendo emprendido otras rutas, no retornaría a ellas.

Al contemplarlo, rompieron en continuos suspiros, en profundos gemidos del corazón y copiosas lágrimas, y con voz entrecortada comenzaron a exclamar: “Padre, padre, ¿qué vamos a hacer? ¿Por qué nos dejas a nosotras, pobrecitas? ¿A quién nos confías en tanta desolación? ¿Por qué no hiciste que, gozosas, nos adelantáramos al lugar a donde vas las que quedamos ahora desconsoladas? ¿Qué quieres que

⁹⁷ 2 Celano 217-217a.

hagamos encerradas en esta cárcel, las que nunca volveremos a recibir las visitas que solías hacernos? Contigo ha desaparecido todo nuestro consuelo, y para nosotras, sepultadas al mundo, ya no queda solaz que se le pueda equiparar. ¿Quién nos ayudará en tanta pobreza de méritos, no menos que de bienes materiales? ¡Oh padre de los pobres, enamorado de la pobreza! Tú habías experimentado innumerables tentaciones y tenías un tacto fino para discernirlas; ¿quién nos socorrerá ahora en la tentación? Tú nos ayudaste en las muchas tribulaciones que nos visitaron; ¿quién será el que, desconsoladas en ellas, nos consuele?”.

Llegados a la ciudad, con gran alegría y júbilo depositaron el santísimo cuerpo (en la iglesia de San Jorge) en lugar sagrado ⁹⁸.

Resucita un muerto

En el castro del Monte Marano, cerca de Benevento, una señora de linaje noble, y más noble aún por sus virtudes, tenía particular devoción a san Francisco y le mostraba no poca reverencia. Como murió al atardecer, se difiere hasta el día siguiente la sepultura, para dar tiempo de llegar a sus muchos familiares. Por la noche llega el clero para celebrar las exequias y cantar los maitines; rodea a la muerta una multitud de hombres y mujeres en oración. De pronto, a la vista de todos, la mujer se levanta sobre el lecho y llama a uno de los sacerdotes presentes, padrino suyo, y le dice: “Padre, quiero confesarme. Oye mi pecado. Porque yo me he muerto, y debería estar encerrada en una oscura cárcel por no haber confesado el pecado que te descubriré. Pero san Francisco, de quien he sido siempre muy devota, ha orado por mí, y se me ha concedido volver de nuevo al cuerpo para poder confesarme y obtener el perdón de mi pecado. En cuanto te lo habré confesado, me iré, a vuestra vista, al descanso prometido”. Temblando, se confiesa con el sacerdote, que también tiembla, y, recibida la absolución, vuelve a recostarse sobre el lecho y se duerme felizmente en el Señor ⁹⁹.

⁹⁸ 1 Celano 116-117.

⁹⁹ Esta escena está ilustrada en un fresco de Giotto en la basílica de Asís.

La canonización

El Papa Gregorio IX llegó a Asís el 26 de mayo de 1228, a los dos años de muerte de Francisco. Y su biógrafo Celano refiere: *Se tienen solemnes encuentros acerca de la canonización del santo y frecuentemente se celebran reuniones de cardenales para tratar este asunto. Llegan de todas partes gentes que han sido liberadas de sus males por intercesión del santo de Dios, se ve que en todas partes resplandecen milagros numerosísimos; la asamblea aprueba unos, verifica otros, escucha más relatos y recibe nuevas noticias. Por razones de su cargo y por causas imprevistas, el bendito Papa tiene que ir a Perusa. Establecido, por fin, en Perusa, se celebra la sagrada reunión de los venerables cardenales en la cámara del señor Papa para resolver la causa. Todos están acordes, y lo manifiestan unánimemente; leen los milagros con profunda veneración y con los más altos elogios ensalzan la vida del bienaventurado padre y su conversión.*

“No necesita —afirman todos— de atestación de milagros la vida santísima de este santísimo varón, que hemos visto con nuestros propios ojos, que con nuestras manos hemos tocado y que, ilustrados por la verdad, hemos comprobado”. Todos rebosan de alegría, gozan, lloran, y en su llanto encuentran amplia bendición. Fijan el día bendito en que el mundo todo se llenará de santa alegría. Se acerca el día agosto, por siempre venerable, que inunda de gozo inmenso no sólo la tierra, sino también las mansiones celestiales. Son convocados los obispos, llegan los abades, asisten prelados venidos de las más remotas tierras; está también representada la dignidad real; acude una noble multitud de condes y señores. Cortejan luego todos al señor de todo el orbe y con él entran con gran pompa en la ciudad de Asís. Llegan al lugar preparado para tan solemne acto; rodean al bienaventurado Papa todos los eminentes cardenales, obispos y abades. Es de ver la magnífica concurrencia de sacerdotes y clérigos; la gozosa y sagrada aglomeración de religiosos; la afluencia de las que se distinguen por el hábito modesto y el velo sagrado; la inmensa muchedumbre de todos los pueblos; la casi innumerable multitud de ambos sexos. Vienen de todas partes, y con sumo placer están presentes en tan extraordinaria asamblea gentes de toda edad. Allí están el pequeño y el grande, el siervo y el libre.

El Papa Gregorio predica primero a la multitud con dulce afecto y voz sonora, proclama las alabanzas de Dios... Terminada la prédica, puntualmente exacta y fidedigna en absoluto, uno de los subdiáconos del señor Papa, llamado Octaviano, lee con voz potente ante toda la asamblea los milagros del santo... Todo el pueblo se deshace en llanto y la misma ansiedad con que esperan intensifica su cansancio.

El Papa levanta la voz, eleva los brazos al cielo y proclama: “Para alabanza y gloria de Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo y de la gloriosa Virgen María, y de los bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo y para honor de la gloriosa Iglesia Romana, con el consejo de nuestros hermanos y de los otros prelados, venerando en la tierra a quien Dios ha glorificado en el cielo, establecemos que el beatísimo padre Francisco sea inscrito en el catálogo de los santos y que su fiesta se celebre el día de su muerte”¹⁰⁰.

La ceremonia de canonización se realizó el 16 de julio de 1228 en la iglesia de San Jorge, que estaba a pocos metros de la casa donde nació y en cuya escuela estudió sus primeras letras. El Papa Gregorio IX por bula del 29 de abril de 1228 ordenó la construcción de una iglesia destinada a acoger definitivamente el cuerpo del santo. El 25 de mayo de 1230 con la asistencia de todos los hermanos reunidos para el capítulo general, fue trasladado su cuerpo desde la iglesia de San Jorge a la nueva basílica, construida en su honor. Esta basílica ha sido llamada mausoleo de la dama pobreza y es una de las obras maestras del arte italiano

*El 25 de mayo de 1230, día de la traslación del cuerpo de san Francisco a la basílica de Asís, el hermano Jacobo de Iseo obtuvo la curación completa de las llagas de la ingle. Y Dios, a través de su siervo y amigo Francisco, obró muchos otros milagros dignos de ser recordados*¹⁰¹.

La Orden en la actualidad

En la actualidad las Órdenes o Congregaciones franciscanas que consideran a san Francisco como su fundador son muchas. Se ha cumplido

¹⁰⁰ 1 Celano 123-126.

¹⁰¹ Salimbene de Adam, en *Cronistas franciscanos primitivos*, Cefepal, Santiago de Chile, 1981, p. 179.

con creces la visión que le mostró el Señor en los principios cuando eran poquitos y algunos dudaban de un futuro prometedor.

En aquella ocasión les dijo a los primeros hermanos: *No os entristezcáis al veros tan pocos; ni os asuste mi simplicidad, ni la vuestra, porque como me ha mostrado en verdad el Señor, Dios nos hará crecer en gran multitud y nos propagará hasta los confines de la tierra. Para vuestro provecho me siento forzado a manifestaros cuanto he visto. He visto una gran multitud de hombres que venían deseosos de convivir con nosotros bajo el mismo hábito de nuestra santa vida y bajo la Regla de la bienaventurada Religión. Resuena todavía en mis oídos la algazara de quienes iban y venían según el mandato de la santa obediencia. He visto caminos atestados de gente de toda nación que confluía en estas regiones. Vienen los franceses; aceleran el paso los españoles; corren los alemanes y los ingleses, y vuela veloz una gran multitud de otras diversas lenguas*

¹⁰²

Los hermanos menores franciscanos eran 20.000 el año 1985 y los hermanos menores conventuales 4.200. Los capuchinos eran 11.880. Por otra parte, las religiosas clarisas contemplativas de varias denominaciones eran unas 17.000. Las franciscanas claustrales, más de cuatro mil. Otras Congregaciones franciscanas modernas masculinas unos 2.500 hermanos y femeninas unas 200.000. La tercera Orden franciscana seglar fundado por san Francisco en 1221, eran un millón cien mil en todo el mundo.

Aunque en la actualidad hayan disminuido en el mundo entero las vocaciones, podemos observar que los seguidores de san Francisco en el mundo forman la Orden más numerosa del mundo. Entre las ciudades a nivel mundial no olvidemos destacar a la ciudad norteamericana de San Francisco, la gran ciudad, así como tantas otras fundadas por hermanos franciscanos y concretamente por el apóstol de California el beato Junípero Serra.

Reflexiones

San Francisco es llamado el *poverello d'Assisi* (el pobrecillo de Asís) por su espíritu de pobreza total. Fue un hombre de paz, como se ve por el

¹⁰² 1 Celano 27.

Cántico de las criaturas, por su amor a los animales y plantas. Por ello se le considera patrono de los veterinarios y de los movimientos ecologistas. También el Papa Pío XII en 1939 lo nombró patrono de Italia junto con santa Catalina de Siena

El Papa Juan Pablo II promovió dos jornadas mundiales para pedir la paz, invitando a los líderes de las principales religiones del mundo. Se celebraron en Asís a la sombra de san Francisco el 27 de octubre de 1986 y el 24 de enero del 2002.

Él, al igual que todos los santos, sigue intercediendo por nosotros ante Dios. Los santos no están ociosos en el cielo, disfrutando de su felicidad celestial. No, están permanentemente en medio de nosotros y ayudando a los seres humanos en la medida en que se les invoca.

Su fiesta es el 4 de octubre de cada año. Podemos aprovechar ese día para pedir muchas bendiciones a Dios por su intercesión, pues el día de su fiesta los santos tienen un especial poder de intercesión.

En la basílica de asís se conserva el cuerno de marfil que le regaló el sultán de Egipto y que es como símbolo de su deseo misionero y de conversión pacífica de los hermanos musulmanes.

Aprendamos de él a alabar constantemente a Dios por las criaturas que ha creado. Vivamos en paz con Dios y con la naturaleza y cantemos con alegría como hacía san Francisco, el hombre de Dios, el hombre siempre alegre, el hombre pobre que enriquecía a todos con sus milagros y bendiciones.

Cántico de las criaturas

En 1225 fue Francisco a pasar dos meses a San Damián, donde los hermanos le dispusieron una celda de cañas y esteras. Allí, casi ciego ya, incapaz de soportar la luz del día, compuso el Cántico de las criaturas en el romance italiano de Umbría. Francisco cantaba estando enfermo y hacía que lo aprendieran los hermanos.

*Omnipotente, altísimo, bondadoso Señor,
tuyas son la alabanza, la gloria y el honor;
tan sólo tú eres digno de toda bendición,*

*y nunca es digno el hombre de hacer de ti mención.
Lado seas por toda criatura, mi Señor,
y en especial lado por el hermano sol,
que alumbra, y abre el día, y es bello en su esplendor,
y lleva por los cielos noticia de su autor.
Y por la hermana luna, de blanca luz menor,
y las estrellas claras, que tu poder creó,
tan limpias, tan hermosas, tan vivas como son,
y brillan en los cielos: ¡lado, mi Señor!
Y por la hermana agua, preciosa en su candor,
que es útil, casta, humilde: ¡lado, mi Señor!
Por el hermano fuego, que alumbra al irse el sol,
y es fuerte, hermoso, alegre: ¡lado mi Señor!
Y por la hermana tierra, que es toda bendición,
la hermana madre tierra, que da en toda ocasión
las hierbas y los frutos y flores de color,
y nos sustenta y rige: ¡lado, mi Señor!
Y por los que perdonan y aguantan por tu amor
los males corporales y la tribulación:
¡felices los que sufren en paz con el dolor,
porque les llega el tiempo de la consolución!
Y por la hermana muerte: ¡lado, mi Señor!
Ningún viviente escapa de su persecución;
¡ay si en pecado grave sorprende al pecador!
¡Dichosos los que cumplen la voluntad de Dios!
¡No probarán la muerte de la condenación!
Servidle con ternura y humilde corazón.
Agradeced sus dones, cantad su creación.
Las criaturas todas, load a mi Señor. Amén.*

Cronología

- 1181 Nacimiento de Francisco en Asís.
- 1193-94 Nacimiento de Clara.
- 1199-1200 Se desata la guerra entre pueblo-burguesía y nobles en Asís.
- 1202 Guerra entre Perusa y Asís y derrota de los asisienses.
- 1202-1203 Francisco, prisionero en Perusa.
- 1204 Enfermedad de Francisco.
- 1204-1205 Francisco intenta marchar a la Pulla, pero le detiene la visión de Espoleto.
- 1205 Encuentro de Francisco con el leproso.
Le habla el crucifijo de San Damián.
- 1206 Reclamado por su padre, renuncia a todo ante el obispo de Asís.
- 1206-1208 Reparación de las iglesias de San Damián, San Pedro y la Porciúncula.
- 1208 Francisco escucha el Evangelio de misión y lo toma por programa de su vida.
- Primeros compañeros (abril).
Se le suman nuevos compañeros (verano).
- 1209-10 Viaje a Roma y aprobación oral de la Regla por Inocencio III.
- De retorno, se establecen en Río Torto, y se quedan luego en la Porciúncula.
- 1211 Francisco se embarca para Siria; pero, imposibilitado, regresa a Italia.
- 1212 Francisco recibe a Clara en la Porciúncula.
- 1213 El conde Orlando de Chiusi ofrece a Francisco el monte Alverna.

- 1213-1214 Viaje de Francisco a España con intención de ir a Marruecos; una enfermedad le obliga a regresar a la Porciúncula.
- 1215 Viaje de Francisco a Roma durante el concilio IV de Letrán (noviembre).
- 1216 Muerte de Inocencio III; elección de Honorio III en Perusa; en esta ocasión, Jacobo de Vitry conoce el movimiento franciscano.
- 1217 Capítulo general en la Porciúncula: se inician las misiones transalpinas y ultramarinas. Francisco, que quería ir a Francia, es detenido por el cardenal Hugolino en Florencia.
- 1219 Capítulo de Pentecostés: nuevas expediciones misioneras. Francisco marcha a Damietta. Es testigo de la derrota de los cristianos. A fines de año es recibido por el sultán Melek-el-Kâmel.
- 1220 Primeros mártires franciscanos en Marruecos (enero).
Francisco regresa a Italia; renuncia al gobierno de la Orden y es nombrado vicario general Pedro Cattani.
- 1221 Muere Pedro Cattani; en el capítulo de Pentecostés es elegido como sucesor el hermano Elías. Se aprueba una nueva redacción de la Regla.
- 1221-22 Francisco predica en la Italia central y meridional.
- 1223 A comienzos de año, Francisco redacta en Fonte Colombo una nueva Regla, presentada al capítulo de Pentecostés y aprobada por Honorio III.
- Noche de Navidad en Greccio.
- 1224 En la cuaresma de San Miguel recibe la estigmatización.
En octubre-noviembre retorna a la Porciúncula.
- 1225 Permanencia en San Damián. Composición del Cántico de las criaturas.
Parte para el valle de Rieti para someterse al tratamiento de los ojos. En Fonte Colombo se le hace la cauterización.
- 1226 Marcha a Siena para ulteriores curas de los ojos. Dicta el testamento llamado *de Siena*.
- Sintiendo la proximidad de la muerte, se hace trasladar a la Porciúncula.
- El 3 de octubre, sábado, muere Francisco.

El 4 de octubre es sepultado en la iglesia de San Jorge.

1228 El 16 de julio, Gregorio IX canoniza a Francisco.

1228-29 Tomás de Celano compone la primera biografía de Francisco.

1230 El cuerpo de Francisco es trasladado a la basílica construida en su honor.

Conclusión

Después de haber leído atentamente la vida de san Francisco pareciera que nuestra vida hubiera sido renovada. El ejemplo de su vida nos estimula a seguir su ejemplo en favor del cuidado de la naturaleza y de los animales como criaturas de Dios al servicio del hombre. Por otra parte él nos enseña con su ejemplo que lo más importante de nuestra existencia no es el dinero y las cosas materiales. Él vivió en extrema pobreza y con la alegría de no tener nada propio. Quiso vivir dependiendo exclusivamente de la providencia divina, como los pájaros, que no siembran y el Padre celestial los alimenta.

Hoy san Francisco es un símbolo de paz. En su nombre se realizan jornadas de oración a nivel mundial entre líderes de distintas religiones. Hoy todavía su nombre sigue sonando fuerte en todos los ámbitos de la sociedad por medio de sus seguidores. Hoy san Francisco sigue vivo y concediendo innumerables bendiciones y gracias a los que lo invocan con fe.

Seamos como él hombres de paz, y que podamos saludar a todos con un corazón limpio: *Que el Señor te dé la paz*. Y que los bendigamos con las palabras de su bendición, tomadas de la palabra de Dios: *Que el Señor te bendiga y te guarde, te muestre su rostro y tenga misericordia de ti. Vuelva a ti su mirada y te conceda la paz* (Num 6).

Que así sea. Que Dios te bendiga por su intercesión y la paz de Dios descienda sobre ti y tu familia.

Saludos de mi ángel y a tu ángel.

Tu hermano y amigo del Perú.

P. Ángel Peña O.A.R.

Agustino recoleto

* * * * *

Pueden leer todos los libros del autor en

www.libroscatolicos.org

Bibliografía

- Beguín Pierre, *Las fuentes franciscanas en Cuadernos franciscanos* 24 (1900), pp. 449-455.
- Casas Victoriano, *Francisco de Asís*, Ed. Paulinas, Madrid, 1983.
- Felder Hilarino, *Los ideales de san Francisco de Asís*, Ed Desclée de Brouwer, Buenos Aires, 1948.
- Guerra José Antonio, *San Francisco de Asís, Escritos, biografías y documentos de la época*, BAC, Madrid, 1985.
- Guerra José Antonio, *San Francisco de Asís, Escritos, biografías y documentos de la época*, BAC, Madrid, 2003, nueva edición.
- Iriarte Lázaro, *Escritos de San Francisco y Santa Clara de Asís*, Tercera edición, 1992.
- Iriarte Lázaro, *Vocación franciscana*, Ed. Asís, Valencia, 1989.
- Larrañaga Ignacio, *El hermano de Asís*, Ed. Lumen, 1993.
- Lehmann Leonardo, *Francisco, maestro de oración*, Ed. Franciscana Arantzazu, 1998.
- Omaechevarría Ignacio, *Escritos de Santa Clara y documentos complementarios*, BAC, Madrid, 1999.
- Pelegrín de Mataró, *Vida y milagros de San Francisco de Asís*, Barcelona, 1918.
- Ubertinus de Casali, *Arbor vitae crucifixae Iesu* (1305), Impreso en Venecia en 1485. Es incunable sin paginar.
- Uribe Fernando, *Cien años de la cuestión franciscana*, Antonianum 68 (1993).
- Uribe Fernando, *Introducción a las hagiografías de San Francisco y Santa Clara de Asís*, Ed. Espigas, Murcia, 1999.
- Zamorano Saúl, *Cronistas franciscanos primitivos*, Cefepal, Santiago de Chile, 1981.